

Retrato de un alma
en busca de Dios

Beatriz M. Narro Etchegaray

A todos los jóvenes del mundo,
los que piensan y los que no piensan.

A mis padres, a mis hermanos,
a mis hijos y a mi esposo...
Mi amor por ellos prevalecerá hasta la eternidad.

A mis primas y a mis amigas,
tan queridas e incondicionales:
Babi, Susy, Pita, Carmela, Mayis, Silvia, Lupe,
Ana Tere, Marilú, Chabe, Anita, Luli, Rocío,
Paty, Maruca, Lurdez, Marcela y Paulina.
Sus oraciones y su apoyo han sido siempre mi cayado.

Lo que estás a punto de leer es rigurosamente cierto; lo he escrito a petición del padre Ángel y con la esperanza de que mis experiencias de vida puedan servir a otros. Sólo he cambiado algunos nombres de personas y lugares para no incomodar a nadie.

PRÓLOGO

Beatriz Narro (Tatis de Archundia) nació en la ciudad de México el día 28 de agosto de 1953.

Es la primera de los cinco hijos que tuvieron don Ignacio Narro García y doña Beatriz Martha Etchegaray Olavarría. Diez meses después de su nacimiento, llegó al mundo su hermano Nacho y, posteriormente, sus hermanos María, Santiago y Fernanda.

Tuvo la fortuna de nacer en una familia acomodada, razón por la que disfrutó de los bienes materiales y beneficios que acompañan a los niños cuyos padres cuentan con los recursos necesarios para abastecer el hogar a manos llenas.

Sin embargo, ninguna niñez es perfecta. En el caso de Tatis y sus hermanos, sus padres viajaban constantemente dejando a los cinco niños al cuidado de nanas, cocineras y el chofer que trabajaban en la casa. Hubo ocasiones en que alguna de las dos abuelas se quedó con ellos, sobre todo cuando los viajes se prolongaban por varios meses.

Esta situación permitió que los hermanos se unieran mucho y formaran un equipo en el que los extraños rara vez tuvieron cabida.

Tatis y Nacho, al llevarse tan pocos meses de edad, eran aliados y organizaban toda clase de aventuras y travesuras en las que sus otros tres hermanos participaban con frecuencia.

Aun así, Tatis fue una niña solitaria. Le hizo mucha falta la presencia de sus padres, especialmente la de su madre, a la que adoraba. Cuando se encontraban en casa, el señor y la señora Narro comían a distintas horas que sus hijos, por las mañanas se levantaban cuando los niños ya se habían ido al colegio, y por las noches generalmente tenían compromisos sociales que los mantenían al margen de la vida de sus hijos.

Los niños Narro crecieron solos. Cuando no estaban de viaje, sus padres los llevaban casi todos los fines de semana a la casa de campo que tenían en Cuernavaca, y a Acapulco durante las vacaciones de verano. En estas ocasiones había cierta convivencia entre padres e hijos, aunque de alguna manera siempre hizo falta esa confianza y esa comunicación que llena los espacios vacíos en los corazones de los hijos.

Ésta es la historia que narra Tatis a partir del inicio de su adolescencia, su propia historia.

ARMANDO

Todo comenzó cuando Armando Lancarre se interesó en mí. Yo tenía apenas doce años y todavía jugaba con muñecas.

Una tarde de noviembre en la que veía el programa Viaje al fondo del mar en la televisión, Armando llegó a visitarme. Tocó el timbre de la casa y mi hermano Nacho salió a abrir la puerta; luego vino corriendo a decirme que un muchacho preguntaba por mí.

No quería salir, el programa estaba en lo más emocionante, pero mi mamá me dijo que debía recibirlo porque sería una grosería no hacerlo. Así que salí a la puerta y lo conocí.

Armando era un muchacho guapo: alto, delgado, de pelo negro y ojos azules. Era dos años mayor que yo y de inmediato me sentí atraída por él. Lo invité a pasar y le ofrecí un vaso de agua de jamaica. Nunca imaginé que aquel momento marcaría mi transición de niña a adolescente.

Nunca había salido con ningún niño. Había notado que algunos volteaban a verme en misa o en la calle, pero no les hacía caso. No recuerdo cómo averiguó Armando mi dirección. Es probable que alguna vez me haya seguido hasta mi casa, porque vivíamos en la misma colonia. Él dijo que me había visto en la kermés que organizaban los padres en el parque del Pedregal y que yo le había gustado mucho... No lo sé a ciencia cierta ni tampoco recuerdo si le pregunté. El hecho es que aquel día tocó a mi puerta y, a partir de entonces, nos volvimos inseparables.

Armando tenía un precioso automóvil último modelo, pero mi mamá no me dejaba subir al coche con él. Decía que era incorrecto y que si queríamos salir a algún lado, tendríamos que irnos a pie o aceptar que ella nos llevara en su auto.

Mi mamá siempre había sido una diosa para mí y para mis hermanos, y todas sus palabras y consejos eran para nosotros como el oráculo de Delfos. Sin embargo, me sorprendí a mí misma cuestionando sus órdenes e imaginando distintas maneras de desobedecerlas. Fue entonces cuando comencé a robar artículos en las tiendas departamentales. Aunque tuve suerte de que nunca me cacharan, ahora entiendo que lo hice como un reto a la autoridad y como una manifestación de rebelión contra las reglas establecidas.

No sé por qué los jóvenes somos tan necios. ¿Por qué será que no nos damos cuenta de que los padres tienen toda la experiencia del mundo y que cuando nos dan una orden es siempre por nuestro bien, porque no puede haber nadie en el mundo que nos quiera más que ellos? Nuestros padres nos aman tal y como somos, con nuestros defectos y virtudes, y nos querrán igual hasta el último día de nuestras vidas, aunque cometamos muchos errores.

En fin, los meses pasaban y yo veía a Armando cada vez con más frecuencia. Comencé a decir mentiras en mi casa para salir con él en su coche. Íbamos al cine, a tomar helados o a caminar por el parque. Mis papás no se daban cuenta porque viajaban mucho. Un día me propuso que fuéramos novios y le dije que sí. Él era muy constante en sus llamadas telefónicas y en sus visitas; no me dejaba sola ni a sol ni a sombra.

Mi familia tenía por costumbre ir a Cuernavaca todos los fines de semana, y a Acapulco en las vacaciones de verano y de Semana Santa. Armando llegaba a visitarme al lugar donde yo estuviera, y como mi mamá nunca permitió que se quedara a dormir en la casa, se hospedaba en un hotel cercano. Era muy detallista y me llenaba de flores y de regalos sorpresa.

Los años pasaron y mis papás finalmente me dieron permiso de subir a su coche, siempre y cuando llevara un chaperón conmigo. Mis hermanos y hermanas disfrutaron en grande esta resolución, porque uno o varios de ellos tenían que acompañarme para ir al cine o a cualquier parte con Armando. Abusaban de su bondad exigiendo

que les comprara palomitas, refrescos, cacahua-tes, chocolates y todo tipo de golosinas a cambio de acompañarnos. Además, aunque yo no lo sabía, iban bien aconsejados por mi mamá: "Santiago, tú te sientas atrás de Armando y Tatis. Cuando veas que Armando trata de abrazarla o de darle un beso, lo evitas a como dé lugar. María, quiero que tú y Fernanda se sienten una a cada lado de Armando y de Tatis y que los vigilen todo el tiempo".

Mis hermanos y yo hacíamos un excelente equipo. Siempre nos llevamos muy bien, y creo que se debía a que pasábamos largas temporadas al cuidado del personal de servicio y de alguna de nuestras dos abuelas. Todos se llevaban bien con Armando, incluso mi papá. A la única que le caía mal era a mi mamá. Decía que era un juniorcito, hijo de papi, sin ningún futuro propio, pero yo lo adoraba, y creo que esto se debía a que, en el fondo, me sentía sola.

Mi hermano Nacho, diez meses menor que yo, había sido siempre mi compañero de aventuras. María era el sándwich y Santiago y Fernanda, los más pequeños. Nacho y María se parecían físicamente. Los dos tenían el cabello castaño oscuro y los ojos cafés. Santiago y yo éramos rubios, pero yo tenía los ojos azules y los de él eran color miel. Fernanda era una mezclanza, con el cabello castaño oscuro y los ojos verdes como esmeraldas.

Nunca pensé en cuánto quería a mi hermano Nacho hasta que se fue de la casa. Sucedió cuando él tenía catorce años y unos compañeros del colegio le echaron la culpa de haber quemado la palapa del restaurante Bonanza que estaba en Insurgentes. Él no tuvo ninguna participación, pero no pudo probarlo, y los padres lasallistas lo expulsaron de la escuela. El único colegio que lo recibió fue el internado México, de los hermanos maristas, donde terminó el tercer año de secundaria. Creí que la separación sería temporal, pero mi papá decidió enviarlo a Monterrey a estudiar la preparatoria y la carrera, y nunca volvimos a vivir juntos. Este alejamiento me dolió mucho y nunca lo superé por completo. Me quedé con mis hermanos menores, a los que adoraba, pero mi compañero de aventuras

se había ido.

Así llegó mi cumpleaños número dieciséis. Un buen día, Armando comenzó a decirme que muy pronto rugiría mi tigre. Al principio no entendí el significado de estas palabras, pero luego me di cuenta de que deseaba tener relaciones sexuales conmigo.

Yo pertenecía a una familia católica conservadora, contraria a las relaciones sexuales prematrimoniales. Me habían inculcado una educación llena de valores y principios que hablaban de la importancia de la virginidad del hombre y de la mujer hasta el matrimonio y, aun cuando el sexo era un tema tabú en mi casa, los mensajes subliminales a lo largo de los años habían sembrado en mi mente la idea de que Dios inventó el sexo para disfrutarlo con el esposo y para tener hijos y no para caer en un libertinaje que conlleva la pérdida del respeto por uno mismo.

Comencé a platicar del tema con mis amigas y la mayoría coincidió en que yo era una anticuada, porque en estas épocas modernas ya no está de moda la virginidad. Aunque no lo dijeron abiertamente, me dieron a entender que ellas ya habían tenido relaciones sexuales y que eran muy felices haciéndolo.

Poco después me enteré de que una de ellas, Cristina Sierra, había quedado embarazada y sus papás la llevaron a España para que nadie se enterara. Supe que dieron el niño en adopción y, después de varios años, cuando Cristina se casó, no pudo volver a embarazarse por el sentimiento de culpa que le quedó.

Aunque estimaba mucho a mis amigas y pasaba ratos muy agradables con ellas, me había dado cuenta de que eran diferentes a mí. Les gustaba mucho tomar cubas y cervezas, fumar y divertirse sin medida. Hablaban con groserías y algunas no tenían horario para llegar a su casa en la noche. Nunca supe que se drogaban, pero sí había visto que llevaban ron al colegio, dentro de las loncheras, para tomárselo a la hora del recreo sin que nadie lo notara. Todo esto hacía que mi confianza en el juicio de mis amigas fuera poca.

Armando me presionaba cada vez más con lo del tigre. No sé por

qué los hombres insisten tanto en tener relaciones sexuales con la novia, si son los primeros en querer casarse con una niña virgen.

Comencé a ir a la iglesia con frecuencia. Visitaba a la Virgen María casi todos los días y le pedía que me orientara. Adoraba a Armando y quería que fuera feliz, pero al mismo tiempo no deseaba ofender a Dios teniendo sexo solamente por placer. Traté de ser objetiva, porque mis amigas insistían en que no era posible casarse con alguien si antes no se tenía sexo con él, pues podía suceder que esa persona no resultara compatible contigo sexualmente y, por lo tanto, serían infelices en su matrimonio y terminarían divorciados. Yo tenía mis dudas al respecto porque, en mi opinión, si amas verdadera y profundamente a una persona, el sexo se da en forma natural, adaptándose cada uno al estilo del otro.

Yo estaba muy joven y no tenía ninguna experiencia de la vida. No sabía si tenía que caminar según la tradición aprendida en mi casa o si debía seguir los consejos de mis amigas dejándome llevar por el remolino del mundo moderno, que le daba vuelo a la satisfacción de los instintos sin ningún remordimiento con el pretexto de que Dios no puede prohibir algo que Él mismo inventó, como si por haber inventado la comida tuviéramos que retacarnos de alimentos, o por haber inventado el sueño nos dedicáramos a dormir todo el tiempo.

Finalmente llegué a la conclusión de que yo sola no podía afirmar si el sexo era pecado o no. Mis conocimientos en el área de la moral y de la religión no eran muy profundos y sentía vergüenza de hablar del tema con mis padres o con algún sacerdote, así que concluí que tener relaciones sexuales, tomar drogas, fumar cigarrillos o emborracharse eran decisiones completamente individuales basadas en la relación que cada persona tiene con Dios y en el amor y el respeto por uno mismo.

Así que le pedí a la Virgen que me diera fortaleza para no caer en la tentación y decidí hablar con Armando lo más pronto posible para decirle que, si verdaderamente me quería, tendría que esperar hasta que nos casáramos para tener sexo conmigo.

No fue necesario hacerlo. Esa misma noche mis padres, don

Ignacio y doña Martha de Archundia, me llevaron a cenar a un restaurante para decirme que habían resuelto mandarme a estudiar un año a Estados Unidos con el propósito de que aprendiera inglés. Planearon en un principio enviarme a un internado para señoritas en la ciudad de Boston, Massachusetts, pero al mismo tiempo un amigo americano de mi papá, llamado Bill Routh, me invitaba a su casa en Seattle, Washington, con su familia. Propuso que aquel año fuera la compañera de Lisa, su única hija, de la misma edad que yo. Mis papás me preguntaron qué prefería y escogí irme con los Routh, porque pensé que viviendo con una familia extrañaría menos a la mía.

Armando se enojó mucho cuando se lo dije. No quería que me fuera de México y me dijo que si mi amor por él era verdadero, no me iría. No le hice caso. Me pareció que su actitud era muy egoísta, pues él no podía ofrecerme nada todavía y a mí se me presentaba la oportunidad de superarme. Acompañé gustosa a mi mamá a tramitar la visa de estudiante en la embajada de Estados Unidos y a renovar mi pasaporte.

“Tatis —me dijo mi mamá uno de aquellos días—, toma este dinero para que vayas a comprarte la ropa que necesites. No tiene caso que sea mucha, porque allá irás adquiriendo lo que te haga falta.” A mí me encantaba la ropa, así que organicé a mis primas para que me acompañaran a Liverpool de compras. Compré lo que se me antojó y robé unos pantalones y una blusa. Luli y Lupe estaban asombradas y asustadas: ellas no habían robado nunca, así que se pusieron muy nerviosas. Salimos de la tienda apresuradamente, en medio de risitas y de miradas furtivas. Ahora me arrepiento de haberles dado un ejemplo tan malo.

SEATTLE

Los días se sucedieron uno tras otro rápidamente y así llegó la

fecha de mi partida. Estaba muy nerviosa, pero al mismo tiempo emocionada. Mis papás y mis hermanos me acompañaron al aeropuerto. Juan, el chofer de la familia, manejó la camioneta y ayudó a cargar las maletas. No me pude despedir de Nacho porque estaba en Monterrey el día que me fui; Armando dijo que a la me-jor iba al aeropuerto, pero nunca llegó.

“¡Mira, Tatis, ése es tu avión!”, dijo mi papá cuando llegamos ante los ventanales de la sala de espera del moderno edificio aeroportuario.

Me quedé pasmada al contemplar la estilizada línea del jet de Canadian Pacific que se dibujaba contra la bruma del amanecer, mientras los carritos llenos de maletas se aproximaban al aparato avisando a todos de su presencia con sus luces amarillas intermitentes. Contemplé el avión sintiendo que el corazón se me oprimía. Había llegado el momento de separarme de mi familia y de lanzarme a una aventura completamente desconocida para mí. Había viajado mucho en avión con mis padres, pero nunca sola: ésta sería la primera vez. Como en sueños escuché la conversación de las azafatas que revisaban la lista de pasajeros tras el mostrador.

—¿Estás nerviosa, hijita? —preguntó mi mamá mientras pasaba su brazo alrededor de mis hombros.

—Sí, má, un poco.

—No te preocupes. Ya verás que todo va a salir muy bien, porque la santísima Virgen y tu Ángel de la guarda estarán contigo todo el tiempo. Cuando sientas que nos extrañas mucho o cuando tengas algún problema, recuerda que ellos estarán siempre cerca de ti para ayudarte.

—Lo sé, má. Así se lo pedí ayer en misa a Jesús.

—¡Tatis! —exclamó Fernanda desde la butaca donde permanecía observando a Santiago jugar con su balero, ten mi Winnie Pooh. Quiero que te lo llesves para que te acuerdes de mí.

Mis ojos se humedecieron mientras tomaba entre mis manos el animalito de peluche que mi hermana menor me ofrecía. Ambas nos abrazamos con fuerza, como si supiéramos que la vida nos iba a exigir a las dos, en el futuro, mucha fortaleza y valor para salir adelante en

las difíciles pruebas que nos aguardaban.

Abordé el avión y me senté en el asiento 2A que me habían asignado. Abroché mi cinturón de seguridad y me puse a contemplar el movimiento de la plataforma a través de la ventanilla del avión.

El vuelo era directo a Vancouver, Canadá, donde los Routh me recogerían para llevarme a su casa en Seattle. El tiempo transcurrió casi sin sentir. Fueron cinco horas en las que avancé en mi lectura de *Los hornos de Hitler* —no sé por qué me gustaban tanto los libros sobre judíos— y vi una divertida película. Recuerdo que a partir de aquel viaje en avión adquirí la costumbre de platicar interiormente con mi Ángel de la guarda y, desde entonces, se con-virtió en mi mejor amigo.

Cuando el piloto avisó que estábamos a punto de aterrizar, mi nerviosismo reapareció. Llevaba fotografías de la familia Routh y ellos tenían fotografías mías, pero ¿qué tal si no nos reconocíamos?, ¿qué tal si habían olvidado venir por mí?, ¿qué tal si tenía que quedarme a dormir en el aeropuerto?, ¿qué tal si las autoridades canadienses me enviaban de regreso a mi país?

“Mi Ángel precioso, te ruego que arregles las cosas para que todo salga bien.”

Gracias a Dios, mis temores resultaron infundados. Los Routh me estaban esperando con expresión ansiosa justo en la puerta por donde salí empujando el carrito con mis maletas. Me sorprendí un poco al conocer a Lisa, porque ella parecía más mexicana que yo. Éramos igual de altas, pero ella tenía el cabello castaño oscuro y los ojos cafés. Su complexión era más bien llenita. Iba vestida con ropa de verano: playera roja, pantalones cortos de color azul y sandalias sin tacón. Su cabello lo había peinado en una cola de caballo y no traía una gota de maquillaje en el rostro. Yo acostumbraba ser muy formal en mi manera de vestir y había elegido para el viaje un pantalón azul marino, sandalias de tacón también azules y un top de rayas azul marino con blanco. Resulté ser más delgada que Lisa. Mi

cabello lo llevaba suelto y planchado, y traía un maquillaje ligero.

Desde ese momento percibí el odio de Lisa. Sus papás fueron muy amables conmigo y noté que se desvivían por atenderme y agradarme, pero Lisa, después de saludarme y de ayudar a meter mis maletas en la cajuela, se colocó su walkman en las orejas y se desconectó del mundo.

Yo no hablaba ni jota de inglés. Había aprendido algo en el colegio Ángeles, donde estudié la primaria y la secundaria, pero jamás lo había practicado, porque mis padres eran los que resolvían todos los problemas cuando salíamos de viaje. Llevaba a la mano el maravilloso diccionario Larousse que me había regalado Mane, mi abuela materna, y así comencé a comunicarme con los Routh. En el trayecto a su casa me mostraron el Space Needle, el estadio de futbol americano, las tiendas y restaurantes de moda, el lago Washington y la universidad. Seattle es una ciudad hermosísima que yo no conocía y me encantó.

Al llegar a su casa, los Routh me indicaron que Lisa y yo compartiríamos la misma recámara, el clóset y el baño. Era obvio que esta decisión la habían tomado con anterioridad, porque noté que la cama estaba ya arreglada y había espacio en el clóset para mis cosas, pero la expresión en el rostro de Lisa no mostraba que esto la hiciera muy feliz.

Todavía faltaba más de un mes para que comenzaran las clases, así que Lisa y yo disponíamos de tiempo suficiente para conocernos mejor. Me presentó a sus amigas y juntas fuimos a esquiar en agua, al cine y a tomar helados. Incluso me llevaron a un square dance, que resultó ser completamente nuevo para mí. Se trata de un baile de cuadrillas estilo folclórico que tiene sus orígenes en la época de la fundación de Estados Unidos. También pasamos varios fines de semana asoleándonos y esquiando en la cabaña que los Routh tenían en la isla Whidbey.

Me fui adaptando poco a poco. Me costaba trabajo comunicarme, pero cada día aprendía palabras nuevas y, con la ayuda del dicciona-

rio, avancé rápidamente en mi dominio del inglés. Mis papás y mis hermanos me hablaban por teléfono y me mandaban cartas muy seguido. También Armando se mantuvo en comunicación frecuente conmigo y prometió que me caería de sorpresa el día de mi cumpleaños, para el cual faltaban solamente cuatro semanas.

Mis papás llegaron de visita dos semanas después de mi arribo a Seattle. Querían asegurarse de que estuviera bien. Aunque los Routh los invitaron a quedarse en su casa, mi papá no aceptó; no le gustaba causar molestias, así que se alojaron en un hotel y yo me fui con ellos para disfrutarlos de cerca. Anduvimos de turistas por todas partes; a mi mamá le encantó un partido de fútbol americano en el estadio de Seattle al que nos llevaron los Routh.

Yo le había contado a Lisa acerca de Armando, y un día llegó a decirme que él le había hablado para decirle que nos prepararíamos, porque llegaría a Seattle el día de mi cumpleaños. Me emocioné; lo extrañaba mucho. A los pocos días fuimos a la cabaña de la isla Whidbey y escuché a la mamá de Lisa regañarla porque me había dicho que Armando llegaría de visita, pues no era cierto. Lisa respondió: “¡Ay, mamá, qué importa! De todos modos Tatis no entendió lo que le dije”. Esto me dolió mucho, pero no dije nada.

Mi cumpleaños número diecisiete llegó y pasó sin novedad. Los Routh me regalaron varios frascos de ostiones ahumados que me encantaban, y mi familia me habló por teléfono... Eso fue todo.

A los pocos días comenzaron las clases y Lisa decidió mudarse al ático de su casa porque no habíamos logrado armonizar nuestros gustos dentro de la recámara. A ella le gustaba poner música de rock a todo volumen y a mí me gustaba el silencio; ella ponía el despertador por las mañanas con música estruendosa y a mí me gustaba amanecer en calma. Fue una decisión sabia la de Lisa, porque recuperé mi espacio vital.

El ambiente escolar resultó completamente nuevo para mí. Yo había asistido siempre a un colegio de monjas en el que era obligatorio vestir el uniforme reglamentario; además, sólo éramos niñas y

monjas en todo el colegio. La preparatoria Roosevelt, por el contrario, era un colegio de gobierno al que asistían hombres y mujeres de todos tipos y razas, vestidos como querían.

El primer día de clases llevé a la escuela una bolsa de cuero negro con algunos dólares, una pluma y mi tubo de labios. A media mañana fui al baño y, mientras me bajaba los pantalones, puse la bolsa en el piso. De pronto vi que una mano negra se metía por debajo de la puerta y se llevaba mi bolsa irremediamente. Grité y me subí los pantalones lo más rápido que pude, pero no tuve suerte: perdí mi bolsa para siempre.

Ese baño nunca me agradó. Siempre olía raro y era el lugar favorito de reunión de las estudiantes más extrañas de la escuela. Me daba miedo ir allá. Luego me enteré de que ese olor era de marihuana.

En pocos días conocí a varias compañeras latinas, y Jeannette, ecuatoriana, se convirtió en mi mejor amiga. Con ella desahogaba la tristeza de estar tan lejos de mi familia. A ella le enseñaba las cartas y fotografías que me mandaba Armando. Juntas estudiábamos, reíamos y llorábamos.

Mis padres me habían abierto una cuenta de cheques en el banco de Seattle para que no me faltara dinero. Sin embargo, cada vez que Jeannette y yo íbamos a las tiendas, salía con algo robado. No sé por qué lo hacía. Era como si tuviera necesidad de demostrar que yo era más lista que la vigilancia de la tienda. Fueron acciones muy tontas que, si me hubieran catchado, me habrían puesto en vergüenza con mi familia y con los Routh, además de haber arriesgado mi visa para entrar a Estados Unidos.

Un día cualquiera sonó el teléfono y era Nacho, mi hermano. Me dijo que a mi mamá le había dado un ataque al corazón y que se encontraba delicada de salud, pero que había dado órdenes de que no me dijeran nada para no preocuparme ni distraerme de mis estudios. Nacho mencionó que tal vez sería conveniente que me regresara a México para estar con ella.

Me quedé anonadada. No sabía qué hacer. Fui a la iglesia a pedirle a la Virgen que me iluminara para tomar la decisión correcta.

Finalmente, después de varios días de pensarlo, opté por quedarme en Seattle y seguir de cerca, a través del teléfono, la situación de mi mamá.

Ella se fue recuperando y fortaleciendo poco a poco. Le llamaba por teléfono muy seguido, con el pretexto de que la extrañaba mucho. Ella jamás me dijo nada acerca de su enfermedad.

Mi situación en casa de los Routh se hacía cada día más difícil. Lisa no me dirigía la palabra y su mamá la apoyaba. Acostumbrada como estaba a ser hija única, le resultaba muy difícil compartir su casa, sus cosas y a sus padres con otra persona. El señor Routh era el único que se portaba amistoso conmigo y esto incrementaba los celos de Lisa. Él era el que me llevaba los sábados y domingos a las cinco de la mañana a la estación de autobuses de donde partía el camión que me conducía a la montaña Rainier, donde tomaba mis clases de esquí sobre nieve.

Jeannette estaba enterada de mi situación y, sin que yo lo supiera, habló con la familia Orson, con la que ella vivía, para pedirles que me aceptaran en su casa. El señor y la señora Orson, junto con sus tres hijos, Brooks, Cher y Johnny, eran personas muy humanas y generosas que de inmediato sintieron afecto por mí y me invitaron a mudarme con ellos, cosa que hice después de Navidad para no preocupar a mis papás en esos días tan especiales. El señor y la señora Routh mostraron gran sorpresa cuando les dije que me mudaría a casa de los Orson, pero les expliqué las razones y les hablé de lo mucho que estábamos sufriendo Lisa y yo. Finalmente aceptaron mi decisión y me dejaron ir. A mis papás, que no tenían idea de mi situación en casa de los Routh, les conté todo cuando las cosas ya estaban organizadas y resueltas, y me sintieron tan segura de mí misma que me apoyaron y aceptaron mi decisión sin protestar.

Recuerdo que llegué a la casa de los Orson en enero, en medio de una fuerte tormenta de nieve. En aquellos días no había clases y los Orson nos llevaron a Jeannette y a mí a su cabaña de esquiar, una cabaña preciosa en medio de la montaña. Tenía un jacuzzi con

agua calentita en medio de la sala y unos ventanales enormes a través de los cuales veíamos cómo nevaba afuera, mientras adentro nos calentábamos al lado de la chimenea. Era un lugar de ensueño.

Había venido con nosotros el novio de Cher, un muchacho muy alto y rubio llamado Brad, de la misma edad que nosotras. Me quedé muy sorprendida cuando en la noche me levanté al baño y vi que Cher no estaba en su litera. La busqué y descubrí que compartía una bolsa de dormir con Brad en el ático de la cabaña. Me pregunté si sus padres, que no habían venido con nosotros, estarían enterados de eso.

Este descubrimiento me hizo meditar mucho. Siempre había pensado que las personas que tienen relaciones sexuales antes de casarse eran gente alocada e irreflexiva que se dejaba arrastrar por sus instintos. Sin embargo, Cher y Brad eran personas sensatas, centradas y, desde mi punto de vista, equilibradas... ¿Por qué entonces tenían relaciones sexuales sin estar casados y con la mayor naturalidad del mundo?

Esos días en la nieve estuve muy pensativa. Jeannette no entendía qué me pasaba ni yo quería hacerle ningún comentario hasta que mis pensamientos estuvieran en orden, así que le dije que me sentía un poco agripada.

Después de mucho cavilar, confirmé mi convicción de que tener relaciones sexuales antes del matrimonio, tomar drogas, fumar cigarrillos o emborracharse eran decisiones completamente personales basadas en la relación que cada persona tiene con Dios, y en el amor y el respeto por uno mismo. En mi caso, no me imaginaba acostándome con un novio y luego con otro y con otro; estaba segura de que eso no sería agradable para Dios. Así que decidí mantenerme virgen hasta el día de mi boda y para lograrlo planeé una estrategia: cada vez que algún niño me propusiera ser su novia le aclararía, antes de decirle que sí, que no me acostaba con mis novios. Si a pesar de eso quería andar conmigo, entonces, adelante.

DOÑA MARTHA DE ARCHUNDIA

Con los Orson viví el resto de los meses que faltaban para que concluyera el año escolar. Fue una época maravillosa y divertida, opaca-dada solamente por mi preocupación por el estado de salud de mi mamá. Antes de regresar a México con mis diplomas a la mejor alumna extranjera del colegio donde estudié, y de excelencia en la clase de esquí sobre nieve, me despedí de los Routh para reiterarles mi agradecimiento y mi amistad. Independientemente de los problemas que tuvimos, entre ellos y yo hubo abrazos y palabras de cariño.

Uno de los momentos de mayor alegría en mi vida fue cuando, al llegar a México, mis papás me recibieron al pie de la escalerilla del avión.

“¡Tatis! —exclamó mi mamá dándome un prolongado abrazo—, ¡qué alegría verte otra vez! ¡Y qué bonita estás!”

Hasta la fecha disfruto ese abrazo que me dio mi mamá en aquel momento. Lejos estaba de imaginar que un mes después ella se habría ido para siempre. Luego supe que se había levantado de la cama para ir a recibirme al aeropuerto y que había fingido estar fuerte y sana para no preocuparme. Había hecho que todos prometieran no decirme nada acerca de su enfermedad para no menoscabar la alegría de mi llegada.

Armando no fue a recibirme al aeropuerto. Mi amiga Jaso me dijo que andaba con otra niña. No pude creerle. Luego hablé con él y me confirmó que se había hecho novio de alguien más durante mi ausencia, pero que yo tenía la culpa por haberme ido tanto tiempo. Después de mucho llorar y meditar sobre lo sucedido, me di cuenta de que, en realidad, Armando nunca me amó. A lo mejor se enamoró de mí un poco, pero apostarí a que su atracción por mí fue algo físico únicamente, porque cuando de veras amas a una persona, ninguna otra puede sustituirla y no hay nada que llene el vacío que te queda cuando esa persona se va. Le di gracias a Dios por haberme dado la fortaleza suficiente para no caer en los brazos de mi tigre. Qué

bueno que yo seguía perteneciéndome por completo y que podía alejarme de él sin sentir que alguna cadena nos uniría por el resto de nuestras vidas.

Mi mamá estaba feliz de mi ruptura con Armando. Ella fue testigo de mis lágrimas; me consoló, me reconfortó y hasta organizó un viaje a Acapulco para distraerme y para que llevara a mis amigas, Jeannette y Cher, que llegaron a México una semana después que yo con el propósito de visitarme y de conocer mi país. En aquellos días me dijo mi mamá: “¡No te preocupes, Tatis! Realmente eres muy bonita y no te van a faltar pretendientes. Ya ve-rás cómo muy pronto encontrarás otro muchacho que te quiera más que Armando”.

Aunque mi mamá tenía razón, sus palabras me afectaron mucho, porque a partir de entonces comenzó a rondar en mi mente la idea de que la belleza es algo muy relativo. Esta idea permanecería en mí durante toda mi vida y me motivaría a buscar el desarrollo de mi belleza interior en lugar de la externa, porque el día de mi muerte, al desprenderme del cuerpo, ¿qué imagen tendría mi alma?

Nacho, mi hermano, había llegado de Monterrey para verme y pasar las vacaciones de verano en familia, así que todos nos fuimos a la playa muy contentos. Nos acompañaron los mejores amigos de Nacho: Alejandro Bizparro y Jaime Alda.

Los primeros días de ese viaje fueron muy divertidos. Nacho, Alejandro y Jaime nos llevaron a bailar a un antro muy famoso en el centro de Acapulco. Yo no tenía la experiencia de andar en estos lugares, así que me divertí mucho, aunque me sorprendí de ver ahí tantas niñas tomadas; a la mejor también se habían drogado, porque algunas incluso estaban tiradas en el piso del baño... ¿Por qué será que hay gente que no puede divertirse sanamente? ¡Yo me la pasaba tan bien en mis cinco sentidos!

En fin, lo que sucedió después en aquel viaje fue sumamente triste. Mis papás habían ido a la playa a caminar con mi hermana

Fernanda. Los demás nos quedamos en la casa a ver una película de miedo. En eso llegó Fernanda corriendo para decirnos que a mi papá se lo había llevado el mar. Salimos todos volando hacia la playa. Cuando mi mamá nos vio, se desmayó sobre la arena debido a la angustia que sentía. Nacho se metió al mar para ayudar a mi papá a salir. Santiago, María y yo intentamos reanimar a mi mamá sin conseguirlo y, pensando que le había dado otro ataque al corazón, buscamos frenéticamente las pastillas de nitroglicerina que se supone debía llevar siempre consigo. No las encontramos. "Tatis, vamos a la farmacia a comprar la medicina, ¡yo te llevo!", me dijo Alejandro Bizparro.

Salimos en el Safari a mil por hora. Desde entonces trato de no criticar a la gente que maneja rápido: nunca sabes si llevan una verdadera urgencia. Había varias farmacias cerca de la casa, pero ninguna tenía las dichas pastillas. Fuimos a dar hasta el centro de Acapulco. Finalmente regresamos a la casa. Nacho había sacado a mi papá del mar y mi mamá había recuperado el conocimiento. De todos modos le pusimos la pastillita debajo de la lengua.

Al día siguiente regresamos a la ciudad de México. Habían terminado las vacaciones de Cher y de Jeannette y las llevamos al aeropuerto para que cada una tomara el avión de regreso hacia su respectivo país: Cher hacia Estados Unidos y Jeannette hacia Ecuador. Nacho voló a Monterrey porque el reinicio de sus actividades escolares en la preparatoria estaba próximo.

El doctor le ordenó a mi mamá que guardara reposo, pero ella era hiperactiva y le costaba mucho trabajo permanecer en cama cuando se sentía bien. Sin embargo, nos propusimos estar alertas para obligarla a que se quedara quieta en casa. Me dediqué a disfrutar de mi familia. ¡Extrañaba tanto mi casa, mis cosas, mi cama! Disfrutaba del olor de mi casa, el rayo de sol que entraba por las mañanas a través del ventanal, las risas de mis hermanos, el sabor de la comida de Coty, la cocinera, los regaños de Inés, mi nana, y de Juan, el chofer...

Aquel martes mi mamá insistió en visitar a su mamá y a sus hermanos y hermanas. Dijo que hacía mucho que no los veía y que tenía ganas de saludarlos. Como se había portado bien y había seguido las instrucciones del médico, le concedimos su deseo y la llevamos en la camioneta a hacer las visitas que quería. Juan manejó y nos llevó de casa en casa. Ni mi mamá ni ninguno de nosotros imaginamos que ella, en realidad, se estaba despidiendo de su familia.

Mi papá había avisado que tenía una comida de negocios, así que nos quedamos a comer con mi abuela Mane. Regresamos a la casa por la tarde, cuando ya se había puesto el sol, y nos dedicamos a ver la tele mientras Coty nos preparaba algo. Recuerdo que esa noche cenamos enchiladas verdes con pollo.

Como nos sentíamos cansados por todo el día de trajín, mis hermanos y yo nos despedimos de mi mamá y nos fuimos a acostar. Me acababa de poner la pijama, cuando ella entró a mi cuarto diciéndome que le dolía la cabeza y que se dormiría temprano. Me pidió de favor que permaneciera despierta para esperar a mi papá y que lo acompañara a cenar. Accedí gustosa.

Mi papá no llegaba y el dolor de cabeza de mi mamá empeoraba. No podía conciliar el sueño porque el dolor era muy fuerte. Le hablé al cardiólogo, el doctor Ricardo Corbea, quien me dijo que el dolor se debía al nerviosismo de mi mamá y que no había motivo de preocupación. Ordenó que se tomara dos aspirinas.

Me quedé observando a mi mamá. Se quejaba constantemente. Hubiera querido tener vista de rayos X para ver a través de su cráneo y averiguar lo que le estaba causando ese dolor. Me pidió ayuda para llegar al baño porque sentía ganas de volver el estómago. Encendí la luz y lanzó un grito. Me dijo que la apagara porque le molestaba muchísimo. Al llevarla al baño a oscuras, noté que caminaba erráticamente y con dificultad. A las once de la noche volví a llamar al doctor Corbea: el dolor era insoportable. Yo no sabía en aquel entonces que todos esos síntomas indicaban un serio problema en el cerebro.

“Mira, Tatis —dijo el médico—, te espero a las siete de la mañana en mi consultorio del Centro Médico para darte la receta de la

medicina que tu mamá necesita. Le vamos a dar algo un poco más fuerte para calmar sus nervios.”

Cuando mi papá llegó, le conté lo sucedido. Se quedó pensativo, se asomó a ver a mi mamá y, pensando que dormía, no quiso molestarla y se fue a dormir. (Debido a que mi papá roncaba muy fuerte, mis papás dormían en una suite de dos recámaras dentro de la casa.)

A las seis de la mañana yo estaba lista para ir por la receta. No tenía idea de cómo llegar al Centro Médico, pero mi papá había dado órdenes de que Juan me llevara. A esas horas de la mañana les hablé por teléfono a mis tías Con y Pacha, hermanas de mi mamá, y les informé de la situación. Les pedí que vinieran más tarde a mi casa para acompañar a mi mamá, porque me preocupaba que se quedara sola cuando mi papá se fuera a trabajar.

Mi papá y mis hermanos estaban profundamente dormidos, así que me fui sin hacer ruido.

Tuve que esperar casi una hora al doctor Corbea. Finalmente llegó y me dieron la receta. La medicina se llamaba Seconal, misma que Juan y yo compramos de inmediato en la farmacia.

Cuando llegué a la casa, mi papá ya estaba desayunando para irse a trabajar. Mis tías y mi abuela Mane estaban en la casa y él se sentía muy preocupado. Le dije que el doctor había asegurado que se trataba de una migraña y que aparentemente no había razón para preocuparnos, así que procedimos a darle a mi mamá el Seconal y luego despedimos a mi papá, asegurándole que lo mantendríamos informado de cualquier eventualidad.

Mi tía Con observó a mi mamá durante un rato y concluyó que ese dolor de cabeza no era normal. Tomó el teléfono y llamó a su amigo, el doctor Lasarthe, para consultar su opinión. El anciano doctor llegó a la casa una hora más tarde llevando consigo su ma-letín de cuero negro. Revisó minuciosamente a mi mamá y luego dijo: “Mira, Conchita, en mi opinión Martha tiene una trombosis cerebral grave. El Seconal que le dieron sirvió para acelerarle el coma en el que está ahorita. Es urgente llevarla a un hospital. El

más cercano es el de Neurología que está en Tlalpan”.

De inmediato me puse a hablar por teléfono para pedir una ambulancia. No encontré ninguna disponible. Había llegado a la casa Alejandro Bizparro y él me llevó al hospital de Neurología para pedir ayuda; mi hermano Santiago nos acompañó. En el hospital nos dijeron que no admitían pacientes sin la orden de un médico y, como no nos permitieron hablar por teléfono dentro del hospital, salimos a la calle para comunicarnos con el doctor Lasarthe.

“Tatis, ya no es necesaria la ambulancia. Tu mamá acaba de irse con Dios.”

Sentí que un balde de agua helada caía sobre mi cabeza. Colgué la bocina y me quedé como zombi. De pronto escuché como en un susurro las voces de Alejandro y de Santiago preguntándome qué me había dicho el doctor.

Yo adoraba a Santiago, mi pequeñito. Lo último que quería en este mundo era causarle una pena tan grande. Recuerdo que me senté con él en la orilla de la banqueta y le dije, lo más tiernamente que pude, que mi mamá se había ido con Dios. Él comenzó a llorar. Lo abracé mientras Alejandro nos observaba sin saber qué hacer o qué decir.

En el trayecto de regreso a casa yo iba furiosa. Me sentía muy enojada por la irresponsabilidad del doctor Corbea. Había descuidado a una paciente con graves antecedentes cardiacos, madre de cinco hijos —la mayor de diecisiete años—, y la había dejado morir sin revisarla, asegurando por teléfono que se trataba de un simple dolor de cabeza.

Al llegar a la casa observé que el doctor Corbea descendía cabizbajo por la escalinata que conducía a la explanada exterior de la casa. Yo no lo conocía, pero Santiago me dijo: “Tatis, ése es el doctor Corbea”. No quise saludarlo. Lo ignoré por completo y Santiago me imitó. Llegué hasta la recámara donde mi mamá descansaba. Mis tías y Mane estaban llorando. A María y a Fernanda no les habían permitido entrar a la recámara, así que sollozaban sentadas sobre la alfombra, junto a la puerta. Me abrazaron y se soltaron a llorar. En

ese momento salía el doctor Lasarthe con el semblante sumamente triste.

—Doctor Lasarthe —le pregunté—, ¿cómo pudo pasar esto?

—Tatis, recuerda que Dios pone una venda en los ojos del médico para que se cumpla Su voluntad.

Me quedé perpleja. No podía creer que aquello tan monstruoso fuera la voluntad de Dios. Entré a la recámara de mi mamá y me quedé contemplándola. Parecía dormida. Ni en esas condiciones aminoraba su belleza y su elegancia. Le anudé el moñito del camisón. Observé que traía una venda alrededor de la cabeza y el mentón.

—Pacha —pregunté a mi tía—, ¿por qué le pusieron esta venda?

—Es necesario ponerla para que la mandíbula permanezca cerrada mientras los huesos se solidifican. Después se la quitaremos.

—Oye, Con, ¿ya le avisaron a mi papá? —pregunté como pude.

—Todavía no. No supimos cómo decírselo.

Salí al pasillo, tomé el teléfono y marqué a la oficina de mi papá. Me contestó su secretaria.

—Doña Laura, ¿me puede comunicar con mi papá, por favor?

Supongo que ella percibió un matiz diferente en mi voz porque, contrario a su costumbre de interceptar los recados, me contestó:

—Sí, Tatis, en seguida.

—¡Tachis! —sonó la voz fuerte y cariñosa de mi papá—, ¿qué pasó? ¿Cómo está tu mamá? ¿Ya se siente mejor?

Sentí que me moría.

—No, papi, para eso te hablo. Fíjate que lo de mi mamá no era un dolor de cabeza, sino una trombosis cerebral que el doctor Corbea no detectó. Acaba de fallecer.

Silencio total.

—Pero ¿cómo pudo suceder esto, si yo la dejé bien en la mañana, con un simple dolor de cabeza?...

—Pues sí, pá, pero el doctor Lasarthe me dijo que Dios les pone una venda en los ojos a los médicos cuando quiere que se haga Su

voluntad.

Escuché un profundo suspiro.

—¡Voy para allá ahora mismo! —respondió.

Tomé nuevamente el teléfono y marqué a Monterrey.

—¿Nacho?

—Sí, Tatis —contestó mi hermano reconociéndome—, ¡qué mi-lagro!

—Nacho, lo que pasa es que mi mamá se volvió a poner malita y creo que es necesario que vengas a México.

—¿Qué tan urgente es?

—¡Muy urgente!

Con voz seria y profunda, como si supiera lo que en realidad estaba tratando de decir, me contestó:

—Voy en camino al aeropuerto. Manda a alguien a recogerme, por favor.

Alejandro Bizparro se fue al aeropuerto a esperar a Nacho. Yo me quedé en la casa para recibir a mi papá y ayudarlo a organizar el sepelio. Mis tías y Mane estaban deshechas. Llegaron mi tía Marilú y mi tío Pepe, los otros hermanos de mi mamá.

Me dediqué a mirar por las cortinas en espera de mi papá. Vi que Juan estacionó el Mercedes a un lado de la fuente y que mi papá descendió del auto como si todos los años del mundo se le hubiesen venido encima. Se me volvieron a llenar los ojos de lágrimas mientras lo observaba subir la escalinata como si las piernas le pesaran dos toneladas cada una. Cuando cruzó la puerta, lo abracé. No dijo una sola palabra. Se aferró a mí como a una tabla de salvación. Luego me soltó y se dirigió hacia la recámara de mi mamá. Mis tíos, con los ojos llorosos, sólo atinaron a darle gol-pecitos en la espalda y luego salieron al pasillo en señal de respeto. Adentro solamente quedaron con ella mi papá y Mane.

Pasó una hora en la que todos creímos que mi papá se moriría junto a mi mamá. Finalmente la puerta se abrió para dar paso a un Ignacio de Archundia totalmente acabado y desmoronado.

“¡Conchita! —exclamó—. No quiero llevar a Martha a Gayosso. A ella no le hubiera gustado. Estoy seguro de que ella preferiría que la veláramos en su casa. Así que, por favor, haz los arreglos necesarios.”

Mi tía Con era muy efectiva para este tipo de cosas. De inmediato habló a Gayosso y organizó la sala de mi casa para convertir-la en una sala de velación. Los señores de Gayosso acomodaron a mi mamá dentro del féretro, el cual colocaron luego sobre una mesa plegable de metal y al final dispusieron cuatro bases con largas velas blancas, una en cada esquina del féretro.

Mientras todo esto ocurría, Nacho había llegado a la casa y, habiéndolo enterado Alejandro de lo ocurrido, me dio un largo abrazo. Luego nos pusimos a avisar a la familia y a los amigos y conocidos. Doña Laura, la secretaria de mi papá, nos ayudó mucho con las llamadas. Poco a poco la casa se fue llenando de gente. Yo tenía ganas de envolver la casa entera con un enorme moño negro para manifestar mi pena y mi dolor, pero eso era imposible. Esperaba que Armando apareciera en algún momento para darme el pésame, pero nunca llegó. Sus hermanas vinieron a mi casa, me dieron un abrazo y se fueron.

Con sorpresa escuché que rompía en carcajadas un grupito de personas sentadas en la salita de la entrada, afuera de la sala principal donde mi mamá yacía. Me acerqué y vi que Lupe Manguera estaba contando chistes. No lo podía creer. Me dieron ganas de sacarla de la casa, pero no me atreví... Me dio vergüenza.

Ruth Vigan, una de las grandes amigas de mi mamá, se dio cuenta de lo que ocurría y se acercó a mí. Me abrazó y me sugirió que saliera a caminar un rato al jardín. Yo no podía dejar de llorar. Alejandro Bizparro me tomó del hombro y me dijo: “Vámonos, Tatis, yo te acompaño”.

Mis hermanos andaban por aquí y por allá. Todos parecían zombis. Ninguno asimilaba lo que estaba sucediendo. Ruth fue con Inés y le dijo que reuniera a los pequeños, les diera de cenar y los llevara a dormir.

A la mañana siguiente nos dispusimos a acompañar a mi mamá al panteón. Ella hubiese querido ser cremada, pero mi papá no quiso. Sentía que al incinerarla la perdería por completo; al menos sepultándola sentiría que su cuerpo aún existía. Mis tías Martha y Mercedes Olavarría, hermanas de Mane, tenían una cripta en el panteón español y le propusieron a mi papá enterrarla ahí. Él aceptó sin protestar. Se sentía demasiado abrumado para discutir o para buscar alternativas.

Recuerdo que yo no tenía ropa negra, pero me sentía tan triste que lo único que quería era sumergirme en un barril de pintura negra. Escogí un abrigo largo negro de mi mamá y me lo puse. Me quedaba grande y no venía al caso, pero no me importó en absoluto.

Al sepelio acudió mucha gente. Traté de mantenerme al margen, porque no me sentía de humor para recibir condolencias. No sé cómo podía mantenerse entero mi papá ante tantas personas que se le acercaban para darle un abrazo.

Al regresar a casa recuerdo haberme ido a la cama de inmediato. Me sentía emocional y físicamente agotada. Creo que dormí hasta el otro día. La vida tenía que seguir su curso. Sólo le pedí a Dios que el tiempo pasara rápidamente para que cicatrizara la profunda herida que sentía en mi corazón.

“Madre santísima, ahora que mi mami se ha ido, te pido que ocupes su lugar. Sé tú mi luz y mi guía de ahora en adelante. Acon-séjame y oriéntame, porque me siento perdida en el mundo.”

Las hermanas de mi mamá organizaron el novenario de misas en la iglesia de la Santa Cruz. Mi papá, mis hermanos y yo solamente asistimos a la primera, porque al día siguiente mi papá decidió que lo mejor sería alejarnos de la ciudad y de la casa que tantos recuerdos nos traía, así que nos subimos al avión y nos fuimos de viaje durante un mes a varias playas: Mazatlán, Los Cabos, Acapulco, Ixtapa... Mi papá iba de lugar en lugar cargando con sus cinco hijos como alma en pena.

EL VIAJE A ESPAÑA

Finalmente regresamos a la casa porque habían terminado las vacaciones de verano y teníamos que volver a la escuela. Además, mi papá tenía programado un viaje a España por motivo de negocios que no podía posponer.

—Tatis —me dijo en el avión cuando íbamos de regreso al Distrito Federal—, quiero que me acompañes a España. No puedo ir solo a este viaje. Tu mamá y yo teníamos todo arreglado para ir juntos y me resultaría muy difícil ir solo. Por favor, ven conmigo.

Yo estaba a punto de iniciar la preparatoria en el colegio Loyo-la, porque el año que estudié en Seattle no me lo revalidaron. Mi mamá me había inscrito en esa escuela debido a que el colegio Ángeles, donde yo había estudiado toda mi vida, no tenía el tipo de preparatoria que yo quería estudiar. Velozmente pasaron por mi mente imágenes de lo que sería mi situación escolar entrando un mes tarde. No conocía el colegio ni su sistema de enseñanza. No tenía ningún amigo ahí, excepto mi prima Karla, y hubiese querido iniciar las clases al mismo tiempo que todos mis compañeros para lograr una mejor integración, pero era evidente que eso no podría ser.

—¡Sí, papi, claro que te acompaño!

Nacho regresó a Monterrey y yo me fui a Europa con mi papá. Mis tres hermanos menores se quedaron en la casa al cuidado de Inés, Coty, Emma y Juan. Mi abuela paterna, Carmen, se mudó a la casa para estar al pendiente de ellos.

Desde que subimos al avión, mi papá se dedicó a tomar whisky tras whisky. Yo lo observaba en silencio sin saber qué hacer y sin poder hacer nada para evitarlo, porque no me hacía el menor caso. Pensé que había pasado muy poco tiempo desde la muerte de mi mamá y que él necesitaría más para asimilar lo sucedido, así que no me quedó otra cosa que pedirle a Dios que curara el alma de mi papá y le devolviera la cordura lo más pronto posible.

Al llegar a Madrid comenzaron los compromisos sociales. Yo no

tenía costumbre de desvelarme y me costaba mucho trabajo llevarle el ritmo a mi papá. Uno de aquellos días cumplí dieciocho años y mi papá me llevó de regalo a París, donde estuvimos una semana; luego regresamos a Madrid para que él continuara atendiendo sus asuntos. Mientras él trabajaba, yo salía con los hijos de su socio español, Emilio Reboder.

—¡Ignacio! —dijo un día Emilio—, mañana vengo por Tatis y por ti para llevarlos al Escorial. Estén listos a las nueve de la mañana.

Recuerdo que aquel día me levanté muy temprano para bañarme, arreglarme y tener tiempo de desayunar. En cuanto salí de la regadera marqué la extensión de mi papá para despertarlo, pero no me contestó. Supuse que habría salido a caminar, así que continué con mi arreglo personal. Al terminar volví a telefonarle para desayunar juntos, pero nadie me contestó. Comencé a preocuparme. Salí a buscarlo al restaurante, a los jardines y a la alberca del hotel, pero no lo encontré. Mi corazón comenzó a latir rápidamente. En eso llegó Emilio.

—¡Tatis! —exclamó al verme—, ¿ya están listos? Llegué un poco antes para desayunar con ustedes.

—¡Emilio!, qué bueno que llegas —repliqué angustiada—. No encuentro a mi papá por ningún lado y no contesta el teléfono de su habitación. ¡Estoy muy preocupada!

—¡Ven! ¡Vamos a la oficina del gerente del hotel para que nos abran el cuarto de tu papá!

En cinco minutos el gerente había abierto la puerta. Mi papá estaba tendido en la cama, completamente noqueado por la botella de whisky que se tomó la noche anterior combinado con pastillas para dormir.

Lo trasladamos al hospital de inmediato. No recuerdo qué tantas cosas le hicieron los médicos para devolverle la conciencia, pero ese día por la tarde mi papá regresó al hotel en sus cinco sentidos. Emilio me había ordenado ir al Escorial con sus hijos y no me dejó quedarme en el hospital con mi papá. Me aseguró que él y su esposa

Loli se encargarían de cuidarlo.

Emilio nunca lo supo, pero siempre le agradecí interiormente que me hubiera obligado a ir al Escorial aquel día. Éramos un grupo como de diez jóvenes, hombres y mujeres, que nos divertimos en grande con las ocurrencias y las guasas de unos y otros. Llevaron guitarras y cantamos hasta que nos cansamos. Recuerdo que todos se reían de mí porque soy sumamente desentonada, pero no me importó y canté hasta el final. Yo llevaba dentro de mí la preocupación por mi papá, pero los hijos de Emilio se encargaron de reducirla al mínimo.

Cuando por la noche regresé al hotel, mi papá ya estaba bien y en su sano juicio, aunque no mostraba ninguna señal de arrepentimiento por el susto que me dio.

—¿Cómo te sientes, pá? —le pregunté al verlo.

—¡Muy bien, Tachis! ¿Y a ti cómo te fue en el Escorial?

Cenamos juntos como si nada hubiera sucedido. Durante la cena un joven con uniforme de piloto estuvo lanzándome miradas furtivas. Era un muchacho apuesto, alto, rubio y de ojos verdes. Cuando mi papá y yo nos levantamos de la mesa para irnos a dormir, el piloto se acercó a mi papá y le pidió permiso para invitarme a comer al día siguiente. Mi papá le contestó con un rotundo no, le dio la espalda groseramente y jalándome del brazo me obligó a seguirlo.

Acto seguido fuimos a la recepción. El gerente del hotel ya no estaba a esas horas, pero mi papá exigió al encargado que pusiera una chapa de seguridad en mi puerta, porque quién sabe qué cosas horribles podrían sucederme estando yo sola en mi habitación.

Yo lloraba de vergüenza y frustración.

Esa noche hablé a México para averiguar cómo estaban mis hermanos. También hablé con mi tía Con y le conté lo que había ocurrido porque necesitaba desahogarme con alguien. La pobrecita intentó infundirme valor asegurándome que todo saldría bien y que ya faltaba poco para que el viaje terminara, pero debió de quedarse muy preocupada por mí.

El papá que conocí antes de la muerte de mi mamá, había desaparecido. En su lugar había quedado un hombre de cuarenta y siete años completamente derrumbado emocionalmente. Lo observaba preocupada y no sabía qué hacer para ayudarlo. Tenía miedo de que yo misma me desmoronara en cualquier momento.

“Madre santísima, por favor no sueltes mi mano porque me hundo. ¡Te necesito tanto!”

El viaje terminó en medio de un remolino de emociones, no supe ni cómo.

LUIGI

Al regresar a México me incorporé a la escuela de inmediato. Kar-la, mi prima, me ayudó a ponerme al corriente en los apuntes y, gracias a Dios, la directora no era ni la mitad de exigente que la madre Arangubén del colegio Ángeles. Me dediqué a estudiar y en pocos días logré alcanzar a mis compañeros. Recuerdo que en los exámenes mensuales saqué puros nueves y dieces de calificación, y lloré desconsoladamente porque mi mamá no estaba ahí para aplaudir mi esfuerzo, sobre todo porque nunca fui una alumna destacada durante mis años de primaria. Sin embargo, mi tía Marilú, mamá de Karla, y mi tía Con, estuvieron ahí para felicitarme. Y nunca me faltaron las palabras de aliento de Pacha, de Mane y de sus hermanas, las tías Martha y Mercedes Olavarría.

La vida con mi papá se fue haciendo cada vez más difícil. Ingería grandes cantidades de whisky diariamente y había momentos en que perdía el juicio y me confundía con mi mamá. Muchas noches, ahogado en alcohol, llegó a despertarme en la madrugada para platicarme sus actividades en el trabajo y consultar mi opinión. Evité lo mejor que pude que mis hermanos se dieran cuenta de lo que sucedía, pero llegó un momento en que la situación resultó insostenible para mí.

Sin embargo, no podía irme de la casa nada más así y dejar a mis hermanos al garete. Me preocupaba mucho la epilepsia de Ma-ría, mi hermana, porque sus ataques se habían agudizado a raíz de la muerte de mi mamá. Además, Santiago y Fernanda andaban con unos amigos que no me gustaban y sus calificaciones habían bajado mucho. ¡No podía abandonarlos a su suerte ni tampoco contaba con los medios para llevármelos conmigo! Pasó por mi mente pedir ayuda a Mane y a las tías Olavarría, pero deseché la idea porque se trataba de personas mayores muy queridas para mí, a las cuales no quise agobiar con mis problemas porque me pareció injusto. También temí que, dadas las circunstancias, la familia optara por separar a mis hermanos repartiéndolos en diferentes casas, algo que hubiera vuelto a matar a mi mamá, así que elegí soportar la situación hasta que Dios allanara mi camino. Lo que me ayudaba un poco era que mi papá viajaba constantemente por asuntos de trabajo. Yo esperaba esos viajes como si fueran enormes cajas de regalo.

Mi abuela Carmen y los hermanos de mi papá intentaron intervenir para solucionar las cosas, pero no lograron nada. Mi papá no escuchaba razones; solamente pensaba en mi mamá e ingería cada día más alcohol. Mi tío Francisco, hermano de mi papá, observaba la situación y quería ayudarme porque me quería mucho, pero no sabía cómo.

Un día se le ocurrió pedirme que lo acompañara a él y a su novia a bailar. A mí la idea me pareció excelente, sólo que de un tiempo a esta parte no había podido socializar para conocer a al-guien que sustituyera a Armando. Así que le pedí que llevara a un amigo suyo para bailar.

Por la noche llegaron a recogerme en el Cadillac de mi tío Francisco. Saludé a Marisuli, su novia, y luego a Luigi, el amigo de mi tío. Los dos eran de la misma edad: treinta años. Luigi me pareció muy guapo, pero supuse que nunca lo volvería a ver porque me llevaba más de doce años, y lo más probable era que no se fijara en una escuincla como yo. Luego me enteré de que Luigi había cancelado una

cita con otra dama para hacerle el favor a mi tío de acompañarme aquella noche.

La velada transcurrió muy agradablemente. Luigi resultó ser un excelente bailarín, muy ameno y divertido. Además, Marisuli y yo habíamos congeniado bien y su compañía me agradó mucho.

Regresé a la casa de madrugada y feliz. Inés, mi nana, me estaba esperando y le conté la anécdota completa antes de irnos a dormir.

Pasaron los días y seguí asistiendo a la escuela como siempre. Dos semanas después, Luigi me llamó para invitarme a comer.

—¡María! —le dije a mi hermana—, Luigi acaba de invitarme a comer mañana y tú tienes que acompañarme. ¡No puedo salir a comer sola con un señor! ¡Me da miedo!

—¡Claro, Tatis, no te preocupes! Voy contigo. Voy a decirle a Jaime Alda que me acompañe para que luego te demos nuestra opinión acerca de Luigi, ¿te parece bien?

Aquella comida fue la primera de muchas invitaciones. Aunque el interés de Luigi por mí iba en aumento, sus amigos se burlaban de él:

—¡Luigi!, ¿vienes con nosotros de antro?

—¡No puedo! —les contestaba—, voy a ver a la Güera.

—¡No me digas que prefieres irte a ver el Club Quintito! —así se llamaba un programa infantil de televisión.

Él aguantaba las burlas con una sonrisa en los labios.

Luigi resultó ser charro. Aparte de las películas de Pedro Infante y Jorge Negrete, jamás había visto charros en la vida real. El espectáculo llamó mucho mi atención; me gustaron los caballos y también el ambiente alegre de las charreadas.

Conocí a la familia de Luigi: su papá, su mamá, sus hermanos Rudy y Doris, ya casados, y su hermana Yoyis. Eran gente honesta y franca de Monterrey con los que simpatiqué de inmediato.

Luigi había terminado la carrera de arquitectura desde hacía varios años y tenía un despacho propio. Ganaba buen dinero y, aunque teníamos poco tiempo de conocernos, muy pronto me propuso matrimonio.

¿Qué pasó por mi mente? No lo sé. Creo que sólo me dejé llevar.

Un día en que mi papá llegó de viaje, le dije que tenía novio, y cuando regresó del siguiente, le dije que ya tenía fecha de boda.

—¿Cómo que te vas a casar? ¿Y con quién, si se puede saber?

—Papi, ya te había contado de Luigi, acuérdate.

—¡No puede ser! ¡Tu mamá no lleva ni un año de haber muerto y tú ya andas pensando en casarte! ¡Olvidalo!

—Bueno, pá, ¿cuánto tiempo te parece razonable que pase?

Se quedó pensando.

—¡Pues yo diría que por lo menos un año y medio!

Así fue como fijamos la fecha de la boda: exactamente un año y medio después del fallecimiento de mi mamá.

Recuerdo que una semana antes de la boda, ya con todas las invitaciones repartidas y regalos de boda en la casa, mi papá llegó con un boleto de avión a París y un fólder que contenía los papeles de un famoso internado en Francia.

—¿Qué es esto, pá?

—¡Hice todos los arreglos para que te vayas a estudiar francés a París! ¿Qué te parece?

—Pero, papi, ¡tú sabes que me caso la semana entrante!

—¡Eso no tiene nada que ver! Cancelamos la boda y listo.

—No puedo hacer eso, pá... Ya está todo organizado, ya llegaron muchos regalos. ¡A Luigi se le rompería el corazón!

—¡Eso no importa! Devolvemos los regalos, cancelamos todo y punto y aparte.

—Está bien, pá, gracias. Déjame pensarlo hoy en la noche...

Aquella noche no pude dormir de tanto pensar. Ante mí se presentaban dos caminos muy distintos que me permitían salir de mi casa con dignidad: la boda y París. ¿Cuál de los dos escoger? La cabeza me daba mil vueltas y comencé a sudar. Era una difícil decisión. “¿Qué hago, Madre santísima?” Una voccecita en mi interior me decía: “Piénsalo bien, porque después no habrá tiempo para arrepentimientos”. Pero el tiempo era lo que apremiaba.

Me imaginé a mí misma en ambas situaciones. En París estaría

feliz de la vida en un internado, viviendo una nueva experiencia y aprendiendo otro idioma. Tal vez conocería a algún europeo guapo, tal vez me quedaría a vivir por allá... Por otro lado, si me casaba con Luigi, tendría mi propia familia, mi hogar, y viviría lo suficientemente cerca para estar al pendiente de mis hermanos.

A la mañana siguiente visité a mi tía Pacha para consultar su opinión.

—No, Tatis, lo que pasa es que tu papá está celoso de que te cases. Además, Luigi no le cae bien porque es charro. Si tú quieres casarte, ¡pues cástate! Es tu vida y tienes derecho de tomar tus propias decisiones.

La opinión de mi tía fue el banderazo que necesitaba para continuar adelante con mis planes, así que aquella noche hablé con mi papá:

—Papi —le dije cuando terminamos de cenar—, estuve pensando en lo del viaje a París y resolví que no me voy. Prefiero casarme.

—¡Pero, Tachis! ¡Si ya está todo arreglado! No seas tonta, mejor vete a estudiar francés. Total, si de veras se quieren Luigi y tú, se casarán más adelante, cuando regreses.

—No, pá. Mil gracias, pero no —dije contundente—, extendiéndole el boleto de avión y el folder. Él me los recibió con una profunda tristeza en sus ojos.

Aquella última semana antes de mi boda transcurrió casi sin sentir. El jueves 8 de febrero de 1973 nos casamos Luigi y yo por el civil, y el sábado 10, por la iglesia. Recuerdo que la noche anterior a la boda religiosa, Fernanda y yo fuimos a San Ángel a cenar una considerable cantidad de tacos al pastor. No sé cómo no me enfermé. Creo que mi Ángel de la guarda me protegió.

Me sentía eufórica y feliz, como en un cuento de hadas. Mis hermanos y yo no percibíamos lo que estaba a punto de suceder. Estábamos tan acostumbrados a las fiestas que mis papás organizaban en casa, que supongo que nos sentíamos como si se tratara

de una fiesta más. En realidad, ellos estaban a punto de perder a su hermana mayor, y yo, a mis recién cumplidos diecinueve años, estaba por abandonar el cálido nido donde nací y crecí.

El sábado en que me casé por la iglesia llegó mi tía Con muy temprano para ayudarme a poner el vestido de novia. Trajo consigo a una maquillista que me puso unas pestañas postizas muy molestas y a una peinadora que peinó mi cabello recogido en media cola. Mi tía Con me trajo de regalo un juego de maletas y dijo que eran “de parte de mi mamá”, y yo rompí en llanto. Además, como me había negado a usar en mi boda los aretes de diamantes de Mane —nunca me gustaron las alhajas ni las ropas ostentosas—, mi tía me regaló también unos discretos aretes de oro blanco y brillantes que combinaban de maravilla con mi vestido.

Yo había puesto a enfriar una botella de champaña la noche anterior y le pedí a Coty y a Inés que me la trajeran con los vasos correspondientes, de manera que, aunque nunca me gustó ingerir alcohol, antes de desayunar estábamos todas brindando por mi felicidad.

A media mañana llegó Luigi para las fotos de estudio y luego nos fuimos a la iglesia. Nos casó un sacerdote charro, amigo de Luigi. Al final de la misa, los charros se pusieron de pie sobre el pasillo central y formaron una valla con sus grandes sombreros para que Luigi y yo pasáramos por debajo. Seiscientas personas asistieron a mi boda y todo transcurrió bien y sin novedad, a excepción de que Luigi le había dado su cartera a guardar a Santiago y después olvidó pedírsela. Cuando terminó la recepción que ofreció mi papá, Luigi y yo fuimos a la casa de las tías Olavarría para que me vieran vestida de novia, ya que, debido a su avanzada edad, no pudieron asistir. Después nos fuimos a la casa de mis suegros que, como exigía la tradición norteña, habían organizado una espléndida tornaboda.

La fiesta se prolongó hasta la madrugada. Nuestro avión salía a las siete de la mañana rumbo a Mérida y había que estar en el

aeropuerto a las seis. Apenas nos dio tiempo de darnos un baño rápido, recuperar la cartera de Luigi y correr al aeropuerto.

En Mérida, durante el trayecto del aeropuerto al hotel, Luigi dijo al taxista: "Por favor, recójanos en una hora para llevarnos a Chichen Itzá". Todo el día lo pasamos subiendo y bajando pirámides. Por la noche llegamos exhaustos al hotel.

Nunca me había detenido a pensar en cómo sería una noche de bodas, pero en todo caso mi imaginación me hubiera llevado a su-poner que sería algo muy romántico y maravilloso. Nada de eso. La realidad es que las primeras relaciones sexuales duelen muchísimo y, además, el marido quiere tenerlas todos los días. Al principio no me agradó en absoluto, pero toleré la situación pensando que todo eso era normal y que mi ignorancia en este tema era total.

LA LUNA DE MIEL

Al día siguiente de casarnos, la personalidad que le había conocido a Luigi durante los meses de noviazgo, se transformó. Con lenguaje grosero y tono altanero me exigió que le lavara su ropa interior en el baño del hotel. Me atemoriqué porque nunca había sido tratada en esa forma, así que obedecí la orden con el corazón oprimido, sin saber a ciencia cierta cómo reaccionar.

Regresamos de la luna de miel y comencé a vivir una vida desconocida para mí. Para empezar, mi papá dejó de hablarme porque no aprobaba mi matrimonio. Además, no tenía muchacha, así que yo limpiaba el departamento, lavaba la ropa y cocinaba, actividades a las que no estaba acostumbrada. Luigi comenzó a enfermar de celos y se enojaba si yo salía del departamento mientras él trabajaba. Su carácter y su personalidad se hicieron odiosos y logró inculcarme un miedo atroz. Yo tenía permiso de ir al mercado una vez a la semana. Si se me olvidaba algo y volvía a salir al día siguiente, Luigi me pegaba unos gritos terribles. Algunas veces hasta llegó a levantarme la

mano. Todos los sábados me dejaba en la casa de sus papás mientras él montaba a caballo, y los domingos íbamos juntos a misa y a las charreadas. La escuela quedó borrada de mi vida.

Ahora que veo las cosas en retrospectiva, me doy cuenta de que, en medio de toda la vorágine en que me vi envuelta al principio de mi matrimonio, al menos en el terreno sexual Luigi y yo pudimos alcanzar comprensión y entendimiento. Él entendió mi inexperiencia y fue muy paciente, cariñoso y tierno conmigo, lo cual me permitió aprender.

Luigi tenía un grupo de amigos que lo invitaban a salir por las noches. A mí, rara vez me llevaba. Decía que el matrimonio no significaba salir a ninguna parte.

No me atrevía a contarle nada a mi papá porque, como él nunca estuvo de acuerdo con mi boda, sabía que me diría: "Te lo di-je", así que guardé silencio.

El departamento donde vivimos de recién casados pertenecía a un tío de Luigi que nos lo prestó temporalmente mientras mi marido concluía la remodelación de la casa que nos regalaron sus papás. La remodelación tomó más tiempo del programado, por lo que tuvimos que mudarnos a casa de mis suegros, donde vivimos durante los siguientes cinco meses, para finalmente establecer nuestra residencia en la casita de Mixcoac donde vivimos durante los siguientes dieciocho años.

A LA DERIVA

En aquel tiempo yo no tenía automóvil y nuestra casa se ubicaba lejos de la casa de mi papá, de manera que el contacto con mis hermanos era telefónico. En ocasiones hablaba con ellos, pero la mayoría de las veces eran Inés, Coty o Juan los que me informaban de cómo iba la situación. Llegó a sonar el teléfono a las doce de la noche y eran Juan o Inés para decirme que Santiago y Fernan-

da tenían una fiesta y que estaban bailando con las luces apagadas. Luigi se enojaba muchísimo y no me dejaba ir a ponerlos en orden, así que opté por pedirle de favor a mi tía Con que fuera a supervisar a mis hermanos. Ella siempre me ayudó en estas situaciones.

El carácter de María se fue haciendo cada vez más hosco. Era muy gruñona y se enojaba por cualquier cosa. Los médicos habían logrado controlarle la epilepsia bastante bien, pero de vez en cuando seguía teniendo ataques. Aunque su modo de ser nos desesperaba a todos, intentamos tenerle paciencia y darle el cariño que necesitaba, porque comprendíamos que estaba enferma.

En cuanto a mi papá, toda la familia y sus amigos nos propusimos presentarle candidatas para que volviera a casarse; así reharía su vida y mis hermanos tendrían una mamá sustituta para guiarlos. La que más nos gustaba era una alemana llamada Hildegard, pero él decidió casarse con Ara.

Recuerdo que un día invité a Ara a tomar un café para prevenirla de la situación a la que se enfrentaría al casarse con mi papá: la manera de ingerir alcohol de él, la enfermedad y el carácter de María, mi hermana, y las vidas un poco descarriadas de Santiago y Fernanda. No quise ir sola, así que invité a mi cuñada Yoya para que me acompañara a esta reunión. Ara me escuchó atentamente y me dijo que no me preocupara, porque todo saldría bien. Luego me enteré de que anduvo diciendo que la única que le causaría problemas era yo, porque era obvio que no aprobaba su matrimonio con mi papá.

Ara era una mujer de treinta y siete años, soltera y de buena familia, que no tenía la más remota idea de cómo lidiar con adolescentes, así que desde el principio tuvo enfrentamientos con María, Santiago y Fernanda. Lo único que mis hermanos necesitaban era amor y comprensión, no sermones, pero Ara no supo dárselos.

Noté que mi papá se sentía entre la espada y la pared. Por un lado, Ara le hablaba mal de mis hermanos y le reclamaba que estaban muy mimados, y por el otro, mis hermanos eran sus hijos, a los que él amaba profundamente. Le faltó carácter para imponer sus derechos de padre por encima de la inexperiencia de su nueva esposa

y, finalmente, acabó por enviar a Santiago a Monterrey, con Nacho, en un intento de solucionar las cosas. Él y Ara se fueron a vivir a Cuernavaca con mis hermanas.

Nacho, emocionado, recibió gustoso a Santiago y de inmediato lo inscribió en unos cursos de Biblia “para que regresara a la senda correcta”.

Poco tiempo después, mi papá nos informó que él y Ara se irían a vivir a España durante un año y que no pensaban llevarse a mis hermanas: Fernanda se iría de interna a Estados Unidos y María viviría en una casa de asistencia porque, debido a su enfermedad, no era posible mandarla sola al extranjero.

EL MILAGRO DE LA VIDA

Fue un año relativamente tranquilo en el que todo parecía estar en calma. Nacho se casó con Anauri y fijaron su residencia en Monterrey. Yo me embaracé de mi primer hijo, Ian, el cual llegó al mundo el 27 de junio de 1975, con una carita de felicidad y de ternura que me conmovió hasta lo más profundo. Puedo decir con absoluta convicción que tener hijos es lo más maravilloso que le puede suceder a una mujer. Yo amé a los míos desde el instante mismo en que supe que vivían dentro de mí.

Cuando conocí a Ian, comencé a meditar en lo que es la familia y en lo importante que es el ejemplo de los padres para los niños. Quería que mis hijos tuvieran una niñez feliz y una vida plena, que se sintieran rodeados de cariño y comprensión. Quería que de grandes fueran firmes en sus convicciones y seguros de sí mismos, que amaran a Dios profundamente y que su fe fuera inmensa. Quería que no sintieran la soledad que yo había sentido de niña y que la comunicación y la confianza con sus padres fueran profundas.

Pero ¿cómo iba a lograrlo si yo misma no lo había vivido? Es difícil enseñar o transmitir algo que no se ha vivido ni ex-

pe-rimentado. Es difícil romper las cadenas que nos unen a los patrones de conducta que nos inculcaron nuestros padres y que nos impulsan inconscientemente a seguir el ejemplo, bueno o malo, que nos dieron. La única manera de hacerlo es tomando conciencia de estas cadenas y rompiéndolas con todo conocimiento de causa para impedir que se prolonguen en nuestros hijos y nietos.

El resultado de esta meditación fue lo siguiente: decidí copiar lo que me gustara de otras familias para aplicarlo a la mía. Así fue como comencé a observar a los demás: a mis tíos, a mis tías, a mis suegros, a mis cuñados, a los amigos y amigas. Incluso tomé ideas de los programas de televisión que veía. Lo que me gustaba lo ponía en práctica en mi casa. Lo que no me gustaba, lo desechara... Y jamás volví a robar.

También comencé a observarme a mí misma. Me di cuenta de que mi carácter y temperamento eran odiosos. Mis palabras y mis actitudes eran, la mayor parte del tiempo, altaneras, groseras y soberbias. Trataba a los demás como si fuera la reina del universo y ellos, mis súbditos. ¿Dónde había quedado aquel sueño lejano de embellecer mi alma por encima de la belleza física?

Luigi hacía un gran esfuerzo por controlar su carácter, pero no siempre lo lograba. Aunque se esforzaba para que sus exabruptos fueran menos frecuentes y sus estados de ánimo más estables, le costaba mucho trabajo contenerse. Es difícil vivir con una persona así sin que la propia personalidad resulte afectada, y no fui la excepción. Me volví agresiva y poco tolerante. Observé que mi manera de ser con Luigi, con mi hijo y con mis hermanos era desagradable, y decidí cambiar. Pero ¿cómo hacerlo, Dios mío, si no tengo otro parámetro al cual asirme? “¡Ya sé! —le dije a mi Ángel de la guarda—. De ahora en adelante voy a copiar el modo de ser de la Virgen María. Voy a tratar de imitarla en todo. Cada cosa que vaya a hacer y a decir, imaginaré lo que Ella haría o diría si estuviera en mi lugar, y así intentaré vivir.”

“Virgencita mía, no quiero seguir siendo así. Ayúdame a ser como tú. Ayúdame a reflejar en mi rostro y en mis actitudes la misma paz

y amor que reflejas en el tuyo. Ayúdame a dar amor a toda la gente que me rodea. Ayúdame a no ser egoísta con mi tiempo, con mi cariño ni con mi dinero.”

Poco a poco logré que mi manera de ser cambiara. La gente decía: “Oye, tú transmites paz”. Creo que mi familia resultó beneficiada con este cambio, porque me veían feliz y tranquila, y porque mis comentarios y sugerencias eran generalmente centrados y ecuanímenes.

Ale nació un 7 de julio, cuando Ian tenía dos años. Durante todo el embarazo me hice a la idea de que mi bebé sería niño, así que cuando la enfermera me dijo que había tenido una “preciosa nenita”, sentí que moría de alegría. Mi niña tenía un carácter risueño y amigable y una gran simpatía.

Los primeros años de vida de mis hijos fueron difíciles porque el carácter de Luigi echaba a perder todos mis esfuerzos por transmitirles seguridad y confianza en sí mismos. Luigi se enojaba y gritaba por cualquier cosa. Le encantaba decir groserías y no le preocupaba en lo más mínimo el mal ejemplo que daba a los niños.

Recuerdo que un día, mientras los cuatro mirábamos la televisión, se le cayó a Luigi una cerveza en la alfombra. Me exigió que trajera una jerga para limpiar, se acomodó en su asiento y continuó viendo la tele. Luego de un rato nos sentamos a la mesa para comer. A Ian se le cayeron unos arrocitos en el mantel y su papá lo recriminó en forma muy grosera.

—Mamá —me preguntó Ian cuando su padre se hubo retirado—, ¿por qué mi papá me regañó tan fuerte por los arroces y no dijo nada cuando se le cayó la cerveza?

Desde hacía algún tiempo yo había adoptado la estrategia de aprovechar las situaciones difíciles o negativas para orientar a mis hijos, así que le contesté:

—Mira, Ian, a veces los padres no nos damos cuenta de nuestros errores y es necesario que alguien nos los diga para corregirnos. Tu papá reacciona sin pensar. La próxima vez que te regañe por algo

injustificado, tú dile: “Papá, no es importante que se hayan caído los arrozos. Son accidentes que a toda la gente le suceden, incluyén-dote a ti”. Pero díselo calmadamente y sin perderle el respeto, por-que a fin de cuentas es tu padre. Verás que entre todos podremos lograr que modifique sus reacciones.

Al principio le costó mucho trabajo a lan contestar los rega-ños injustificados, pero poco a poco fue tomando confianza en sí mismo hasta que aprendió a defenderse, sin enojarse y sin faltarle al respeto a su papá. Ale observaba y aprendía.

En aquel entonces yo andaba preocupada porque Luigi no era muy constante en su trabajo. Era un buen arquitecto, pero no te-nía ese empuje y esa dedicación que observé siempre en mi papá y en mis hermanos, que hace que destaques en lo que haces.

Luigi tenía una constructora propia y varios empleados a su servicio, pero nunca se esforzó por superarse, es decir, se conformaba con las pocas obras que conseguía y no se preocupaba por obtener más ni porque su negocio creciera.

En un principio comenzó haciendo casas-habitación, pero su carácter difícil hacía que se peleara con sus clientes o con las esposas de éstos. Finalmente decidió no dedicarse a la construcción de casas, y enfocó sus energías a ser contratista del gobierno. La clave para conseguir trabajo en este sector es tener buenos contactos, y Luigi era el amo de las relaciones públicas.

Sin embargo, se conformaba con tener una o dos obras y no hacía nada por conseguir más hasta que ésas llegaban a su fin. Con esta actitud perdió mucho tiempo y dinero y desaprovechó sus relaciones miserablemente.

A mí me preocupaba nuestro futuro, nuestra vejez. Muchas veces intenté convencerlo de que comprara terrenos y edificara casas para vender o rentar, pero no quiso hacerlo, era necio con mayúsculas y nunca fue previsor.

“Tengo que hacer algo —pensé—. Los años se nos están yendo

y no tenemos ningún patrimonio, porque la casita donde vivimos es en realidad de mi suegra, no nuestra.”

Sabía que Luigi acababa de hacer un buen negocio en aquellos días y, temiendo que invirtiera mal el dinero o que lo malgastara en caballos y asuntos charros, aproveché que había yo heredado varios muebles grandes de mis tías Olavarría, para decirle:

—Luigi, ya no podemos seguir viviendo en la casa que nos regalaron tus papás porque no cabemos. Una de dos: o vendemos los muebles o nos cambiamos de casa, porque me siento muy incómoda viviendo con todos los muebles amontonados. ¡Siento que se me vienen a la cabeza! Además, podrías convertir esta casa en tus oficinas y así dejarías de pagar renta en otro lado.

—¡Estás loca! —me dijo, no nos vamos a cambiar a ninguna parte.

Me dediqué a insistir hasta el cansancio. Incluso lo amenacé no sólo con vender los muebles, sino también con irme de la casa, hasta que finalmente aceptó construir una nueva para mis hijos y para mí.

Se tardó dos años en hacer el proyecto y cuatro más en realizarlo. En esa casa invirtió todos sus ahorros y sus energías, pero finalmente la terminó. El tiempo se encargaría de demostrar lo acertada que fui al insistir tanto en que hiciera esa casa.

En aquel entonces estaba de moda meter a los niños en colegios bilingües para que aprendieran inglés. A mí me interesaba mucho darles a mis hijos una buena educación que les ayudara a destacar en su vida profesional cuando llegaran a la edad adulta, y temía co-meter un lamentable error al elegirles la escuela equivocada.

Me dediqué a consultar diferentes opiniones, algunas de las cuales todavía recuerdo: “No hay mejor escuela que la que queda cerca de tu casa”, “no hay buenas ni malas escuelas, lo que hay son buenos o malos estudiantes”, “el inglés es la llave para triunfar... Hay que escoger un colegio donde lo enseñen bien”.

Medité mucho sobre el tema basándome en los siguientes parámetros: para mí lo importante era que mis niños se transformaran en

adultos bien preparados, pero similares a mí en cuanto a su forma de pensar, porque ¿de qué me serviría que hablaran un excelente inglés si su estructura de pensamiento era opuesta a la mía y, por lo tanto, la comunicación entre nosotros sería, en el futuro, nula? O ¿qué beneficio habría, además de evitar el tráfico, en elegir un colegio cerca de mi casa, si en él enseñan ideas marxistas que ni Luigi ni yo compartimos? ¿Qué pasaría en este caso con la armonía, con la unión familiar y con la comunicación entre mis hijos y nosotros, sus padres?

Finalmente llegué a la conclusión de que el inglés se puede aprender en un curso intensivo de seis meses o de un año, pero no hay ningún curso que te enseñe los valores y los principios que se adquieren durante la niñez y la adolescencia. Además, al ser Luigi y yo conservadores, me pareció que lo más razonable era formar a mis hijos dentro de esta misma línea de pensamiento. Por eso los inscribí en colegios religiosos. Preferí contar con aliados en la escuela que me ayudaran a formarlos, pensando especialmente en la difícil edad de la adolescencia, en lugar de luchar contra la corriente en otro tipo de colegios. Elegí los que me quedaban menos lejos de mi casa, aunque la distancia no fue el factor preponderante a la hora de seleccionarlos: mis hijos aprenderían a relacionarse con todo tipo de personas, ya fueran de nivel socioeconómico alto o bajo; recibirían una formación moral con valores y principios sólidos, pero sin caer en el fanatismo; el nivel académico sería el mejor para la época, aunque el inglés no fuera más que simbólico, ya que Luigi y yo habíamos decidido hacer un esfuerzo para enviarlos, en el futuro, a aprender este idioma fuera de México.

Sin embargo, cuando Ale tenía diez años, descubrí que no por meter a tus hijos en colegios religiosos tienes la garantía de que cuando crezcan llegarán a ser adultos física y emocionalmente maduros. Se necesita, indispensablemente, de la colaboración de los padres.

Esto lo comprobé porque yo hacía ronda con otras dos mamás para llevar y traer a las niñas del colegio Ángeles. Observé que Ma-ti,

una de las hijas de Miriam Tarantino, de siete años de edad, se comportaba de manera huraña y hosca. No me parecía normal que una niña de esa edad manifestara tal carácter, por lo que me propuse darle una atención especial. Así me enteré de que ni ella ni su hermana desayunaban antes de salir de casa rumbo a la escuela y que tampoco llevaban lonchera. “Qué raro —pensé—, tienen empleadas domésticas, tienen dinero, tienen a su papá y a su ma-má... No cabe duda de que cada familia tiene costumbres diferentes.” Comencé entonces a llevar desayuno en el coche cuando me tocaba recoger a las niñas por las mañanas, y también les llevaba agua y verduras con chile y limón cuando las recogía al medio día.

Uno de aquellos días me tocó recogerlas por la mañana. Mati se subió al coche con dificultad y escuché un “¡ay!” cuando se acomodó junto a su hermana en el asiento de atrás.

—Mati —pregunté pensando que se había lastimado en alguna forma—, ¿qué te pasó?

—Nada, Tatis —respondió la hermana.

Observé a Mati y noté en su rostro una expresión inusual de dolor.

—A ver, Mati, no voy a arrancar el coche hasta que me digas qué te pasa.

Con una vocecita temblorosa, Mati contestó:

—Es que ayer olvidé en el salón el cuaderno de la tarea y mi mamá me pegó.

—¿Te pegó? ¿Dónde?

Mati se levantó la falda del uniforme y noté sus piernitas llenas de rojos verdugones. Con dificultad contuve la indignación que sentí y agregué:

—¿Con qué te pegó tu mami?

—Con el cinturón de mi papá.

—¿Y te pegó muchas veces?

—Sí, muchas.

—Bueno, trata de no tocarte las piernas para que no te duela tanto... ¡Niñas! —exclamé lo más ecuánime que pude—, traten de

no tocar a Mati porque está muy adolorida.

Este último comentario no era necesario. Tanto Ale como las otras niñas se quedaron completamente impresionadas al ver los cueros marcados en sus piernas. Sólo su hermana, Micaela, le lanzaba miradas furibundas por haberse atrevido a compartir con nosotras su triste experiencia.

Dejé a las niñas en el colegio y de inmediato corrí a la iglesia.

“Bendita Madre mía, me siento furiosa por lo que le hicieron a Mati... ¡No es justo! ¡Si apenas es una pequeña de siete años de edad! ¿Cómo puede ser posible que alguien trate así a su propia hija? ¡Ilumíname, Virgencita! ¿Qué puedo hacer para ayudar a esta niña?”

Se me ocurrió invitar a la mamá de Mati a desayunar a un restaurante.

—Miriam, dije después de un rato de charla superficial, quiero platicar contigo acerca de Mati. Estoy preocupada por ella, porque he notado que tiene un carácter muy difícil.

—Sí—contestó indiferente—, no sé qué hacer para modificárselo. ¡A veces no la aguanto!

—¿No será que le están afectando los castigos a base de golpes?

—¡No lo creo! A mí también me pegaban cuando era niña, y ¡ya ves! No estoy traumada en absoluto.

—De todos modos—repliqué—, no creo que golpear a los niños sea la mejor manera de corregirlos.

—A lo mejor no, pero yo tengo que pegarles a mis hijos porque, si no lo hago, entonces su papá les pegaría... ¡Y él pega mucho más fuerte que yo! Fíjate, tenía pensado darle cincuenta cinturonzos a Mati, y nada más le di cuarenta y dos.

Sentí que el corazón me hervía de indignación.

—¿Y qué tal si haces la prueba de castigarla de otra forma? Puede ser que te funcione mejor.

—¡No puedo hacerlo! A mis hijos mayores les he pegado siempre y no sería justo que ahora le aplique castigos diferentes a Mati, ¡ellos me lo reclamarían!

—Pues creo, Miriam, que podrías comenzar por pedirles perdón a tus hijos mayores y también que te ayuden a cambiar con Mati para no cometer con ella el mismo error que ya cometiste con ellos.

Miriam se quedó pensativa, pero no creí que me hubiera escuchado. Decidí hablar con la madre Torres, directora de la primaria. A ella y a mí nos unía una gran amistad desde que comencé a dar catequesis a las alumnas de cuarto de primaria.

—Madre Torres, quisiera platicar con usted acerca de Mati Tarantino.

—¡Ah! Mati... ¡Claro que sí! Esta pequeña tiene muchos problemas.

—Sí, madre. Por eso estoy preocupada.

Le conté acerca de las piernas de Mati y de la conversación con Miriam en el restaurante.

—Mira, Tatis, yo ya suponía que algo así debía estarle sucediendo a Mati porque desde hace tiempo ha tenido una conducta extraña en el colegio. Se baja las pantaletas a la mitad del recreo, se hace pipí en el salón... Ahora me explico esta conducta, ha sido una forma de llamar la atención porque se siente sumamente agredida y no sabe cómo defenderse. Llamaré a su mamá para platicar con ella.

No supe en qué terminaron las cosas, dejé el problema en manos de la madre Torres y me hice a un lado. Poco tiempo después me cambié de casa y me separé de las rondas con las niñas Tarantino. Dos años más tarde me enteré de que cambiaron a Mati de colegio.

Esta experiencia, aunque me conmovió mucho, no fue la única ni la más grave que viví durante mis años de mamá joven.

Recuerdo en especial a mi amiga Claudia, a quien todas envidiábamos porque se había casado con un hombre de mucho dinero. Tenía una casa muy lujosa en una de las colonias más caras de la ciudad de México y, además, tenía casa en Miami y en Cuernavaca. Sus coches eran importados y la ropa que vestía era siempre de la mejor calidad, comprada en París y en Nueva York.

Claudia tuvo tres hijos, todos sanos y normales, pero por alguna

razón ni ella ni su esposo supieron inculcarles respeto ni autoridad. Observé que, aunque como familia convivían mucho, había muy poca comunicación entre ellos. Claudia y su esposo preferían satisfacer los caprichos de sus hijos antes que desgastarse orientándolos. Los niños crecieron en medio de lujos, viajes y de todos los antojos y regalos que la televisión sugería a sus mentes. Cuando llegaron a la adolescencia, Claudia se sorprendió porque hacían lo que querían: no estudiaban, llegaban muy tarde a casa, tenían actitudes desdeñosas y groseras con sus padres, ingerían grandes cantidades de alcohol y de drogas...

—¡Pero si siempre tuvieron todo lo que quisieron! ¡Nunca les negamos nada! ¡Fueron niños rodeados de cariño y de atención! —nos decía en medio de un mar de llanto.

“Pues sí —pensé—, nunca les faltó nada, pero el cariño no se demuestra con dinero ni con lujos. Se demuestra con la disposición de los padres a escuchar a los hijos, a corregirlos y orientarlos con cariño en los momentos oportunos; se demuestra no dándoles todo lo que quieren, porque sabemos que les haremos daño; se demuestra marcándoles los límites que les ayudarán a convertirse en adultos emocionalmente maduros y estables...”

MATRIMONIO CRAQUELADO

En aquella época me sentía muy frágil emocionalmente y muy insegura. Habían pasado seis años desde que me casé con Luigi, y durante todo ese tiempo él se había comportado groseramente conmigo. Además, cada vez que le pedía dinero, había pleito seguro, lo que me parecía muy injusto, porque él derrochaba lo que quería en caballos y en parrandas con amigos. Yo ahorraba lo que podía del gasto —muy limitado— que me daba para el mercado, y con eso llevaba a mis hijos al cine, al teatro o a subirse en carritos y motos eléctricos. Por otro lado, desde la luna de miel no habíamos salido de vacaciones a ningún lado porque Luigi no quería: él tenía suficiente

con sus actividades charras. Sin embargo, de vez en cuando íbamos a la casa que mi papá tenía en Cuernavaca y al rancho de nuestros queridos amigos, los Montaño. Yo aprovechaba para distraerme y descansar un poco.

Fue entonces cuando Santiago nos avisó que se iría de cura. A todos nos tomó por sorpresa su decisión, pero lo apoyamos sin condiciones. El único molesto era mi papá, porque tenía la ilusión de que Santiago heredara su bufete de abogados algún día. Además, le parecía una pérdida de tiempo y un desperdicio de vida que alguien se encerrara voluntariamente en un convento. Así fue como Santiago comenzó su preparación como sacerdote y mi papá le dejó de hablar. Recuerdo que los padrecitos iban a visitarlo para convencerlo de que cambiara de actitud con Santiago, porque él necesitaba el cariño y el apoyo de su familia, pero mi papá les decía: "El día que me regresen a mi hijo mi actitud cambiará".

Mi hermana María era muy activa. Estudiaba idiomas y trabajaba en la Confederación en Pro del Deficiente Mental. Le encantaban los niños y siempre tenía ideas de juegos y actividades que ellos disfrutaban. Recuerdo que a mis hijos les gustaba mucho que ella los cuidara. Sin embargo, su carácter difícil hacía que tu-viera que mudarse de residencia con frecuencia. Mi papá y Ara regresaron de España y decidieron establecerse en un pequeño departamento en Polanco donde mis hermanas no cabrían, así que Fernanda siguió estudiando en Estados Unidos y María continuó viviendo en residencias. En aquel entonces mi papá ya me había perdonado por haberme casado y había vuelto a hablarme.

Yo había estado meditando mucho tiempo acerca de mi situación matrimonial, que cada día se hacía más difícil porque ya me había cansado de la actitud tan violenta y agresiva de Luigi... ¡Tantos y tantos gritos y majaderías! Además, no me gustaba el ejemplo que les dábamos a nuestros hijos. Sin embargo, no me había animado a divorciarme porque en mi mente y en mi corazón permanecía fija la idea de que el matrimonio es para siempre y, además, no olvida-

ba la promesa hecha a Luigi frente a Jesús en el altar. Pero llegó el día en que no resistí más. Llegué a la conclusión de que lo que mis hijos y yo estábamos viviendo no era vida: ¿dónde estaba nuestra dignidad como personas?, ¿dónde quedaba nuestro respeto por nosotros mismos?

Un día tomé valor y hablé con mi papá. Le expliqué la situación y me respondió:

—Mira, Tachis, yo lo veía venir, pero hay que ser realistas: tienes dos hijos y no estudiaste ninguna carrera, ¿de qué vas a vivir?

—Tienes razón, pá, pero estoy segura de que si busco empleo, lo voy a conseguir.

—Vamos a hacer una cosa —me propuso—. Escoge una carrera corta y te la pago. Cuando la termines, te ayudo a buscar un buen trabajo y luego te divorcias. ¿Qué te parece?

Estuve de acuerdo con mi papá, así que elegí la carrera de intérprete-traductora y me puse a estudiar. Recuerdo que dejaba a Ian en el jardín de niños y Ale se quedaba en la casa con Olga, una niña que me ayudaba a hacer las labores de limpieza. A Luigi no le gustó la idea en lo más mínimo, pero no pudo evitarlo, porque era mi papá quien pagaba la colegiatura.

Un día Ian invitó a comer a la casa a su amigo Roberto, ambos de siete años. Los dejé jugando en su recámara y me puse a hacer mi tarea. De pronto sonó el timbre de la calle: era mi vecina que venía a quejarse porque los niños habían tapizado el muro de su casa con pañuelos desechables mojados.

—¡Ian! —exclamé al ver a los pilluelos aventando los papeles mojados desde la ventana—, ¿qué están haciendo?

—¡Estamos afinando la puntería! —contestó Roberto, mientras Ian me miraba con expresión traviesa.

—¡Eso no se hace, niños! La vecina ya vino a quejarse porque le dejaron su pared llena de papeles mojados. A ver, Roberto, te voy a llevar a tu casa porque me estoy dando cuenta de que no saben jugar bonito.

Por la noche le pregunté a Ian la razón de su mal comportamiento.

—Mamá, lo que pasa es que Roberto me dijo que aventáramos los papeles y yo no pude decirle que no porque era mi invitado.

—Mira, Ian —le contesté amorosamente—, todos tenemos de-recho de decir que no cuando sabemos que algo está mal o que puede hacernos daño. A la mejor un día viene un amigo tuyo y te dice que lo acompañes a robar la tienda de la esquina, ¿lo harías? O a la mejor te dice que le ayudes a ponchar llantas o a molestar gente, ¿crees que eso estaría bien?

—No, mamá.

—Bueno, pues todos podemos decir que no cuando nos invitan a hacer algo malo. Tú eres una persona importante y mereces que todo el mundo te respete; nadie tiene derecho a presionarte para que hagas cosas malas, ¿me comprendes?

—Sí, mamá.

—De ahora en adelante todos en esta casa vamos a hacer un ejercicio: cada vez que vengan a proponernos cosas, vamos a analizar primero si se trata de algo bueno o de algo malo. Si es malo, diremos que no y punto. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, mamá.

Rápidamente transcurrieron los dos años que tardé en estudiar la carrera de intérprete-traductora. Durante aquel tiempo a Luigi le había dado por salir de parranda con un amigo suyo muy des-trampado. Muchas madrugadas llegó tomado y con manchas de maquillaje en la camisa. Además, sus amigos charros lo habían convencido de meterse en la mesa directiva de la Federación de Charros, lo que se tradujo en frecuentes viajes y juntas hasta muy tarde, descuidando así su trabajo y su familia. Todo esto hizo que me sintiera más segura del paso que quería dar.

Por recomendación de mi tío Francisco, comencé a trabajar de inmediato en un periódico como traductora de pies de página. Ascendí de puesto poco a poco y mis ingresos mejoraron. Fue así como llegó el momento en que me sentí preparada para separarme de Luigi, pero primero quise consultar la opinión de mi hermano Nacho:

—Tatis, creo que en este momento tu camino se abre en dos. Tienes que elegir: puedes optar por tomar un nuevo camino, separarte de Luigi y trabajar para sacar adelante a tus hijos, pero siempre con la frente en alto, con honestidad y con decencia. O puedes continuar por el camino que has llevado hasta el día de hoy, luchar por salvar tu matrimonio y por conservar a tu familia integrada, pero para esto necesitas mucha fortaleza e inteligencia.

Luigi no quería separarse de mí porque me quería mucho, pero al mismo tiempo no sabía cómo controlar su carácter. Además, mi suegra empeoraba las cosas con comentarios del tipo: “Dile a Tatis que te planche mejor esas camisas”, “ese pantalón ya necesita tintorería, ¿qué Tatis no se da cuenta?” que motivaban su furia contra mí. Incluso a veces llegaba a mi casa cuando yo no estaba y revisaba cada clóset y debajo de las camas: “Luigi, dile a Tatis que ya tiene que hacer limpieza general en tal cuarto”. Como es lógico suponer, Luigi explotaba contra mí. Hasta que un buen día tomé la decisión de hablar con mi suegra. Tomé el teléfono y, cuando me contestó, le dije lo más calmada y educadamente que pude:

—Señora, ¿acaso su intención es que Luigi y yo nos divorciemos?

—¡Pero, Tatis...! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Claro que no!

—Pues mire, señora, lo que pasa es que cada vez que usted le dice a Luigi que las cosas que yo hago están mal o son deficientes, él me pone unas regañadas espantosas. Y déjeme decirle que no pienso soportar los gritos de su hijo durante toda mi vida.

Santo remedio. Mi suegra entendió el mensaje y nunca más se volvió a meter en mi matrimonio. Ahora puedo decir que ella ha sido para mí una buena amiga.

Sin embargo, los celos de Luigi continuaron en aumento. En mi opinión, tenía traumas muy profundos que le provocaban aquellos celos tan enfermizos y aquella actitud machista que manifestaba en todas sus actitudes. Una vez más comprobé lo difícil que resulta romper las cadenas que nos unen al pasado.

El siguiente martes teníamos cita con el abogado para firmar los

papeles del divorcio. De pronto, un día por la tarde sonó el teléfono: era mi prima Mary para invitarnos a un encuentro matrimonial. Luigi y yo decidimos aceptar la invitación en un intento de hacer hasta el último esfuerzo para salvar nuestro matrimonio, ya que a los dos nos preocupaban mucho nuestros hijos.

El encuentro resultó muy eficaz. Fue un fin de semana de trabajo intenso en el que nos dimos cuenta de lo valioso que es el matrimonio, no solamente para la pareja y para los hijos, sino también a los ojos de Dios. Juntos somos responsables de la felicidad y de la salvación del otro. Luigi comprendió y aceptó su problema y me prometió hacer un esfuerzo por enmendarse, pero no le creí. Habían sido demasiados años de gritos. No creí que tres días de encuentro corrigieran el carácter tan amargo que venía arrastrando desde hacía tanto tiempo, y supuse que al cabo de un mes volvería a ser el mismo de antes. Sin embargo, decidí darle una oportunidad.

—Mira, Luigi, la verdad es que no te creo, pero estoy dispuesta a posponer seis meses la firma del divorcio para ver si estás hablando en serio, siempre y cuando aceptes continuar trabajando indefinidamente con el equipo que nos dio el encuentro.

Me pareció que si seguíamos asistiendo a los encuentros, la retro-alimentación acabaría por rendir frutos. También decidí perdonar a Luigi de corazón, así que nunca le reclamé sus infidelidades y sepulté todos los gritos que me dio y demás actitudes agresivas, porque pensé que no tenía caso atormentarnos con recuerdos que únicamente servirían de lastre para rehacer nuestra vida en común. Para recuperar la salud de nuestra mente y de nuestra alma, no hay nada mejor que perdonar completamente al otro y darle vuelta a la hoja, olvidándonos de todas las afrentas pasadas como si nunca hubieran existido.

Durante ocho años trabajamos con ahínco en los encuentros. Conocimos a gente muy valiosa que nos dio ejemplo de entrega y ternidad. Si algo aprendí de los cientos de parejas que llevamos a encuentros, es que el orgullo, el egoísmo y la soberbia no conducen

a nada bueno. En realidad son estas actitudes las que destruyen con más frecuencia a las parejas. Conocí señores cuyas actitudes tan soberbias hacia sus esposas se traducían en miradas tristes y actitudes defensivas por parte de ellas. Y también conocí señoras con actitudes tan egoístas y orgullosas para con sus esposos, que se reflejan en ellos como sentimientos de desesperanza y derrota.

Creo que la clave está en reconocer nuestras actitudes negativas y en aceptar cambiarlas. Para esto necesitamos reunir toda la generosidad y la humildad de que seamos capaces, ya que la mayoría de las veces no logramos vencer el orgullo y la soberbia que nos dominan.

¿Por qué nos cuesta tanto trabajo comprender y reconocer que nuestra pareja es nuestra familia principal, aunque no tengamos hijos? ¿Por qué nos resulta tan difícil cortar el cordón umbilical que nos une a nuestros padres? ¿Por qué será que nos cuesta tanto trabajo ser cariñosos con nuestra pareja y demostrarle el amor y la confianza que le tenemos? ¿Por qué será que adoptamos actitudes odiosas pudiendo ser tiernos y dulces con ella? ¿Por qué será que la mayor parte del tiempo nos dedicamos a criticar y a juzgar las actitudes de nuestra pareja? ¿Por qué flirteamos con otras personas, si ya hemos elegido a la pareja que amamos? ¿Si nos aceptáramos y nos amáramos como somos, seríamos tan felices! ¿Si reconociéramos nuestros defectos e intentáramos corregirlos para beneficiar a nuestra pareja, lograríamos tanto! Pero no; ahí están el orgullo y la soberbia que se interponen cada día neciamente y que no nos permiten cambiar nuestra forma de ser ni perdonar a nuestra pareja.

Otra cosa que descubrí durante los años en que trabajé con todas aquellas parejas, es que la inteligencia completa y perfecta no existe: hay personas muy listas para las matemáticas, para la ciencia o para su trabajo. Hay personas muy buenas para ganarse la simpatía o la confianza de otros; hay quienes destacan en las ventas, en la costura, en la cocina o en la organización de eventos sociales; incluso hay personas cuya simpatía les abre más puertas que a aquellas que han estudiado carreras, maestrías y doctorados, pero no he conocido a ninguna persona que sea inteligente en todo.

“Señor, Dios mío, gracias por los dones que me regalaste. Ayúdame a reconocer en mi prójimo los dones que yo no tengo y dame la suficiente humildad para aceptar que no soy perfecta.”

DIOS NOS DA Y DIOS NOS QUITA

Al regresar de aquel primer encuentro, me embaracé por tercera vez. Aunque siempre fui consciente de las altas probabilidades de embarazo que teníamos debido a que nunca me gustó tomar anti-conceptivos ni medios antinaturales para evitarlo, este embarazo inesperado nos tomó totalmente por sorpresa.

Los nueve meses transcurrieron rápidamente y di a luz a un niño precioso que pesó tres kilos y medio, al cual pusimos el nombre de Geri. Luigi y yo habíamos decidido no tener más hijos, por lo que recurrimos al padre Julio en busca de consejo. El padre nos dijo que no era pecado hacerme la salpingoclasia (operación en la que el médico corta las trompas de Falopio para que los óvulos no lleguen al útero) porque esto sería simplemente adelantar algo que llegaría por sí solo algún día. Así fue como tomé la decisión de que el ginecólogo me operara después del parto. Nunca imaginé lo mucho que me arrepentiría después.

Ian y Ale estaban felices con su hermanito y lo recibieron como un maravilloso regalo. Les encantaba cargarlo, bañarlo y jugar con él. En aquel entonces tenía una muchacha que me ayudaba en la casa, pero justo a la semana de haber regresado del hospital con mi bebé, se fue sin dar explicaciones. Sentí que el mundo se me venía encima con dos niños, un recién nacido y un marido tan exigente.

Geri tenía un mes de nacido y yo continuaba alimentándolo cada tres horas. Me sentía exhausta porque no tenía ayuda en la casa. Aquella noche, sin embargo, el bebé no despertó y pensé que ya iba a dejar de comer durante la noche.

Cuando el sol apenas comenzaba a salir, alcé la mano para acariciar la mejilla de mi Geri y lo sentí muy frío. Recuerdo que pensé:

“Pobre bebé, necesita más cobijas”. Me levanté para taparlo y vi que estaba morado.

—¡Luigi! —exclamé angustiada—, ¡algo le está pasando al bebé! ¡Vámonos al hospital ahorita mismo!

Dejamos a Ian y a Ale en sus camitas y así, como estábamos, en pijama, nos fuimos volando al hospital.

—Señores Cantú, lamentamos informarles que su bebé falleció durante la noche a causa del síndrome de muerte en la cuna. No hay nada que hacer.

Nos quedamos estupefactos.

—Oiga, doctor, ¿cómo que no hay nada que hacer? ¡Por favor, revíselo y haga algo! —exclamó Luigi consternado.

—Lo siento mucho, señor Cantú. No hay nada que podamos hacer. Se desconocen todavía las causas que originan la muerte en la cuna y lo único que podríamos hacer es averiguar de qué murió su bebé, pero para eso tendríamos que hacerle la autopsia.

Luigi y yo no quisimos que abrieran el cuerpecito de nuestro bebé. Preferimos llevarlo a la casa y darle sepultura. Me quería morir. Me sentía terriblemente mal. En el fondo me creía culpable porque pensé que, de haber estado despierta, probablemente hubiera evitado la muerte de mi Geri.

La noticia corrió como reguero de pólvora. Mi sobrina Doris se llevó a Ian y a Ale a su casa, y mi tía Con nos ayudó con los pre-parativos del sepelio. Luigi y yo nos sentíamos abrumados. Mis tías Martha y Mercedes Olavarría, hermanas de mi abuela Mane, nos ofrecieron la capilla de su casa para velar al bebé y nosotros aceptamos en medio de nuestra enorme consternación. Toda la familia y los amigos se enteraron de lo ocurrido y fueron a darnos el pésame a casa de mis tías. Hubo personas que se sorprendieron de que estuviera tan agobiada por la muerte de mi Geri... ¡Si apenas tenía un mes de nacido! Hasta la fecha no comprendo cómo puede haber gente que mida el cariño a sus hijos según el tiempo que han vivido. ¡Yo adoro a los míos por el simple hecho de que son mis hijos, sin importar la edad que tengan!

Durante la misa que ofreció el padre Julio en la capilla de mis tías, me enojé con Dios y le dije: “¿Dónde estás que me tienes tan abandonada? ¿Por qué me mandas estas pruebas tan difíciles? Tú dijiste: ‘Toquen y les abriré, pidan y les daré’, así que no entiendo qué sucede contigo. ¿Por qué me tratas así? Se supone que eres un padre amoroso que está al pendiente de sus hijos y les das todo lo que necesitan, ¿por qué entonces te ensañas conmigo mandándome penas tan grandes? ¡Por favor, Señor, ven por mí, llévame contigo! ¡Ya no quiero seguir aquí!”

Llevamos a Geri al panteón. Recuerdo que me costó mucho trabajo dejarlo ahí. Sentía que el bebé estaba dormido y que despertaría en cualquier momento para comer. Mi cuñada Dorita me ayudó a salir del cementerio y, aunque mi corazón estaba roto, comprendí que Ian y Ale me necesitaban mucho.

“Madre santísima, regálame un poquito de tu paz, un poquito de tu luz y un poquito de tu fortaleza. No me dejes sola porque me hundo.”

Mi hermano Nacho y su esposa Anauri iban a ser los padrinos de bautizo de Geri, así que, en cuanto se enteraron de lo sucedido, vinieron a México de inmediato. Tenían una casa en Mc Allen y convencieron a Luigi para que me dejara ir con ellos para distraerme y ayudarme a superar la terrible tristeza que me invadía. Ian y Ale vinieron conmigo; estuvimos un mes en Estados Unidos. Cuando regresé a mi casa, mi ánimo había mejorado mucho.

Recuerdo un sueño que tuve en aquellos aciagos días. Yo estaba dormida y de pronto sentía como si me conectaran a la corriente eléctrica. Salí de mi cuerpo y en un instante me transporté a la casa de las tías Olavarría. Desde la puerta del pasillo, a través de los cristales biselados, contemplé el recibidor ubicado en el hall de entrada y distinguí una figura vestida de negro de pies a cabeza, sentada en uno de los sillones verdes, dándome la espalda. En eso se abrió la puerta de la capilla y de ahí salió mi tía Mercedes, que acababa de fallecer hacía apenas dos semanas. Se veía idéntica a como yo la

recordaba: viejita, arrugada y ligeramente encorvada. Caminó hacia mí y, deteniéndose del otro lado de la puerta que nos separaba, dijo: “Tatis, vine a despedirme de ti porque no pude hacerlo a tiempo. Diles a todos que estoy bien, pero que necesito que recen por mí”.

Observé a mi tía Mercedes regresar a la capilla y, cuando la puerta se cerró tras ella, el bulto negro que estaba sentado en el sillón verde se levantó de pronto y caminó hacia mí... “¡Pero si es santa Magdalena Sofía Barat! —pensé al reconocerla con su hábito de monja—. ¡Qué joven y bonita es!”

Santa Magdalena Sofía, fundadora de la orden del Sagrado Corazón, caminó hacia mí y, sin abrir la puerta, dijo:

—Tatis, vengo a decirte que todo está bien, que no te preocupes. Tu bebé está bien, pero todavía no ha llegado tu hora. ¡Es necesario que sigas aquí! ¡Te faltan muchas cosas por hacer!

—Sí, reverenda madre —respondí—. Gracias. ¿Podría decirme quién va a morir primero: Luigi o yo?

Tras una pausa, ella contestó:

—El corazón de Luigi es más débil que el tuyo.

En eso sentí como si una corriente eléctrica me regresara a mi cuerpo en fracciones de segundo. Santa Magdalena Sofía estaba junto a mi cama y me sonreía. De pronto, Luigi encendió la luz de su mesita de noche.

—¡Tatis! —exclamó alarmado, ¿oíste ese ruido?

—No, Luigi. ¿Cuál ruido?

—No sé... creo haber oído algo.

Se levantó, tomó la linterna de mano que guardaba en su buró y salió a revisar la casa. No encontró nada, así que regresó a la cama y se volvió a dormir.

Me quedé asombrada, intentando comprender lo que había sucedido. Llegué a la conclusión de que mi Madre santísima me había enviado un mensaje de paz, así que continué mi vida con más alegría y entusiasmo, pensando que mi angelito estaría en el cielo cuidándome. A mis veintiocho años hubiese querido embarazarme

otra vez para llenar el vacío que Geri dejó en mi familia, pero esto ya no sería posible.

MIS HERMANOS

En aquella época, mi papá y Ara compraron un rancho en Colima y se fueron a vivir allá. Fernanda regresó de Estados Unidos y se fue a vivir con ellos. A mí me preocupaba mucho que mi papá y Ara viajaran tanto, dejando a Fernanda sola durante largos meses. Juan y Coty trabajaban todavía con mi papá y vivían en el rancho. Ellos me contaban de las grandes soledades de Fernanda, de sus amigos desagradables y del trabajo que le costaba mantener sus calificaciones a una altura aceptable.

Un día decidí ir a visitarla. Luigi no me apoyaba cuando se trataba de ir a ver a mi familia, así que ahorré dinero, compré tres boletos de autobús y me fui a Colima con Ian y con Ale. Pude comprobar que Juan y Coty tenían razón, así que invité a Fernanda a venir a México conmigo.

—Pero, Tatis —me dijo angustiada—, ¿cómo quieres que me vaya contigo?, ¿qué pasará con la escuela, qué le voy a decir a mi papá?

—Tú no te preocupes, Fernanda —repliqué—. Te regresas conmigo a México y vives en mi casa mientras terminas la preparatoria en otra escuela. ¡No hay problema! ¡Ya verás que todo saldrá bien!

Finalmente la convencí, empacó sus cosas y regresamos al Distrito Federal. Creo que ella misma esperaba que algún milagro la sacara del infiernito que estaba viviendo. Sin embargo, la pobre Fer, que conocía superficialmente el carácter de Luigi porque nunca lo había experimentado de cerca, aguantó poco tiempo viviendo conmigo, ya que no solamente tenía que soportar el carácter explosivo de Luigi, sino también los galanteos y coqueteos que le hacía a mis espaldas. Así, después de un tiempo decidió buscar alojamiento en casa de mis tíos, con quienes vivió hasta terminar la preparatoria.

No sabía que Luigi se le había insinuado a mi hermana y no comprendía la razón de que ella lo tratara con tanta agresividad y enojo. Por fin, después de cuestionarla una y otra vez, ella me contó lo sucedido y entendí. Obviamente me enfurecí con Luigi y le reclamé, pero él negó todo diciendo que eran puras imaginaciones de ella. Conociéndolo como lo conocía, por supuesto que no le creí. A partir de ese momento Luigi le agarró coraje a la Fer por haberse atrevido a decírmelo y la relación entre ellos fue, des-de entonces, nefasta.

—Tatis —me dijo la Fer un día—, quiero estudiar la carrera de licenciada en hotelería y turismo. ¿Qué opinas, dónde la estudio?

Desde que Fernanda aceptó venir a México, mi papá dejó de darle dinero. Se suponía que Ara le mandaba una cantidad para pagar la escuela y para su manutención, pero Fernanda nunca recibió nada, así que se puso a trabajar para cubrir sus gastos.

—Pues mira, Fer —le respondí—, yo te sugeriría que te fueras a vivir con mi papá y Ara para que tus gastos disminuyan y tengas más libertad para estudiar tu carrera.

En esa época mi papá y Ara habían dejado el rancho en manos de un encargado y se habían mudado a la capital de Colima por razones del trabajo de mi papá.

—Pero, Tatis, tú sabes lo desagradable que fue vivir con ellos en el rancho.

—Sí, Fer, lo sé, pero ya pasó un tiempo, ya maduraste más y puedes ver las cosas desde otro punto de vista. Además, ya no viven en el rancho, así que vivirías en la ciudad. Haz la prueba. Total, si ves que no funciona, te regresas a México y ya.

Así fue como Fernanda se fue a vivir nuevamente con mi papá. Durante el día trabajaba como secretaria en una fábrica, y por las noches estudiaba su carrera. Trataba de tener el menor contacto posible con mi papá y con Ara e hizo todo lo que pudo para no causarles molestias.

Los años pasaron. Santiago continuaba su preparación sacerdotal, María trabajaba y cambiaba constantemente de residencia, Nacho

vivía en Monterrey con Anauri, y Fernanda estudiaba y trabajaba en Colima. Mi papá viajaba mucho con Ara y seguía ingiriendo grandes cantidades de whisky, hasta que se hizo alcohólico.

Yo vigilaba los pasos de mis hermanos desde mi casa. Nacho y Anauri tuvieron primero un hijo y luego otro. Las dos veces fui hasta Monterrey en autobús para conocerlos, porque Luigi no quiso pagarme el avión. Después de varios años tuvieron dos hermosas niñas. Mis sobrinos eran adorables. Los quise entrañablemente. Cuando me sentía agobiada por el carácter de Luigi, corría a Monterrey a verlos. A veces Ian y Ale iban conmigo, otras veces se quedaban con su papá.

¡A TRABAJAR!

Cuando terminé mi carrera, me puse a trabajar de inmediato. En primer lugar porque tenía la intención de separarme de Luigi en caso de que él no cumpliera con las promesas que me hizo en el encuentro, y en segundo lugar para mejorar mi situación económica, porque Luigi me tenía muy restringida. Trabajé primero en un periódico como traductora de pies de página, luego en una enciclopedia traduciendo artículos y después como perito traductor en mi casa. Sin embargo, el dinero que ganaba lo usaba para pagar el coche que decidí comprarme y para darles gustos a los niños, de manera que normalmente no tenía recursos disponibles.

Hubo personas cercanas a mí que me aconsejaban ahorrar en una cuenta de banco. En un principio lo intenté, pero descubrí que Luigi me quitaba lo que ganaba pidiéndomelo prestado, y que nunca me lo devolvía. Huelga decir que él estallaba en cólera si se lo negaba, por lo que yo procuraba —hasta donde me era posible— evitarles a Ian y a Ale la angustia de escuchar los gritos de su padre. Así que opté por gastarme mi lana en darme gustos, pagando mi coche nuevo, comprando cosas para la casa, para mis hijos o ropa. En esta forma, cuando Luigi venía a pedirme, ya no tenía efectivo

para prestarle.

Trabajar me dio la libertad económica que necesitaba para darles a mis hijos los gustos básicos que cualquier niño de su edad requiere, como ir a los parques de diversiones, al cine, a patinar en hielo, al teatro, al zoológico, organizarles una fiesta de cumpleaños o una posada, etcétera. Estoy convencida de que los momentos felices de nuestra infancia que guardamos en la memoria se convierten en herramientas muy valiosas cuando llegamos a la edad adulta, en la que tenemos que enfrentarnos a las situaciones difíciles de la vida. De manera que, desde mi punto de vista, la mejor herencia que dejamos a nuestros hijos, además de la escuela y de la formación integral, es una infancia feliz, en la que predominen los recuerdos agradables, los consejos, la orientación, la comunicación, el respeto y el ejemplo de los padres.

En aquel tiempo íbamos a visitar a Santiago al noviciado con regularidad. Recuerdo que Ian y Ale jugaban en un jardín precioso que tenían los padres en aquel seminario de la calle de Medicina. Siempre admiré el orden y la limpieza de aquel lugar. Santiago nos recibía en una salita donde nos ofrecía café y galletas, y recuerdo que platicábamos largo rato hasta que terminaba el horario de visita.

María continuó viviendo en distintas residencias, hasta que mi papá decidió ponerle un departamento para ella sola, cerca de la colonia Roma. Trabajaba y venía a comer a mi casa una o dos veces por semana; los demás días comía con mi abuela Carmen y con mis tías Marilú, Pacha y Con.

Fue en aquella época cuando sobrevino un gran terremoto en la ciudad de México. El fenómeno ocurrió muy temprano en la mañana, cuando María dormía. En aquellos momentos me preparaba para llevar a mis hijos al colegio.

—¡Tatis! —exclamó Luigi—, ¡está temblando! Pónganse todos en los quicios de las puertas!

El temblor había sido muy fuerte, así que nos asomamos por las ventanas para ver si las casas vecinas seguían en pie, y como todo pa-

recía normal, llevé a los niños a sus respectivos colegios. De regreso en el automóvil, venía escuchando las noticias. Así me enteré de que se habían caído varios edificios en Tlaltelolco y en la colonia Roma.

Al llegar a la casa intenté comunicarme con María, pero los teléfonos estaban muertos. ¡No había líneas!

—¡Luigi! —dije con nerviosismo—, voy a ir a ver a María, ¡no sea que le haya pasado algo!

—¡Te acompaño!

María estaba dormida cuando comenzó a temblar.

—¡Maricarmen!, hay que salir del edificio porque está temblando muy fuerte —la llamaron sus vecinos a grandes voces.

María despertó cuando los muros de su departamento comenzaban a derrumbarse. Ella pensó que la tercera Guerra Mundial había comenzado y que las bombas estaban empezando a caer.

Como pudo, salió del departamento en pijama y sin pantuflas. Ella vivía en un quinto piso. Con ayuda de los vecinos logró llegar hasta la banqueta descolgándose de piso en piso, porque los elevadores habían dejado de funcionar y las escaleras se habían colapsado. En la calle comprobó que habían muerto varios niños del edificio y que otros tantos habían perdido a sus papás. La Me-ry se puso a ayudar a la gente, colaboró en las tareas de rescate y consoló a las familias que sufrían.

Luigi y yo no pudimos llegar en coche hasta el edificio porque la zona estaba acordonada por varias patrullas, así que dejamos el auto estacionado a varias cuadras de distancia y corrimos hasta el lugar donde María vivía. La encontramos raspada, con la pijama sucia y los pies descalzos.

—¡Mery! —exclamamos al verla, vente con nosotros a la casa.

—¡No! —replicó ella—, yo me quedo aquí para ayudar a la gente.

—¡Pero no vas a poder ayudar mucho sin desayunar y sin zapatos! Mejor vente con nosotros, desayunas, te bañas, te pones unos pants, unos tenis y luego te regresas a seguir ayudando —le dije angustiada.

La convencimos con dificultad, pero aceptó. En cuanto se bañó y desayunó, regresó al edificio para seguir ayudando a sus vecinos.

Muchos habían perdido no sólo a sus familiares, sino también su patrimonio, sus muebles y todas sus pertenencias. María comenzó a regalarles sus cosas.

Por la noche del día siguiente volvió a temblar. Hubo pánico en toda la ciudad, y María, que estaba en el parque España repartiendo alimentos y medicinas entre los damnificados, le ofreció a Dios dejar de comer para que ayudara a todas esas personas que estaban sufriendo tanto.

La Mariquita dejó de comer de un día para otro. No había forma de convencerla de que probara bocado. ¡Ni siquiera aceptaba tomar un sorbo de agua! Mi papá decidió llevarla a un hospital, porque temimos que se nos fuera a morir deshidratada o de hambre. Santiago, mi hermano, lo acompañó, y entre los dos la trasladaron a una clínica, en la cual la obligaron a comer temporalmente.

Poco después mi papá le puso a María otro departamento, pero esta vez en la planta baja, porque ella sufría de pesadillas horribles relacionadas con el terremoto. Al poco tiempo volvió a trabajar, pero de repente dejaba de comer. Por eso mi papá le puso una enfermera durante el día para que estuviera al pendiente de que comiera y de que se tomara sus medicinas.

Uno de aquellos años Luigi inició una obra en Cuernavaca y decidió rentar una casa en aquella ciudad para quedarse allá cuando se le hiciera tarde. La casa resultó ser una bendición para mí, porque volví a recordar mis años de niñez, cuando mis papás nos llevaban a Cuernavaca y a Acapulco. Ian y Ale también gozaron de aquella casa. Nadaban y jugaban a sus anchas en la alberca y en el jardín mientras Luigi arreglaba las plantas y nos hacía carne asada al aire libre.

Un sábado a mediodía, mientras atendíamos a varios amigos que habían venido a comer con nosotros, llegó Santiago a visitarnos. Siempre andaba acompañado de otro seminarista, al que apodábamos el Guarura, de manera que aquel día nos sorprendió ver que llegaba solo.

—¡Santiago! —exclamamos Luigi y yo—. ¡Qué gusto verte! ¡Y qué

milagro que vienes solo!

Nos saludó con un dejo de inquietud en el rostro.

—Tatis, necesito platicar contigo.

—¡Claro, Santi! —respondí—. Si quieres, vamos a caminar a la calle porque aquí está lleno de gente.

Una vez en la banqueta, Santiago dijo:

—Decidí salirme del seminario, por eso vengo solo. No voy a regresar.

Me quedé pasmada. Ya había presentido algo, porque en varias ocasiones, cuando hablaba con él por teléfono o cuando lo visitaba, siempre me decía antes de despedirnos: “Reza por mi vocación”. Incluso recuerdo haberle dicho alguna vez: “Dios nos da a escoger entre tres vocaciones: casado, soltero o cura. Lo único que Dios nos pide es elegir libremente aquella en la que pensemos que podremos servirle mejor. No por llevar una vida religiosa tendremos abiertas las puertas del cielo. Tampoco por irnos de misiones al Congo ni por sacar adelante a una familia. Más bien nos iremos al cielo si hacemos la voluntad de Dios dentro de la vocación que hayamos elegido, si amamos y comprendemos a la gente que nos rodea y si usamos y multiplicamos los dones que Él nos da para ayudar a los demás”.

Aquel día abracé a Santiago y él me estrechó con fuerza.

—No te preocupes, Santi, todo va a salir bien. Por lo pronto, te quedas aquí, con nosotros. ¿Qué tienes pensado hacer?

—Voy a ver si puedo trabajar con mi tío Francisco.

—¿Y dónde vas a vivir?

—Todavía no lo sé.

Santiago había terminado la carrera de derecho y mi tío Francisco también era abogado, así que la idea de trabajar con él no era disparatada. Ese fin de semana se quedó con nosotros y luego regresó a la ciudad de México para organizar su vida.

La casa de Cuernavaca fue maravillosa, pero no la disfrutamos tanto como hubiera querido porque la charrería siempre era primero. Así que cuando la charrería lo permitía, íbamos a Cuernavaca. Un

día descubrimos que el encargado alquilaba la casa y la alberca a gente extraña los fines de semana, a sabiendas de que íbamos muy poco. En dos o tres ocasiones nos robaron los muebles y los cuadros.

Un día me picó un alacrán y fui a dar al hospital del Seguro Social, donde me pusieron suero y todas esas cosas que impiden que el veneno avance. Me llevé un buen susto.

Luigi y yo resolvimos que no tenía caso seguir manteniendo aquella casa. Ofreció llevarme en adelante a algún otro lado, un fin de semana al mes; a un hotel donde me atendieran y donde yo no tuviera que llegar a trabajar en la limpieza de la casa o en la comida. Acepté, pero Luigi no cumplió su promesa. Sin embargo, no me afectó. Aquella experiencia me sirvió para comprender que no tiene ningún caso pasarse la vida añorando las cosas o las situaciones que vivimos en el pasado. Es mejor disfrutar cada día de las cosas nuevas que se nos presentan.

“Gracias, bendito Padre mío, porque me has regalado tantas cosas. Gracias por haberme permitido disfrutar con mis padres de la vida al aire libre en el mar y en el sol. Y gracias porque ahora me das la oportunidad de gozar de los ranchos, los caballos y los animales en unión de mis hijos y mi esposo.”

Mi vida dentro de la charrería transcurrió normalmente. Íbamos a las charreadas todos los domingos, y esta actividad nos unía mucho como familia. Aunque a mí no me gustaba montar a caballo porque me daba miedo, mis hijos aprendieron a hacerlo desde muy pequeños y disfrutaban de este deporte tanto como su papá.

En una ocasión tuve un pleito muy fuerte con una señora de la asociación de charros a la que asistíamos. Recuerdo que me parecía muy injusta su actitud con la reina de la asociación y, en general, con los demás miembros. Perdí el control y le dije muchas cosas en público de las que después me arrepentí profundamente. Decidí ofrecerle disculpas en el mismo lugar donde antes la había reprimado, pero ella estaba muy dolida y la amistad entre nosotras nunca volvió a ser igual.

“Perdóname, Señor, porque te he fallado. Perdóname porque me dejé llevar por la ira y sé que te has entristecido por mí. Te ruego que de ahora en adelante me ayudes a no volver a ofender a nadie en ninguna forma. Por favor, no me dejes volver a caer en la ira y permíteme mostrar tu amor a todos los que me rodean. Ayúdame, Señor, a comprender que no tengo derecho de juzgar a nadie, porque solamente tú conoces la intención que cada per-sona guarda en su corazón para hacer lo que hace.”

Siempre íbamos los cuatro a las charreadas. Mientras Luigi y mis hijos montaban a caballo, yo los veía desde la tribuna y pla-ticaba con mis amigas, esposas también de los demás charros.

Un domingo vinieron a invitarme a un lugar llamado “Chippendale”.

—¡Tatis! Qué bueno que llegas. Queremos invitarte a que nos acompañes al Chippendale, porque nos dijeron que hay unos muchachos guapísimos en el show.

—¿Se refieren al lugar donde los chavos salen casi encuerados?

—¡Sí! Precisamente...

—Por favor, discúlpenme, pero no voy a esas cosas.

—¡Aaayyy! No me digas que eres tan mocha. ¡Anda! Anímate y ven con nosotras... ¿Por qué razón no quieres venir?

—Se los agradezco, pero de plano no se me antoja ir. ¡Y no es por mocha, de veras! Simplemente no me gusta ver ese tipo de shows porque me vienen malos pensamientos y creo que eso a Dios no le agrada.

—¿Ya ves cómo sí eres mocha? ¡Qué malos pensamientos ni qué nada! Se trata nada más de tomarnos una copita y de echarnos un taco de ojo. ¡Nada más!

—Pues sí, te entiendo, pero es, además, el hecho de ir a pagar un boleto y lo que sea que tomemos para ver a esos chavos... ¡No me parece que esté bien! Ese dinero sirve para que esos lugares subsistan y se multipliquen. A ver, ¿a ustedes les gustaría que uno de sus hijos o de sus hermanos estuviera en el show?

—¡Bueeeeno!, si lo pones desde esa perspectiva, pues no. No nos gustaría que un pariente nuestro estuviera involucrado en ese ambiente. ¡Pero no te preocupes! Ninguna persona conocida está en ese lugar! Eso te lo aseguramos al cien por ciento.

—¡Pues las felicito!, pero esos muchachos seguramente tienen papá y mamá, y familia que se avergüenza de su actividad, y yo no quiero participar en ninguna forma para que ese tipo de negocios continúe. Sé que mi sola negativa es nada, pero alguien tiene que comenzar por hacer algo, ¿no creen?

Obviamente no fui con ellas al Chippendale, y luego me enteré de que ellas tampoco fueron.

EMBARAZO INESPERADO

Fernanda terminó la carrera de hotelería en Colima y se fue a tra-bajar a un hotel en Huatulco. Pocos meses después me llamó por teléfono para decirme que estaba embarazada.

Supe que varias amigas tuyas le aconsejaron abortar diciéndole que la llegada de un bebé arruinaría su futuro profesional.

—Mira, Fer —le dije recordando la experiencia de mi amiga Cristina Sierra—, yo te apoyo en todo, menos en abortar a tu bebé, porque ese bebé no es solamente tuyo sino también de Dios. Él lo está enviando al mundo a través de ti y creo que no tienes derecho de matarlo. Además, te quedaría el remordimiento de conciencia para toda tu vida. Si quieres dar el bebé en adopción cuando nazca, te ayudo, porque creo que los verdaderos padres son los que crían al niño, no los que lo traen al mundo. Pero tampoco creo que esto sea lo más indicado, porque el resto de tu vida te la pasarás pensando dónde estará tu hijo, cómo estará, si es feliz o no, ¡y tú misma no podrás ser feliz!

Fernanda fue valiente y decidió no abortar ni dar a su bebé en adopción, pero la corrieron de su trabajo. Llegó a México y se instaló en el departamento de María mientras decidía lo que iba

a hacer. Mi papá y Ara se enojaron mucho con ella y dejaron de hablarle. Ella comenzó a buscar empleo, pensando en que tendría que pagar los gastos del alumbramiento y mantener a una nueva personita.

—¡Tatis! —me dijo la Fer un día—, mi amigo Ricardo me está ofreciendo un puesto en el hotel donde él trabaja. ¿Cómo la ves?

—¿Y Ricardo ya sabe de tu situación?

—¡Sí! Hasta me ofreció darme hospedaje en el hotel para ayudarme a ahorrar.

—Oye, pues suena muy bien. ¿Por qué no vas a ver de qué se trata?

Fernanda aceptó y se fue a vivir a La Paz. El trabajo que le ofrecieron fue el más sencillo que cualquier hotel podría ofrecer: revisar las hojas donde los huéspedes manifiestan si estuvieron a gusto con el servicio o no, pero mi hermanita era muy trabajadora y poco a poco comenzó a escalar puestos. Su bebé resultó ser una niña preciosa a la que bautizó con el nombre de Bibis. Contrató a una persona para que se la cuidara durante el día y ella la atendía durante las noches y los fines de semana. Si tenía que viajar, invariablemente venía a la ciudad de México y me dejaba a la bebida mientras ella iba y venía. Así aprendí a quererla como a mi propia hija.

Observé que a Fernanda le costó mucho esfuerzo al principio adaptarse a su nueva situación de mamá, pero salió adelante con fortaleza. No quiso volver a relacionarse sentimentalmente con ningún muchacho, porque temía causar algún daño emocional o psicológico a su hija y porque para ella el ejemplo de los padres era fundamental, así que se dedicó a trabajar duro para ofrecerle un mejor nivel de vida. Así fue como poco a poco fue ascendiendo de puesto hasta llegar a gerente general del hotel.

¡HAY QUE APRENDER INGLÉS!

Mientras tanto, mis hijos crecían y estudiaban. Cuando Ian terminó la primaria, Luigi y yo decidimos enviarlo a Estados Unidos para que aprendiera inglés. En secreto, yo quería que Ian se fuera de la casa un tiempo no sólo para que aprendiera otro idioma, sino también para que se diera cuenta de que no todos los papás eran como el suyo. Quería que viviera con otra familia y comparara distintas formas de ser y de pensar para que las cadenas que lo amarraban con la forma de ser de su padre fueran lo suficientemente flexibles para evitar que repitiera con sus futuros hijos las actitudes agresivas y explosivas que había visto en su padre.

Ian vivió durante un año en Miami, en la casa de un primo americano de Luigi llamado Lea, cuya personalidad contrastaba notoriamente con la de Luigi: era un hombre tranquilo, reposado y emocionalmente estable. Su esposa, Ginny, era muy cariñosa y comprensiva. Ian vivió feliz con ellos y aprendió mucho; regresó a México más maduro y seguro de sí mismo. Se había convertido en un guapo jovencito despierto e inteligente que tenía pocos, pero buenos amigos. Le gustaba estudiar y montar a caballo. Disfrutaba mucho su casa, no le encantaban las fiestas y se pasaba horas leyendo, escuchando música clásica, armando carritos y dibujando. A mí me encantaba conversar con él porque, a pesar de su corta edad, sus comentarios eran sensibles y profundos. Además, era un joven seguro que sabía exactamente lo que quería. Tenía mucha fuerza de voluntad y no le daba flojera nada.

Habían pasado dos años desde que Ian regresara de Miami, cuando mandamos a Ale a Estados Unidos para que también aprendiera inglés. Tuve la suerte de que mi amiga Cher Orson y su esposo Brad la aceptaran en su casa como una tercera hija. Ale no tenía facilidad para los idiomas, así que el año que vivió en Seattle le sirvió mucho. Era una niña muy sociable, le encantaban las fiestas y todo lo que tuviera que ver con socializar. Sentí miedo de que a su regreso no se adaptara nuevamente al sistema social mexicano, pero no fue así. Regresó a México feliz y volvió sin contratiempos a su antigua escuela, el colegio Ángeles, y a sus amigas de toda la vida. Ale ha

sido siempre una niña muy adaptable que disfruta mucho de todo lo que hace. He aprendido mucho de ella porque nunca guarda odios ni rencores contra nadie. He sido testigo de infinidad de veces en que sus amigas la han traicionado y decepcionado, pero ella siempre encuentra la manera de justificarlas; jamás les guarda rencores ni resentimientos y nunca habla mal de nadie. Esta forma de ser ha contribuido a que Ale tenga muchas amigas en todos los ambientes que frecuenta. Ale ha sido siempre mi mejor amiga y aliada.

“Gracias, bendito Padre mío, porque has permitido que mis hijos sean personas responsables, alegres, estudiosas y maduras. Gracias porque nunca nos han dado problemas ni preocupaciones. Gracias porque tienen salud física, mental, espiritual y emocional. Gracias porque les has concedido la gracia de pensar con claridad. Gracias porque son hijos agradecidos que nos ayudan y apoyan siempre. Gracias porque nos has iluminado a Luigi y a mí para saber guiarlos por el camino que los conducirá de vuelta hacia ti, su verdadero y único Padre...”

REMOLINOS MENTALES

María, mi hermana, había andado medio rara últimamente. Observé que estaba taciturna y que hablaba poco. Comencé a inquietarme y decidí hablarle por teléfono todos los días para asegurarme de que se encontraba bien. Aparentemente, estaba tranquila y feliz, trabajando y estudiando. La enfermera la cuidaba en el día, y por las noches la dejaba sola, ya cenada y acostada.

Aquella noche le hablé por teléfono y no contestó. Le marqué varias veces y no atendió la llamada.

—Luigi —dije preocupada—, María no me contesta el teléfono. Voy a su departamento para ver si está bien.

—¡Te acompaña!, no vas a ir sola a estas horas de la noche.

Como yo tenía un duplicado de las llaves del departamento,

entramos sin ninguna dificultad. Encontramos a María en su cama, aparentemente dormida. Traté de despertarla para preguntarle por qué no atendía el teléfono, pero no lo logré. Estaba como desmayada. De inmediato pedimos una ambulancia y la trasladamos al hospital Dalinde: María se había tomado una caja entera de Valium. Aunque era medianoche, le hablé por teléfono a mi tío Francisco y le pedí que localizara a mi papá. Mi tío llegó al hospital para ayudar en lo que pudiera y nos dijo que mi papá andaba fuera de México, pero que al día siguiente se trasladaría al Distrito Federal.

María estuvo muy grave, pero los médicos lograron curarla. Luigi se enojó mucho y me dijo que no era posible que siguiera al pendiente de mi hermana, porque para eso tenía un papá; me advirtió que si seguía necia en ocuparme de María, tendríamos problemas muy graves.

Mi papá y Ara llegaron al día siguiente. Hablé con él y le dije que definitivamente no podría continuar al pendiente de María porque Luigi estaba muy molesto. Mi papá decidió llevársela a su casa de Colima.

En aquellos días Santiago estaba organizando su boda. Se había enamorado de una niña muy linda llamada Bonn y andaba muy entusiasmado arreglando todos los detalles de la ceremonia.

En el hospital, mientras cuidábamos a María, Ara preguntó a Santi cómo quedarían redactadas las invitaciones de la boda.

—Pues mira, Ara —respondió Santiago—, las mandé hacer con el nombre de mi mamá con una crucecita al lado.

—Ahhh, está bien —replicó Ara—. No hay problema.

Esa noche, Ara le dijo a mi papá que si Santiago no ponía el nombre de ella en las invitaciones, no asistiría a la boda. Y que si mi papá asistía, ella se divorciaría inmediatamente.

Al día siguiente, mi papá habló muy consternado con mi hermano: estaba entre la espada y la pared.

—Santiago, te ruego que quites el nombre de tu mamá y pongas el de Ara para que yo pueda ir a tu boda.

—No te preocupes, papá —contestó Santiago—. Mandaré a hacer de nuevo las invitaciones para que no tengas problemas.

Santiago se casó con Bonn y se quedó a vivir en la ciudad de México; después de algunos años Dios los bendijo con dos hijos maravillosos: primero nació su hijo Bily y después la pequeña Paola... ¡Cuántos lazos de cariño y cuántos recuerdos gratos me unen a estos niños encantadores!

María se fue a vivir a la casa de mi papá en Colima, Fernanda vivía en La Paz con su bebita y Nacho estaba feliz en Monterrey.

LA SANTÍSIMA VIRGEN

Yo tenía por costumbre llevar a Ale a sus clases de montar los sábados, muy temprano en las mañanas. Mientras ella montaba, yo aprovechaba para visitar a mi Madre santísima en su santuario de Guadalupe.

Aquel día el santuario estaba lleno de gente. Era imposible caminar un paso sin chocar con alguien.

“Virgencita mía, estás preciosa allá arriba en la tilma sin que nadie te moleste, pero acá abajo es una verdadera romería. ¡No puedo platicar contigo con calma porque tus hijos me empujan y me distraen! ¿No habría manera de que te bajaras de ahí para que pudiéramos platicar a gusto?”

Aquel sábado concluyó y pasó el domingo. El lunes por la mañana sonó el timbre de la puerta y acudí a abrir. Era mi nueva vecina, Leidy, que venía a visitarme. Llevaba en la mano una bolsa grande de Liverpool.

—¡Vecina! —exclamó al verme—. Vengo a conocerte. ¿Puedo pasar?

Pensé que en la bolsa traía productos de Amway y que venía a tratar de vendérmelos.

—Mira, vecina, te traigo una visita muy especial —me dijo cuando

entramos a la sala mientras abría la bolsa y sacaba una preciosa foto enmarcada de la Virgen de la Paz. Me sentí impresionada—. Te la voy a dejar de visita unos días y luego la llevaré a la casa de otra vecina.

Pude platicar a gusto con mi Virgencita, cara a cara y frente a frente. A partir de aquellos días adquirí la costumbre de rezar el rosario diariamente. Los jueves nos reuníamos en la casa de Leidy para rezarlo en grupo, porque ella tenía una estatua preciosa de la Virgen de la Paz, de cuerpo entero y en tamaño natural que había mandado traer de Italia.

Entonces puse un altar para la Virgen en la entrada de mi casa y otro altar para Jesús junto a mi cama. Hasta la fecha, el primer paso que doy al levantarme de la cama cada mañana es para saludar a Jesús y regalarle mi día, y cada noche, mi último paso es para despedirme de Él y agradecerle los acontecimientos vividos.

Uno de aquellos días llegué a visitar a la Virgen a casa de Leidy y encontré a mi amiga llorando.

—¿Qué te pasa, Leidy, qué tienes?

—Lo que sucede —respondió—, es que hace rato vino otra vecina a enseñarme las fotos que le tomó a la Virgen y en ellas Nuestra Madre sale llorando. Le pedí que me diera el negativo para sacar muchas copias porque es importante que la gente vea el testimonio que Ella está dando a través de las fotografías que le toman, pero me dijo que no me puede dar el negativo porque se trata de un testimonio que la Virgen le dio a ella.

Consolé a Leidy lo mejor que pude y me hincué frente a la Virgen para platicar con Ella. Le ofrecí ir a mi casa, traer mi cámara y tomarle un rollo entero de fotos para que saliera como Ella quisiera.

“Y te prometo, bendita Madre mía, que los negativos serán para que los conozca el mundo entero según Tu voluntad.”

Resultó que en varias fotografías de aquel rollo la Virgen tenía lágrimas en los ojos y en las mejillas. Además, en una de las fotos la Virgen salió con la cabeza levantada y con una profunda expresión de paz y de amor en el rostro, aparte de otros detalles inusuales

y sorprendentes: reflejos de luz en la mejilla derecha formando una cruz; la imagen de la paloma que simboliza el Espíritu Santo aparece en las pupilas; los ojos reflejan una expresión distinta uno del otro: el izquierdo manifiesta la mirada de una jovencita inocente, pura y llena de ilusiones, el pómulo se le ve redondeado y rozagante; sin embargo, el ojo derecho refleja una inmensa tristeza, se ve lloroso y el pómulo aparece anguloso y demacrado... ¿Cómo pudo salir esta imagen en una fotografía, si la estatua de la Virgen está hecha de simple yeso? ¿Cómo es posible que los ojos de una imagen de yeso tengan alguna expresión? Además, yo soy muy mala para tomar fotos... De hecho la cámara estaba despro-gramada.

Luigi, que había mandado revelar el rollo, estaba igual de sorprendido que yo. Entregué a Leidy las fotos y le dije que las observara cuidadosamente para ver si le interesaba alguno de los negativos para difundirlo. Acabé dándole a Leidy todos los negativos, pero ella seleccionó la foto donde aparece con la mirada llena de paz y de amor. Leidy ha mandado sacar cientos y cientos de copias y el negativo no se ha deteriorado. Hasta la fecha no entiendo cómo puede suceder esto; el hecho es que esta foto, efectivamente, le ha dado la vuelta al mundo.

“Gracias, bendita Madre mía, porque me aceptaste como instrumento para llegar a muchos hogares, hospitales y centros de trabajo del mundo entero, donde tanto te necesitan.”

VACAS FLACAS

La crisis económica afectó mucho a México y los primeros en resentirla fueron los constructores.

Luigi era contratista del gobierno y en aquella época acababa de conseguir el contrato para construir una carretera. Se asoció con un amigo suyo para hacer la obra, pero todo resultó mal porque era necesario financiarla y, como ni Luigi ni su socio tenían el dinero

suficiente, pidieron prestado al banco para llevarla a cabo.

La obra resultó un fracaso como negocio porque la persona que dejaron a cargo de la supervisión fue nefasta y también porque sobrevino el error de diciembre: el préstamo en dólares que había conseguido Luigi se multiplicó hasta alcanzar cantidades exorbitantes. Luigi tuvo que vender la casita de Mixcoac donde tenía sus oficinas para pagar parte de la deuda contraída. Sin embargo, se quedó con muchas deudas que tuvo que ir solventando poco a poco.

“Virgencita mía, por favor, no nos abandones. Te necesitamos mucho ahora que Luigi está teniendo tantos problemas en el trabajo. Cuídalo, madre. No permitas que se enferme ni que le vaya a dar un infarto. Dale inteligencia y fortaleza para que supere esta prueba. Ayúdale a encontrar la forma de solucionar sus problemas e ilumíname a mí para saber darle el apoyo que necesita.”

La situación económica en la casa se vino abajo. No teníamos dinero para pagar las colegiaturas de nuestros hijos ni para comprarnos ropa o darnos el menor lujo. Yo trabajaba, pero aun así el dinero no alcanzaba, así que decidí vender las alhajas de mi mamá para ayudar a Luigi con los gastos. Conservé sólo aquellas que me traían más recuerdos. Sin embargo, y a pesar de todo, Luigi y yo nos sentíamos tranquilos porque teníamos una buena casa de la que podríamos disponer en caso de urgencia.

LA FORTALEZA DE IAN

Ian había terminado la preparatoria y comenzó con mucho entusiasmo la carrera de administración de empresas en la universidad. Juan Pablo era su mejor amigo y juntos iban y venían a todos lados; sus papás tenían una casa en Acapulco y frecuentemente invitaba a Ian. Juntos llevaban a las niñas a bailar y al cine. Juntos andaban en bicicleta, nadaban y montaban a caballo.

Juan Pablo tenía una novia en la universidad llamada Tere. Su

noviazgo llevaba unos tres años, pero había sido muy conflictivo porque continuamente se peleaban. Todos le decíamos a Juan Pablo que esa relación no era positiva porque, si así se llevaban de novios, qué no sería de casados.

Un día Juan Pablo decidió dar por terminada definitivamente su relación con Tere. Habló con ella y le dijo que no habría marcha atrás. Que todo entre ellos había terminado, pero Tere no aceptó esta decisión. Durante meses se dedicó a insistirle, a hostigarlo, a abrumarlo y a acosarlo para volver con él. Adoptó una actitud muy negativa en la que le llamaba continuamente por teléfono, le mandaba anónimos, lo importunaba en la universidad y le hacía berrinches delante de la gente, pero no logró convencer a Juan Pablo: él estaba decidido a no volver con ella.

Aquel martes llegó Tere a la casa de Juan Pablo. Era la hora de la comida y él estaba sentado a la mesa con su mamá y sus hermanos. Tere comenzó a gritarle y Juan Pablo le dijo que mejor salieran al jardín del condominio para no molestar a su familia.

El vigilante de la puerta del condominio donde vivía Juan Pablo relata que los dos comenzaron a discutir. En eso estaban, cuando ella sacó una pistola de la bolsa de su chamarra y le disparó a Juan Pablo en dos ocasiones. Cayó muerto al instante. Tere miró por breves momentos, con los ojos desorbitados, lo que había hecho y luego se pegó un tiro en la sien.

El teléfono sonó en nuestra casa. Era Íñigo, el hermano menor de Juan Pablo.

—lan —dijo con la voz apocada—, fíjate que Tere vino a la casa y mató a Juan Pablo.

—¡No me estés vacilando, Íñigo! Con esas cosas no se juega...

—¡Es verdad, lan! Acaba de suceder hace unos minutos...

—¡A ver, pásame a tu mamá, quiero preguntarle a ella!

—No te la puedo pasar, lan... ¡Imagínate cómo está ella ahorita!

Colgaron el teléfono e lan entró al despacho de la casa, donde yo trabajaba en aquel momento, para comentarme lo sucedido.

—Mamá... Acaba de hablar Íñigo para decirme que Tere mató a

Juan Pablo... ¿Tú qué crees?

Me quedé pasmada.

—Pues, la verdad —le respondí—, no creo que Íñigo haga este ti-po de bromas. Por qué no vas a casa de Juan Pablo y averiguas qué pasó. Vete tranquilo, porque lo más probable es que no sea cierto; y cuando llegues allá, me hablas para decirme cómo están las cosas.

Ian llegó al mismo tiempo que el Ministerio Público. Juan Pablo estaba tirado en el suelo en medio de un charco de sangre. Minutos después llegó la ambulancia a recoger a Tere, porque ella no murió de inmediato. Dentro de la ambulancia venían varios reporteros amarillistas que se encargaron de sacar la nota en los periódicos vespertinos sin la más mínima consideración a los familiares de los jóvenes involucrados.

Yo conocía a Juan Pablo y a su familia desde hacía varios años. Todos eran excelentes personas. Luigi y yo nos sentíamos muy tranquilos y contentos con la amistad entre Ian y Juan Pablo porque ambos eran muy centrados, responsables y juiciosos.

¿Qué pasó por la mente de Tere como para haber podido hacer algo así? No lo sé. A veces me gustaría ser psiquiatra para comprender mejor las reacciones de la gente. Supongo que la niña se sentía muy sola y estaba desubicada. Dios no estaba presente en su vida y se obsesionó con Juan Pablo.

La noticia me cayó como un rayo fulminante. No podía dejar de llorar. Sentía una enorme tristeza dentro de mí. Pensaba en los papás de Juan Pablo y en la joven vida truncada del mejor amigo de Ian; pensaba en el dolor tan grande que estaría sufriendo mi hijo y mi corazón se llenó de pena.

“Madre santísima, ¿por qué suceden estas cosas? ¿Por qué la gente no se acerca a Dios? Por favor, Virgencita, llena de consuelo y de paz los corazones de estas pobres familias. Te ruego que te acerques a Ian porque seguramente se va a sentir desolado.”

Si yo no entendía lo que había pasado, Ian lo entendía mucho menos. Sin embargo, no derramó una sola lágrima. Se mantuvo fir-

me durante el velorio y el funeral de su mejor amigo. Hasta la fecha lo recuerda como su gran amigo, casi hermano, y cada año, en el aniversario de la muerte de Juan Pablo, llama o visita a sus papás para renovarles su amistad y su afecto.

—Ilan —le pregunté un día—. ¿Qué fue lo que más te impresionó de la muerte de Juan Pablo?

Meditó su respuesta durante unos instantes porque, en realidad, todo lo acontecido era impresionante.

—No sé, mamá —me dijo pausadamente—, algo que me desconcertó mucho fue darme cuenta de que ninguno de nosotros conocíamos a la familia de Tere. Ella conocía a toda la familia de Juan Pablo; a sus abuelos, a sus tíos y primos, a sus amigos, a sus compañeros, ¡pero es asombroso que en todos estos años ninguno de nosotros hayamos conocido a nadie de su lado! Conocí a sus papás hasta que llegaron a la casa de Juan Pablo para hablar con los agentes del Ministerio Público.

¡Qué importante es estar al pendiente de nuestros hijos! Saber con qué tipo de personas andan, cuáles son sus problemas, qué cosas los angustian. Hasta la fecha lloro por dentro cuando me acuerdo de lo que le sucedió a esta familia tan querida y le pido a Dios que consuele sus almas.

ALE SE VA A FRANCIA

A Ale siempre le gustó viajar. Después de haber estudiado un año en Seattle, regresó a México y terminó la secundaria y la preparatoria.

Escogió estudiar la carrera de relaciones internacionales, para la cual era necesario saber otro idioma además del español y del inglés. Yo tenía una amiga francesa muy querida y le pedí que le diera clases particulares de francés. Accedió con gusto.

—Ginette, ¿cómo va Ale con su francés? —le pregunté un día cualquiera.

—Bien, Tatis, pero, ¿han considerado Luigi y tú enviarla a Francia

para que aprenda el idioma?

Siempre supe que Ale no tenía facilidad para los idiomas y sabía que la única forma de que aprendiera bien el francés sería mandándola a Francia. Sin embargo, en aquel tiempo nuestra situación económica era precaria porque Luigi no había terminado de pagar sus deudas y, además, no tenía trabajo. Siempre he pensado que es injusto agobiar a los padres con pagos y deudas enormes relacionados con los elevados costos de viajes y universidades. Sin embargo, también soy enemiga de la mediocridad y del conformismo, sobre todo en estos tiempos en los que hay tantas oportunidades, recursos y herramientas de las cuales podemos echar mano para alcanzar las metas que nos proponamos.

“Madre santísima, por favor ayúdame. Ale necesita aprender francés, pero no tengo el dinero para pagarle un año en Europa. ¿Podrías ayudarnos? Tú que todo lo arreglas de manera perfecta, te ruego que me ayudes a solucionar este problema.”

Ale y yo comenzamos a buscar la forma de que pudiera irse a Francia sin que nos costara mucho dinero. Y sucedió que encontramos una familia francesa que la contrató como niñera para su bebida de un año. Vivían en una cabaña preciosa en los Alpes franceses, colindantes con la frontera suiza. Además, mi vecino de enfrente era piloto aviador y nos ofreció conseguirle el viaje redondo gratuito en avión. Así fue como Ale se fue a Francia sin que nos costara un solo peso, gracias a la intervención de mi Virgencita. Ale cuidaba a la bebida durante las mañanas, y por las tardes se iba a la escuela.

Solamente pagamos la colegiatura donde estudió, la cual, de todos modos, hubiéramos tenido que pagar si se quedaba en México. El boleto de avión fue gratis, su estancia con la familia francesa fue gratis... ¡Hasta le pagaban un sueldo! Las llamadas telefónicas desde allá fueron también gratis gracias a que Ale averiguó la forma de llamarnos sin costo. Incluso cuando venía de regreso a México pudo quedarse varios días gratis en París en un hotel de lujo, cortesía de nuestro amigo el piloto... ¡Fue increíble! Ale aprendió francés y volvió

a la casa muy contenta.

Cuando Ale se fue a Francia, decidí ponerme a trabajar de tiempo completo porque lan estudiaba todo el día y Luigi se iba a la oficina, de modo que a mí me sobraban muchas horas libres.

Trabajé feliz durante cuatro años para Ferbi, un empresario amigo de mi hermano Santiago que se dedicaba al negocio de los restaurantes. En esta época comencé a escribir novelas de aventuras para niños y jóvenes y conseguí que una editorial se interesara en mi obra y la publicara.

Sin embargo, y a pesar de estar trabajando tan a gusto con Ferbi, un buen día vinieron mis vecinas a ofrecerme un trabajo como administradora del fraccionamiento donde vivo y decidí aceptarlo porque me propusieron duplicarme el sueldo.

Así comencé a laborar, de lunes a sábado, en la Asociación de Colonos de mi colonia. En realidad el término administradora no se aplicaba en mi caso, porque mi labor consistía más bien en buscar la concordia entre todos los vecinos y en supervisar que todos los conflictos se solucionaran en términos amistosos. También me hicieron responsable del control de los empleados del fraccionamiento que laboraban en las oficinas administrativas, en las áreas de mantenimiento, jardinería y seguridad.

Se trata de una colonia cerrada donde viven alrededor de mil cuatrocientas familias de un nivel socioeconómico alto. Yo tenía bajo mi mando a treinta y dos elementos de seguridad, cuatro empleados en la oficina, un equipo de mantenimiento de ocho personas y otro de cuatro jardineros.

Como en realidad mi contacto con la mesa directiva y con el comité de vigilancia de la Asociación de Colonos era muy espaciado —solamente en la junta mensual—, decidí llevar un diario pormenorizado de mis actividades para presentar un reporte semanal a la presidenta, a la vicepresidenta y a la tesorera de la Asociación.

Hice muchas cosas por mi colonia y le entregué toda mi dedicación y esfuerzo. Luché porque Six Flags no siguiera derribando árboles en el bosque para construir nuevos juegos mecánicos y

también porque la PGR dejara de tener delincuentes arraigados en departamentos y casas del fraccionamiento.

Conocí a mucha gente valiosa, pero también me dio tristeza comprobar que hay otras muchas personas, adultos y jóvenes, que creen que por su dinero tienen derecho de pisotear la dignidad de los demás.

Recuerdo que un día llegó el jefe de seguridad, muy agitado, a mi oficina.

—¡Licenciada! (así me decían)... ¡Acaban de dispararle a dos albañiles en la caseta número cinco!

De inmediato me trasladé en una patrulla al lugar de los hechos. Efectivamente, dos trabajadores de una obra cercana estaban heridos. Alguien les había disparado con un rifle de diábolos.

—¿Quién les hizo esto? —pregunté.

—Alcanzamos a ver a dos chamacos disparándonos con sus rifles desde allá arriba —dijeron mientras señalaban una pequeña colina ubicada dentro del bosque. ¡Ya mandé a varios elementos para que revisen el lugar! —me informó el oficial al mando.

Los elementos de seguridad atraparon a dos muchachitos como de catorce años que habían decidido practicar su puntería contra los albañiles.

—¿Por qué les dispararon a estas personas? —interrogué en tono molesto.

—¿Qué tiene de malo? ¡Si nada más son albañiles! —respondieron cínicamente.

—¡Oficial! —exclamé—, por favor lleve a estos dos terroristas a mi oficina y llame al Ministerio Público. Vamos a demandar a estos pillos irresponsables.

Los muchachos palidecieron y sacaron su celular para pedir ayuda al papá. Todos nos trasladamos de vuelta a la oficina y, antes de que llegaran los papás, aproveché para que los pequeños delincuentes me firmaran una carta responsabilizándose de sus actos.

—¡Señorita! —me dijo el papá al llegar—, por favor, perdone

a mis hijos y déjelos ir. Le prometo que no volverá a suceder esto.

—Lo siento mucho, señor Rosales, pero sus hijos tienen que responder por lo que han hecho. Los albañiles están heridos y no es justo lo que ha pasado.

—Mire, le ofrezco una compensación económica por lo ocurrido, pero déjenos ir.

—¡De ninguna manera! Vamos a esperar a que llegue el Ministerio Público y se levantará la denuncia conforme a la ley.

En eso llegó el MP. Los albañiles estaban en la antesala de mi oficina con sus heridas sangrando. A esa hora ya habían salido las secretarías y yo intentaba curar las lesiones lo mejor que podía.

Los agentes fueron enterados de lo ocurrido y observé que el señor Rosales se salió a la calle para hablar con ellos.

—Licenciada —dijo uno de los albañiles—, no queremos demandar a estos niños. Nos da miedo perder nuestros trabajos, ¡mejor así lo dejamos!

—Pero, don Panchito —le repliqué—, no podemos dejar que se vayan nada más así. ¡Tienen que responder por el daño que causaron!

—Pues sí, licenciada, pero nuestras familias dependen del sueldo que ganamos y no podemos arriesgarnos a quedarnos sin chamba...

—Está bien, don Panchito, como usted prefiera. Mire —dije mostrándole las cartas responsivas que me habían firmado los chamacos—, tenga usted estas cartas y guárdelas muy bien. Aquí van todos los datos de estos pequeños delincuentes. Si no cumplen con su promesa de llevarlos a un hospital y de atender sus heridas, les aconsejo que hagan valer estas cartas ante la ley.

Me quedó claro que el señor Rosales ofreció dinero a los agentes del MP para solucionar las cosas. Ya no supe en qué terminó el problema. Los agentes entraron por los albañiles y se supone que el señor Rosales los llevó al hospital. Espero que así haya sido.

Viví un sinnúmero de situaciones como ésta a lo largo del tiempo que trabajé en la administración del fraccionamiento. Tuve experien-

cias muy satisfactorias, pero también otras en extremo desagradables que, generalmente, estuvieron relacionadas con la soberbia de la gente al suponer que porque tiene dinero y poder, puede pisotear a los demás como si fueran hormigas.

Y pude vivir exactamente en carne propia lo que se siente ser tratada en esta forma.

Era el año 2002 y el papa Juan Pablo II estaba por venir nuevamente a México de visita. Como yo había colaborado con mucho éxito en su anterior visita, el equipo organizador me llamó para invitarme a participar en el área de Prensa internacional, para lo cual sería necesario hospedarse durante diez días en el hotel donde se alojarían los reporteros de todo el mundo que cubrirían la visita de Su Santidad.

A mí definitivamente me interesaba colaborar en todo lo relacionado con el papa, así que solicité un permiso a la mesa directiva y al comité de vigilancia de mi colonia para ausentarme del trabajo durante diez días, sin goce de sueldo.

Como la presidenta de colonos no estaba en México, la junta acordó por mayoría otorgarme el permiso, de manera que hice mi maleta y me trasladé al hotel Intercontinental para trabajar arduamente, en jornadas que a veces abarcaron de las seis de la mañana hasta la madrugada del día siguiente, en una actividad altamente gratificante por estar cargada de generosidad y exenta de cualquier interés económico. Pero llegó el día en que la presidenta de colonos regresó de su viaje y, enfurecida, se presentó en mi oficina, acompañada por la tesorera que, dicho sea de paso, había dado su autorización para que me ausentara de la oficina durante aquellos diez días, para reclamarme que me hubiera atrevido a pedir un permiso cuando ella no estaba en México.

—¡La obligación es primero que la devoción! —exclamó a grandes voces cuando me tuvo enfrente. Y de ahí siguieron como veinte minutos de reclamos e insultos que a mí me parecieron a todas luces injustificados.

Intenté mantener una actitud serena, calmada y prudente durante todo el tiempo que duró la agresión de la presidenta. Imagino que a ella le desconcertó mi actitud, porque su cólera iba en aumento conforme pasaban los minutos. Finalmente, cuando se calló, sólo atiné a decir:

—Consuelo, ¿me estás corriendo?

Ella salió furiosa de mi oficina y se dirigió a su coche. En su prisa por salir, tuvo que pasar por entre el grupo de personas de Televisa que me esperaba para entrevistarme en relación con las casas de arraigo.

Sentí la agresión completamente fuera de contexto, y al día siguiente no me presenté a trabajar. Supuse que durante la noche ella se calmaría y por la mañana vería la situación desde otra perspectiva. Pensé, erróneamente, que me llamaría por teléfono para restablecer la armonía entre nosotras... Pero no sucedió así.

Al mediodía decidí ir a casa de la tesorera para devolverle la caja chica que tenía bajo mi responsabilidad, y le pedí que me firmara de recibido. También le pedí que me pagaran los cuatro días de septiembre que habían transcurrido desde el pago de la última quincena.

Los días pasaron y no tuve ninguna noticia de las integrantes de la mesa directiva, así que decidí llamar a la tesorera para preguntarle por el pago de aquellos cuatro días de trabajo.

—Mira, Tatis, ni la presidenta ni la vicepresidenta tienen intenciones de pagarte esos cuatro días.

—Martha, como comprenderás, ¡eso es totalmente injusto, puesto que yo los trabajé en horarios de hasta diez y doce horas!

—Pues sí, Tatis, pero no hay nada que pueda hacer.

Decidí demandarlas y, obviamente, gané la demanda. Desde entonces, no me dirigen la palabra.

EL SUFRIMIENTO DE MARÍA

En aquel entonces mi mayor preocupación era María, mi hermana. Se había ido a vivir con mi papá y Ara a Colima, y yo sabía que su relación con ellos no era buena.

María me contaba que no la dejaban salir de su cuarto. Ara le llevaba la comida a la recámara y luego le recogía los platos. Cuando ella dejaba de comer, la trasladaban al hospital psiquiátrico de la ciudad, donde le daban choques eléctricos para obligarla a comer. El único día que le permitían salir era los domingos, para ir a misa. Mi papá seguía viajando mucho con Ara, y supe que dejaban a mi hermana encerrada en la casa, bajo llave. A veces ella se quedaba sin comida y se escapaba por entre los barrotes de la reja de la cochera para ir a pedir ayuda a las vecinas.

Vivíamos muy lejos una de la otra y me resultaba difícil ir a verla. Un día supe que mi papá y Ara se habían separado; Ara se había cansado del alcoholismo de mi papá. Los dos se vinieron a México: Ara se fue a vivir a la casa de sus papás y mi papá se fue a vivir con mi abuela Carmen. ¿Y María? ¿Qué habían hecho con ella?

Después de varias semanas, Nacho averiguó que la habían internado en el hospital psiquiátrico de un pueblo cerca de Colima. Fue a visitarla y me llamó por teléfono, muy angustiado por el grado de abandono en que estaba la pobrecita. Hacía meses que no veía ni hablaba con nadie de la familia. No tenía ropa suficiente y su alimentación consistía en frijoles y pan duro. La bañaban con cloro, de manera que su piel estaba reseca y agrietada, y nadie le había cortado el pelo ni las uñas en mucho tiempo.

Tomé un avión y me fui de inmediato a ver a la Mariquita. Le llevé ropa y lo necesario para manicurarla y cortarle el pelo. La familia le mandó dulces y todo tipo de regalos. Nacho me fue a recibir al aeropuerto y juntos fuimos a visitar a nuestra hermana.

Cuando llegamos al hospital, María no nos reconoció de inmediato. Estaba como ida, sentada en una silla sin moverse, viendo el cielo y rezando. Entre Nacho y yo la llevamos a la camioneta y la invitamos a comer al restaurante del pueblo. Estaba muy delgada y muy débil.

Recuerdo que se tomó un helado en el pintoresco parque donde le corté el pelo y las uñas. Se quedó más contenta, pero fue necesario visitarla varias veces para que recuperara su antigua alegría.

Yo no disponía de dinero para ir a verla muy seguido. Sin embargo, Luigi tenía varios centenarios escondidos en un ropero y yo comencé a venderlos, uno por uno, para visitar a mi hermana. Me tomaba un fin de semana completo ir a verla: salía hacia Monterrey el viernes por la tarde, dormía en casa de Nacho y Anauri, y el sábado muy temprano abordábamos la camioneta para recorrer los dos o tres centenares de kilómetros que nos separaban del hospital psiquiátrico donde ella vivía; en la noche volvíamos a Monterrey y el domingo me subía al avión para regresar a México.

Así sucedió muchas veces. La Mariquita se fue animando poco a poco. Esperaba con ansia nuestras visitas y le encantaba salir del hospital para ir a comer a un restaurante. Hubo ocasiones en que nos quedamos a dormir en el pueblo para que ella pudiera nadar en el hotel y divertirse un poco. Algunas veces Ale me acompañó. Recuerdo que una vez mis hermanos y yo invitamos a mi tía Con a venir conmigo en avión para visitarla, lo cual hizo muy feliz a la Mery.

Pero llegó el día en que los centenarios se terminaron. Me resultaba muy difícil ir a Monterrey. Nacho me pagó varias veces el avión, pero a mí me daba vergüenza que lo hiciera. Decidí que había llegado el momento de que mi hermana viviera más cerca de mí. No podía traerla a vivir conmigo porque no habíamos logrado convencerla de que Dios no quiere que le hagamos ninguna promesa que nos perjudique, y era angustiante tenerla en casa y ver que de pronto dejaba de comer. Además, sufría con frecuencia de pesadillas relacionadas con el terremoto y despertaba de repente a media noche gritando de miedo.

Años más tarde, Luigi preguntó por aquellos centenarios.

—¡Luigi!, no los encuentro por ninguna parte... ¡Seguramente alguien se los robó! —le respondí sin tener el valor de decirle la verdad. Él se enojó y las monedas nunca aparecieron.

A María no quise decirle que pensaba traérmela más cerca de mí, porque supuse que se pondría nerviosa. Simplemente un día fui por ella al pueblo donde vivía y le dije que la iba a traer de vacaciones a México. Yo había averiguado con anticipación acerca de una finca de reposo en Cuautla, y le pregunté si quería ir a conocerla. Me dijo que sí.

A mi papá y a Ara parecía no importarles lo que le sucediera a la Mery. Mi papá había enfermado de cirrosis y estaba concentrado en resolver sus propios problemas. Ara había puesto un pequeño negocio de confección de vestidos de novia y no tenía tiempo de pensar en nada más.

De manera que la Mariquita aceptó venir a vivir a Cuautla. Se trataba de una especie de casa de reposo atendida por un médico psiquiatra en la que vivían algunas personas con distintos tipos de enfermedades: Alzheimer, ansiedad, retraso mental, etcétera. No tenía nada que ver con el horrible hospital psiquiátrico donde había vivido antes. Aquí no había rejas vigiladas por policías ni choques eléctricos que la obligaran a comer. Mis hermanos se unieron para pagar el costo de tenerla en este lugar y yo la visitaba con frecuencia. Todo parecía indicar que habíamos encontrado la fórmula perfecta para que María superara sus problemas.

María compartía el cuarto con una amiga que resultó ser ex compañera suya del colegio Ángeles, así que la vida le cambió. Sin embargo, frecuentemente se acordaba de la promesa que le había hecho a Dios y dejaba de comer. Las enfermeras tenían entonces que alimentarla por sondas, pero a veces ella misma se arrancaba los tubos.

—Mery —le decíamos—, tienes que comer bien. Acuérdate de que Dios no quiere que nos hagamos daño porque nos ama profundamente. Él quiere que cuidemos del cuerpo que nos dio y sólo nos pide que le ayudemos a dar amor y atención a los demás.

—Sí, Tatis —contestaba dándonos la razón—. Te prometo que ya voy a comer bien.

Ella parecía escucharnos y volvía a comer durante un tiempo, pero luego dejaba de hacerlo. Su organismo se fue deteriorando poco a poco y sus órganos internos fueron dejando de funcionar adecuadamente. ¡Qué importante es comer bien para estar saludables! A mí se me rompía el alma al ver a mi hermana tan débil y tan delgada.

Yo, a escondidas de Luigi, iba a visitarla cada vez que podía. Me hubiera gustado que Luigi viniera conmigo o que al menos me hubiera prestado a su chofer para que me llevara a Cuautla, pero su carácter no se prestaba para este tipo de cosas. Simplemente me tenía prohibido manejar en carretera, así que me vi en la necesidad de mentirle para estar al pendiente de mi hermana.

—Luigi, mañana en la mañana voy a desayunar con mis amigas a Perisur.

—Está bien, que te diviertas —me contestaba tranquilamente.

Cuando yo sabía que él no comería en casa, aprovechaba para quedarme todo el día en Cuautla. Llevaba a María a nadar y a comer a un hotel cercano y regresaba a mi casa por la tarde, contenta por haber hecho feliz a la Mery, al menos por unas horas.

Aquel jueves 11 de diciembre fui a rezar el rosario a casa de Leidy. Era la víspera del día de la Virgen de Guadalupe y recé con más devoción que nunca.

“Virgencita mía, tú sabes que mis hermanos y yo jamás dejaremos de ver por María, pero la vida que ella lleva no es vida. Por favor, Madre bendita, si tú sabes que no se va a componer, mejor llévatela contigo para que sea feliz.”

Terminé de rezar el rosario y dediqué el resto del día a mis actividades normales. Por la noche, aprovechando que Luigi tenía una junta de trabajo y que lan iría al cine, me fui a cenar a un restaurante con mis amigas. En aquel entonces, Ale estaba estudiando francés en la frontera con Suiza. Llegué a la casa como a las doce de la noche. En el momento en que abría la puerta, escuché que el teléfono sonaba y me apresuré a entrar. Era mi cuñada, Bonn, para avisarme que el doctor la había llamado por teléfono para decirle que María había

fallecido. Le habían puesto una inyección que supuestamente servía para fortalecer su cuerpo y para animarla, pero su corazón estaba tan débil que no la resistió; falleció a las 9:30 de la noche.

A la mañana siguiente, antes de llevarla a incinerar, me senté en la orilla de su cama, le tomé la mano y, mientras rezaba el rosario a su lado, escuché dentro de mi mente la voz de María que me preguntaba: "Tatis, ¿tú le pediste a la Virgen que viniera por mí?", a lo que respondí: "Sí", y ella contestó: "Gracias".

No me cabe la menor duda de que la Mariquita se fue con la Virgen y que está muy feliz en el cielo con Dios.

LA NEGACIÓN DE LAS RESPONSABILIDADES

Mi papá falleció varios años antes que María debido a que su hígado no resistió tanto alcohol. Nunca pudo resolver sus problemas con Ara porque para hacerlo habría tenido que dejar de tomar sus whiskys, pero nunca reunió la suficiente fuerza de voluntad para hacerlo ni quiso aceptar ninguna ayuda.

En una ocasión, estando él completamente noqueado, Ara y mis hermanos lo subieron al avión y lo llevaron a una clínica para alcohólicos en Arizona. Supusimos que ahí lo iban a curar y que en un tiempo razonable regresaría a la casa con un nuevo espíritu. Sin embargo, las cosas no funcionaron así, porque mi papá, en cuanto recobró la conciencia, se escapó de la clínica y nos regañó a todos por haberlo llevado ahí sin su consentimiento.

Antes de que mi papá y Ara se separaran, todos intentamos convencerlos de que pusieran más atención en mis hermanos.

—Ara —le reclamó Nacho aquella vez—. ¿Qué está pasando contigo? ¿No te das cuenta de que al casarte con mi papá heredaste también a sus hijos? ¿Mis hermanos menores necesitan atención y cariño! ¿María está enferma, a Santiago no lo han visitado nunca en el convento y Fernanda está sola en el rancho!

—Mira, Nacho —contestó ella—, lo siento muchísimo, pero yo

ya hablé con un sacerdote y me dijo que mi responsabilidad es tu papá, no tus hermanos.

Nacho intentó ablandar su corazón.

—Pero, Ara... Tú sabes que cuando te casas con un viudo que tiene hijos, adquieres responsabilidades con esos niños. ¡No puedes negarlo! ¡Cualquier persona sensata lo sabe!

—Por favor, no insistas, Nacho. Yo me casé con tu papá y nada más.

Mi papá falleció en la casa de mi abuela Carmen, mientras dormía. Marisuli, la esposa de mi tío Francisco, me avisó.

—Tatis, tu papá está muy enfermo y convendría que vinieras a visitarlo.

De inmediato organicé mi casa y a mis hijos y me trasladé a casa de mi abuela. Al llegar, me llevé una enorme sorpresa: mi papá no estaba enfermo, había fallecido. Entré a su recámara y contemplé la expresión de paz que había en su rostro. Luego me hincé cerca de su hombro unos momentos para despedirme de él y pedirle a Dios por el eterno descanso de su alma. En eso escuché la voz de mi abuela:

—¡Cómo de que Tatis está aquí! No quiero verla. No merece estar con su papá. ¡Ni Tatis ni Nacho! ¡Que se vayan inmediatamente!

—Doña Carmen —dijo Marisuli intercediendo por nosotros—, Tatis y Nacho son los hijos mayores de Ignacio. ¡Tienen todo el derecho de estar aquí! No puede exigirles que se vayan. ¡Es su papá el que murió!

Mi abuela estaba disgustada con nosotros porque desde hacía varios años Nacho y yo habíamos intentado, en vano, presionarlo para que dejara el whisky y se responsabilizara de sus hijos menores. No sé por qué mi abuela nunca nos apoyó. En lugar de eso, nos veía como enemigos de mi papá.

Cuando mi papá falleció, Ara andaba de compras en un centro comercial y no se enteró de inmediato de lo ocurrido. En aquel entonces todavía no estaban de moda los celulares.

—¿Ignacio ha muerto? —exclamó al enterarse—. ¡¿Y por qué no

me avisaron antes?!

—Pues es que andabas de compras y no teníamos forma de avisarte —replicó mi tía Ana, angustiada.

Ara se movilizó de inmediato y llegó a la casa de mi abuela Carmen en menos de lo que canta un gallo. Sin perder un instante, se dirigió a la recámara de mi papá y se puso a saquear el armario antiguo en el que él guardaba sus cosas. Tomó todo el efectivo que encontró, así como relojes y anillos, y luego se fue.

—¡Voy a ponerme ropa negra y al rato los alcanzo en Gayosso!

Todo esto ocurrió bajo la mirada complaciente de mi abuela Carmen, quien siempre había consecretado en todo a Ara sin pensar en sus nietos.

Desde que Ara se separó de mi papá, él le quitó la firma de las tarjetas de crédito y de las cuentas de cheques. Esto nos hizo suponer a mis hermanos y a mí que tal vez también la había dejado fuera del testamento.

—Ara —le dijimos durante el sepelio—, queremos que sepas que si mi papá te quitó del testamento, nosotros te daremos la mitad de lo que haya dejado para que puedas vivir tranquila.

—Muchas gracias —respondió ella—. Son ustedes muy amables.

Pero sucedió que mi papá le dejó todo a ella. No tuvo tiempo de cambiar su testamento.

—¡No se preocupen! —nos dijo Ara un día campechanamente—. Ya arreglé las cosas para que el día que yo muera ustedes hereden lo que quede.

Ara vendió el rancho que mi papá tenía en Colima, así como las demás propiedades que dejó. Dispuso de las cuentas bancarias de mi papá y del efectivo que había encontrado en el ropero antiguo. Sin embargo, fue a visitar a mi tío Francisco, que era abogado, para pedirle ayuda, porque no podía recuperar los dólares de las cuentas de mi papá en Estados Unidos.

—No te preocupes, Ara. Te ayudaré a recuperar ese dinero —repliqué mi tío—. Lo único que te pido a cambio es que destines una parte del dinero para María, que está enferma.

—¡Ni lo sueñes, Francisco! María es un castigo para sus hermanos por haber sido tan malos hijos.

Ara salió muy disgustada del despacho de mi tío. Luego nos enteramos de que uno de sus cuñados, esposo de Kit, su hermana mayor, le ayudó a recuperar los dólares de las cuentas americanas.

Yo, desde lejos, observé siempre la actitud de Ara sin poder comprenderla. Sin embargo, nunca le guardé rencor. Después de que mi papá falleció, intenté un acercamiento con ella. En varias ocasiones nos reunimos en restaurantes para comer o desayunar. Nuestra relación era más bien tensa, pero creo que las dos queríamos ser amigas.

Recuerdo una ocasión en que la invité a comer a mi casa. Ian y Ale se portaron sumamente secos con ella. ¡Qué difícil es sobreponernos a las actitudes que nos han dolido tanto! ¡Qué difícil es perdonar! Por mi parte, no creo que tengamos derecho de juzgar a nadie. Lo que hizo o no hizo Ara durante los catorce años que duró casada con mi papá, es un asunto exclusivamente entre ella y Dios, porque solamente Dios conoce su corazón y las intenciones que la motivaron a comportarse así. De manera que opté por perdonarla y por intentar jalarla de nuevo a nuestras vidas.

Un día sonó el teléfono. Era la persona que trabajaba con Ara en el negocio de los vestidos de novia.

—¿Señora Tatis? —dijo con voz insegura—. Yo trabajo con la señora Ara. Le llamo porque fíjese que la señora Ara está muy grave en el hospital.

—¡Pero cómo! —exclamé incrédula—. ¿Qué le pasó?

—No sabemos, señora, pero me parece que está en estado de coma.

Ara había llegado al hospital por su propio pie, porque se sentía mal del estómago y le dolía mucho la cabeza. A sugerencia de sus hermanas, se internó para que le hicieran análisis y así averiguara cuál era el problema.

Pobre Ara, un virus le entró al cuerpo y se le fue a la cabeza. Los médicos no pudieron hacer nada por ella.

Al llegar al hospital me enteré de que la tenían en terapia intensi-

va. Su hermana Kit me permitió entrar a verla. Se suponía que estaba en coma, pero cuando entré despertó y me reconoció.

—Ara —le dije cariñosamente—. Tienes que recuperarte y ponerte bien porque tenemos muchas cosas de qué platicar.

—Sí, Tatis, tienes razón —me respondió.

—Ya me voy para no cansarte, pero mis hermanos te mandan muchos saludos. Mañana vengo a verte otra vez.

Ara cayó en un coma profundo del que ya no despertó. Falleció pocos días después ante la mirada triste e impotente de su familia.

Efectivamente, había dejado un testamento en el cual nombraba herederos de sus bienes a sus cuatro hermanas, a mis hermanos y a mí, por partes iguales.

LA LLEGADA DEL AÑO JUBILAR

Mi papá murió, Ara murió y María murió. Mi vida seguía su curso bajo la mirada amorosa de Dios.

El modo de ser de Luigi había ido cambiando poco a poco. Continuaba teniendo arranques impredecibles de humor, pero mucho más leves y cada vez menos frecuentes. Se notaba que tenía más caridad en su trato con los demás y que había logrado controlar su carácter... Al menos en parte. Mis tíos, hermanos y primos se daban cuenta del cambio y lo comentaban conmigo. Creo que incluso su familia observó el cambio paulatino en su personalidad y, aunque nunca me dijeron nada, resultaba obvio que su relación con él era mucho mejor.

La Iglesia católica, a la que pertenecemos, anunció con bombo y platillo la llegada del año del Jubileo 2000, durante el cual sería posible obtener el completo perdón de los pecados mediante un sencillo ritual. A mí siempre me había preocupado que Luigi, aunque iba a misa conmigo todos los domingos, nunca comulgaba, así que saqué cita con el párroco de la iglesia, el padre Rogelio, y fui con Luigi, Ale

e lan a confesarnos. A partir de entonces Luigi volvió a comulgar.

lan terminó su carrera universitaria y comenzó a trabajar. Al mismo tiempo se especializó en finanzas e hizo una maestría también en administración. Ale se recibió de licenciada en relaciones internacionales y consiguió un trabajo en Nueva York. Los dos habían logrado desarrollar un carácter y una personalidad fuertes y su seguridad en sí mismos era indudable.

Luigi y yo estábamos preocupados de que Ale viviera en Nueva York, porque acababa de ocurrir el atentado terrorista contra las Torres Gemelas, pero ella no sentía el menor temor y disfrutaba su experiencia en Estados Unidos muy tranquila y quitada de la pena. "No voy a ser rehén de ningún terrorista", decía.

Un día, por teléfono, me dijo: "Mamá, fijate que estoy enamorada de un judío y anoche me propuso matrimonio". Yo no tenía nada en contra de los judíos, pero me preocupaba saber que ellos sí tienen prejuicios en contra de cualquiera que no sea judío, así que abordé un avión y me fui a conocer a Miguel.

Anduvimos juntos por todo Nueva York. Me trajeron para arriba y para abajo. Miguel me cayó muy bien y así se lo dije a Ale: "Mira, hijita, Miguel me cae muy bien, pero yo no soy la que se casará con él, ni la que tendrá hijos con él, ni la que vivirá con él. Tampoco soy yo la que tendrá una relación difícil con la mamá de Miguel, con su hermana y con su comunidad. Así que tú tendrás que tomar la decisión sola. Será una decisión muy tuya y muy personal. Sabes que tu papá y yo siempre te apoyaremos incondicionalmente".

Regresé a México y Ale comenzó a visitar a la Virgen María diariamente en la iglesia de San Patricio para pedirle que la iluminara.

"Madre Santísima, le rogaba yo, si tú sabes que esa relación no va a funcionar, por favor te ruego que les pongas obstáculos para que sus caminos se separen..."

Miguel decía que el hecho de tener religiones diferentes no tenía importancia, porque finalmente los judíos y los católicos compartimos el mismo Dios, y lo que en realidad importa es que amemos a ese

Dios incondicionalmente.

Sin embargo, Ale no se imaginaba cómo sería su vida sin enseñar a sus hijos el Avemaría y el Padrenuestro, y sin poder llevarlos a misa. Finalmente, después de mucho meditarlo, tomó la decisión de terminar su relación con Miguel. Un mes después regresó a México porque su contrato de trabajo en Estados Unidos había terminado.

POR QUÉ SOY CATÓLICA DE HUESO COLORADO

Durante el tiempo en que trabajé con Ferbi, tuve oportunidad de conocer gente que dejó la religión católica y se enroló en todo tipo de sectas. Me sorprendí al descubrir cuántos grupos religiosos predicán sus creencias en México: alrededor de seis mil.

Una amiga mía, vecina cercana, era cristiana evangélica e intentó convencerme de que me acercara a su religión. Me habló de todos los defectos y errores de la Iglesia católica, no sólo de los actuales, sino también de los pasados. Me recomendó libros que relatan un montón de historias horribles acerca de los sacerdotes, de los papas y de la Iglesia en general. Para rematar, me habló del error tan terrible en el que vivo por venerar a la Virgen María.

Para mí, sin embargo, el asunto era muy sencillo. Yo comparaba, y comparo hasta la fecha, la religión católica con una casa enorme y preciosa que mis hermanos, mis primos y yo hubiésemos heredado de nuestros abuelos. Esta casa es tan grande que todos cabemos ahí: cada quien tiene su recámara y su baño y todos vivimos ahí porque el lugar es bellissimo y muy valioso. Sin embargo, observo que algunos de mis primos y de mis hermanos descuidan mucho la parte que les tocó de la casa: no limpian, destruyen las cortinas, ensucian las paredes y los vidrios de las ventanas, hacen agujeros en el piso, organizan fiestas escandalosas, dejan todo tirado...

En esta hipotética situación yo tendría dos opciones: irme con mis cosas a otra casa para empezar una nueva vida, o quedarme

en la casa de mis abuelos y hacer todo lo que esté en mis manos para salvarla de mis parientes irresponsables y descuidados, ocupándome de que la pequeña parte que a mí me corresponde esté siempre limpia y ordenada, e intentando convencer a mis demás parientes de que se corrijan y modifiquen su actitud. Esto último es más difícil, claro, pero ¿qué es lo que mis abuelos querrían? ¿No se merecerían este esfuerzo mío para salvar su casa? ¿No es cierto que trabajaron muy arduo e hicieron muchos sacrificios para construirla?

Yo, como católica enamorada de Jesús, he optado por la segunda opción. ¿Por qué? Pues simplemente porque así como mis abuelos habrían construido aquella casa con muchos sacrificios y muchas ilusiones, así también Jesús, el Hijo de Dios, fundó la religión católica sacrificando para ello nada más y nada menos que su propia vida. ¿Quién fundó los Testigos de Jehová? ¿Quién fundó la cienciaología? ¿Quién fundó el cuarto camino y tantos y tantos otros grupos religiosos? ¿Quién fundó a bautistas, pentecostales, a los del séptimo día, a los cristianos? ¿Fue Dios, acaso? ¿Sería por casualidad el Hijo de Dios? No, estos grupos fueron establecidos por seres humanos iguales a mí.

Me siento triste al reconocer que a lo largo de la historia de la Iglesia católica ha habido, y continúa habiendo, muchos Judas modernos que siguen traicionando a Jesús con sus actitudes, sus declaraciones, su ambición de poder y de enriquecimiento, pero no me escandalizo. Los observo y los veo pasar sin inmutarme. ¡Allá ellos! A fin de cuentas no soy nadie para juzgarlos, porque solamente Dios conoce sus corazones y sabe las razones que los motivaron a actuar así. Yo nada más trabajo en lo poco o mucho que me corresponda como católica y trato de dar ejemplo mediante mis actitudes y mis palabras, lo mucho que amo a Jesús y lo muy agradecida que estoy con Él por las bendiciones recibidas y por el enorme sacrificio que hizo y que sigue haciendo por mí. Lo que hagan los demás no me interesa.

Otra cosa que no comprendo de las sectas es su desapego de

la Virgen María. ¡Yo la quiero tanto! ¡Me ha hecho tantos milagros! ¿Cómo es posible que no la quieran y que no la busquen? Si yo, siendo una mujer normal, común y corriente, acudo a mi hijo cuando necesito de su ayuda o cuando alguien más me lo pide, ¿cuánto más no hará por nosotros la Madre de Dios? Y si él atiende mis ruegos porque soy su madre y me quiere, ¿cómo es posible imaginar que Jesús no escuche las palabras de Su Madre?

Supongo que algunos no aceptan al papa porque quisieran que les dé luz verde para hacer lo que cada quien quiera. Yo me pregunto: ¿y si fuera Jesús el que estuviera delante de los que quieren que se autorice el aborto o el condón?

—Oye, Jesús —le dirían, tal vez mirándolo a los ojos—, fíjate que necesitamos que autorices el condón porque la gente no quiere embarazarse. Además, acuérdate de que hay muchas enfermedades horribles por todo el mundo, y la mejor manera de prevenirlas es con el uso del condón. Está el sida, por ejemplo, y las enfermedades venéreas...

Me imagino a Jesús devolviéndoles la mirada con un dejo de tristeza en sus ojos.

—A ver, hijos míos... Tienen ustedes un relajito terrible en el mundo. El desorden es total. Hay gays por todos lados, todos se acuestan con todos, la fidelidad ya no existe... ¡Eso no es lo que mi Padre quiere y por eso no puedo autorizarles el condón! Mi Padre desea que haya orden, que se respeten unos a otros, comenzando por respetarse ustedes mismos; que las parejas vivan su matrimonio con fidelidad, que los gays controlen sus instintos. Si autorizo el condón, ¡lo único que lograríamos es que la humanidad se hundiera más de lo que ya está! Claro que hay enfermedades, ¡ustedes mismos se las han buscado! Y los embarazos... ¡Ay, hijos míos! ¿Hasta cuándo van a comprender que la concepción de un bebé es un acto hermosísimo entre mi Padre y el hombre? Dios envía al mundo a sus hijos a través de los seres humanos. No se trata

de que ustedes tengan sexo por instinto, como los animales. Se trata de que la actividad sexual tenga el propósito divino de unir más al hombre y a la mujer como pareja, y de que a través de ellos mi Padre envíe a sus hijos al mundo. Por eso no les autorizo el condón, ni las pastillas anticonceptivas ni nada de esas cosas. Por eso también no puedo autorizar el aborto... ¡Estarían matando al bebé que mi Padre envía al mundo a través de ustedes! Esto no sería lógico, ¿verdad? Lo que en verdad se necesita es que controlen sus pasiones y vuelvan a vivir conforme a las leyes de mi Padre. Eso es todo.

¿A través de quién podría Jesús hablarnos así? ¿En quién podríamos confiar? Algunas personas me han dicho que les desagrada todo lo que rodea al papa. ¿Y por eso vamos a pasar por alto el hecho de que él nos transmite la voluntad de Dios? No lo creo. Yo soy católica, apostólica y romana no por la lista interminable de gente de la iglesia que se esmera en crucificar a Jesús una y otra vez (los nuevos Judas), sino porque Jesús fue el fundador de esta Iglesia, porque Él nos dejó a su Madre santísima para velar por nosotros y porque también fue Él quien nos dejó un representante para iluminar nuestro camino. Nada más.

He escuchado con tristeza a muchas personas a mi alrededor comentar que la Iglesia católica se está quedando cada día con menos adeptos a causa de su necesidad por no querer modernizarse, entendiendo por modernización aceptar el aborto, el condón, los matrimonios gay, etcétera. Esto me hace pensar que, a pesar de que la Iglesia católica tiene tantas fallas y tantos sacerdotes que dan un pésimo testimonio de su fe, en el fondo no ha perdido su verdadera y auténtica esencia, que es la de proteger y defender el mensaje de Jesús y sus valores más profundos. No importa si la Iglesia católica se queda con cinco adeptos, con tres o con uno. Este Uno dará verdadero testimonio de la presencia de Jesús entre nosotros desde hace más de dos mil años.

Yo respeto profundamente a todos los que profesan otra religión o que se han unido a las distintas sectas, porque comprendo que

en el fondo todos buscamos lo mismo: conocer y acercarnos más a Dios. Sin embargo, es imposible que personalmente deje de ser católica... Simplemente imposible.

LAS VUELTAS QUE DA LA VIDA

Las vueltas que da la vida... ¡Es increíble! De pronto, de la nada, me entero de que tengo cáncer. Y no cualquier cáncer, resulta que se llama melanoma y me informan que es uno de los más agresivos.

Un viernes sentí comezón en la pierna, unos dos o tres centímetros por arriba del tobillo exterior derecho. De inmediato pensé que me había picado una araña, porque Luigi construyó nuestra casa en una zona de la ciudad de México localizada al margen de un bosque, y continuamente se meten animalejos. Incliné la cabeza para ver qué tipo de roncha era y... ¡Sorpresa! La comezón no provenía de ninguna roncha sino de una peca que yo había tenido ahí desde mi infancia. Era una peca color café claro, plana y de forma irregular que nunca me había dado problemas. Me rasqué y se me quitó la comezón. Sin embargo, ese mismo día saqué cita con el dermatólogo para que me revisara.

El lunes por la mañana llegué puntual a mi cita.

—Tatis, lamento decirle que esto no es un lunar... Más bien se trata de un tipo de cáncer de piel que necesita atender un oncólogo.

—¡No me diga, doctor! ¿Y qué tan urgente es esto?

—Le sugiero que se atienda lo más pronto posible.

Ese mismo lunes, por la tarde, Luigi me acompañó a ver al oncólogo.

—Señora, efectivamente, se trata de un melanoma. Tendremos que hacer una biopsia para ver qué tan avanzado está el problema.

—Dígame, doctor —repliqué—, ¿por qué me salió este melanoma?

—Pues mire, éste es el resultado de haberse asoleado en exceso

durante su niñez y su juventud, porque la radiación del sol no se elimina: se retiene, y tarde o temprano brota en forma de este tipo de cáncer.

Resulta que el melanoma tiene cinco niveles de gravedad. Cuando llegas al quinto, te desahucian. La biopsia confirmó que yo estaba en el cuarto, ni más ni menos.

Programaron la operación para quince días después, porque antes había que hacerme otros estudios: radiografías, tomografías, ultrasonidos, análisis de sangre, electrocardiograma... Yo aproveché para ir a confesarme con el padre Ángel y para que me aplicara los santos óleos. Recuerdo que la confesión duró más de una hora y, cuando ya me iba, le pregunté al padre:

—¡Padre! ¿Y la penitencia? ¿Qué no me va a poner ninguna penitencia?

—¡Ahhh! Sííí... —contestó el padre Ángel pensativamente—. Tu penitencia va a ser escribir todo lo que me contaste.

“Nooo, pues mira qué lindo padrecito —pensé con ironía—. ¡Me está pidiendo nada menos que la redacción de mi autobiografía!” He aquí el origen de la presente historia, en la que he tenido que narrar cosas que hubiese preferido callar, pero que tuve que relatar para cumplir con la solicitud del padre.

En estos días previos a la operación, decidí también hacer mi testamento, porque la casa donde vivimos está a mi nombre y no me pareció prudente dejarles problemas a Luigi y a mis hijos: la mitad de la casa sería para Luigi, y la otra mitad, que me correspondía a mí, la puse a nombre de mis dos hijos por partes iguales.

El día de la operación, minutos antes de partir hacia el hospital, platicué unos momentos con Jesús, postrada ante el altar frente a mi cama.

“Señor mío y Dios mío, a partir de este momento me abandono completamente en tus brazos para que se haga en mí Tu voluntad. Te ofrezco mi vida, mis molestias, mis dolores y mis preocupaciones por las intenciones de la santísima Virgen María, tu dulce y santa Ma-

dre, y por las del papa Juan Pablo II. También por la salvación de mi esposo, de mis hijos y de mis hermanos, y de sus futuras familias y descendientes, y por todos mis amigos y amigas que están preocupados por mí. Oh, Señor bendito, sé que mi familia, mis hermanos y mis amigos van a pedirte mucho por mi salud. Sin embargo, te ruego que por favor tomes todas esas oraciones y las apliques para devolverle la salud a alguna mujer más joven que yo, que padezca esta misma enfermedad y que tenga hijos pequeños que todavía la necesitan.”

Nacho, Santiago y Fernanda insistían en llevarme a Estados Unidos para consultar la opinión de los médicos americanos. No creí necesario hacerlo, porque la salud no depende del médico ni de las medicinas, sino de la voluntad de Dios, pero ellos estaban tan preocupados que accedí a hacer lo necesario para tranquilizarlos. Sin embargo, la operación era urgente y no disponíamos de tiempo suficiente para contactar a un especialista y organizar el viaje, así que decidimos que me operaría en México y, posteriormente, viajaríamos a Houston para que los médicos de allá nos confirmaran que todo se había hecho bien.

Se siente muy extraño que te digan que tienes cáncer y que te tienen que operar de urgencia, cuando no sientes ningún dolor ni molestias. Yo fui al hospital como si me llevaran a visitar un museo.

El día de la operación mis hermanos, mis hijos y Luigi estaban ahí. Vi sus rostros angustiados y sentí pena por ellos: ¡jamás hubiese deseado ser yo la causante de tanta tristeza entre las personas que más amo en el mundo! Sin embargo, yo me había refugiado en el corazón de Jesús y me sentía completamente tranquila y en paz.

Me quitaron el tumor de la pierna y también los ganglios linfáticos de la ingle derecha porque había metástasis. La pequeña peca que tenía cerca del tobillo se convirtió en un enorme agujero parecido a cuando le das una mordida a una pierna de pollo. Tuvieron que quitarme piel del estómago para aplicar un injerto. La herida de la ingle quedó larga como un ciempiés, pero no me preocupé mucho, porque tengo una cicatrización muy buena. Fue por aquellos días

cuando falleció mi querida tía Con... también a causa de un melanoma.

Fui a mi casa a recuperarme. Parecía que me había atropellado un tráiler. Me sentía como en las nubes, toda mi familia y mis amigos me rodearon de cariño y de atenciones. Luigi se portó conmigo como un príncipe azul. Yo me dejé consentir sin ningún remordimiento.

En cuanto tuve las fuerzas suficientes, mis hermanos me llevaron a Houston para consultar la opinión de un especialista en melanoma. Ale me acompañó.

—Mire, señora —dijo el especialista hindú en un inglés perfecto—, usted tiene un melanoma avanzado. Le sugiero que se quede en Houston para someterla a un tratamiento intensivo a base de Interferón de veinte millones de unidades cada ocho horas, combinado con aplicaciones de quimioterapia, todo lo cual le administraremos durante la primera semana de cada mes, durante tres meses. Las tres semanas restantes de cada mes usted se quedará en un hotel cercano al hospital o, si lo prefiere, en un departamento, para que tome usted los medicamentos que complementan el tratamiento.

—Doctor —pregunté—, ¿cuántas probabilidades hay de que me cure?

—Si se atiende con nosotros, le ofrezco quince por ciento de probabilidades de que sobreviva un año. Si regresa a México, mucho me temo que tendría usted el cero por ciento.

Escuché al doctor del hospital St. Luke como si me estuviera relatando la trama de la última película de Mel Gibson, pero observé que Ale y mis hermanos tenían cara de funeral. Esta experiencia me permitió darme cuenta de que, al menos en mi caso, la familia sufre mucho más que el enfermo cuando te dan este tipo de noticias.

El doctor Eduardo Maafs, que me operó en México, me había ofrecido diez por ciento de probabilidades de curación siguiendo el tratamiento en mi país.

—¡Tatis! —me dijo Nacho muy serio—, creo que debes quedarte en Houston para el tratamiento... ¡Aquí te dan quince por ciento de probabilidades, mientras que en México sólo te dan diez!

—Pues sí, Nacho, pero la verdad es que un cinco por ciento de diferencia no es nada, y yo preferiría estar en mi casa y con mi familia en los meses difíciles del tratamiento.

—¡Un cinco por ciento americano equivale a un cincuenta por ciento, porque los gringos están mucho más avanzados en cuestiones médicas! Además, si lo estás pensando por el dinero, tú sabes que entre todos te apoyaremos.

—¡Estoy de acuerdo con Nacho! —exclamó Santiago—. No te preocupes por el lugar donde vivirás, porque te puedo conseguir un departamento aquí sin ningún problema. Además, todos nosotros nos turnaremos para venir a cuidarte durante el tiempo que tengas que quedarte aquí.

Ale casi no opinaba. Lloraba y lloraba. Mi pobre chiquita; nunca hubiera pasado por mi mente causarle una pena tan grande.

“Señor mío y Dios mío, haré todo lo que esté en mis manos para curarme, porque tal vez ésta sea Tu voluntad y porque quiero que mi familia crea y sienta que estoy haciendo todo lo posible por curarme del cáncer, es decir, que no me doy por vencida. Sin embargo, mi vida ya no me pertenece, es Tuya desde aquel día en que te la ofrecí, cuando me operaron la primera vez, así que no se haga mi voluntad sino la Tuya. No creo que Tú estarías de acuerdo en meter a mis hermanos en tantas dificultades, ni tampoco en que yo aceptara tratamientos que mi esposo no puede pagar. Estoy segura de que mi Madre santísima seguiría el tratamiento que su esposo José pudiera pagarle y se pondría enteramente en Tus manos para que se hiciera Tu voluntad.”

Miren, dejen de angustiarse por mí. Finalmente el que devuelve o no devuelve la salud a los enfermos es Dios. No tiene nada que ver si lo hará por medio de un médico mexicano o por medio de uno americano. Si Él quiere que recupere la salud, me curaré, pero si Él no quiere posponer la cita que tengo con Él, ¡pues entonces tendré que acudir a ella sin pretextos ni demoras, porque así me vaya a

Plutón, el melanoma volverá! Les agradezco mucho todo su apoyo, su cariño y su preocupación, pero creo que llegó el momento de que volvamos a nuestra vida normal. Ustedes regresen a sus familias, a sus trabajos y a sus actividades co-tidianas, y yo volveré a las mías; ya no nos preocuparemos más del cáncer, porque está en el corazón de Jesús lo que suceda conmigo.

Así fue como, a los dos meses de la operación, comencé el tra-tamiento en México. Resulta que el melanoma no responde a la quimioterapia tradicional ni a las radiaciones, así que el doctor Maafs me propuso someterme a un tratamiento experimental a base de inyecciones de Interferón de cinco millones de unidades cada tercer día en el estómago y vacunas de BCG en la espalda ca-da mes, durante seis meses... Y yo acepté.

“Jesús bendito, te ofrezco este vía crucis como una mínima re-tri-bución a todo lo que tú has padecido por mí...”

A partir de la primera inyección en el estómago me imaginé que no era nada comparado con lo que Él había sentido cuando le clavaron los clavos en las muñecas y en los pies, y me resultó su-mamente fácil seguir el tratamiento. Aprendí a inyectarme yo sola para no molestar a nadie, y cada mes iba a consulta con el fin de que el doctor Maafs me pusiera las vacunas en la espalda. La combinación del Interferón con las vacunas del BCG me provocó una reacción muy fuerte y tuve altas temperaturas, dolores intensos de cabeza, un cansancio agotador y unos fríos que me hacían temblar incontrola-blemente. En mi espalda, cada vacuna representó cuatro agujeritos que supuraban y que había que cuidar para evitar infecciones. Sin embargo, y a pesar del agotamiento, encontré las fuerzas y el ánimo suficientes para bordarle a Ale un juego completo de manteles y servilletas para cuando le llegara el momento de casarse.

Todo iba bien, hasta que se me inflamó el cerebro. Me explicaron que mi organismo no toleró los medicamentos tan fuertes y reaccio-nó en esa forma. Fui a dar otra vez al hospital durante una semana... Así se vio interrumpido súbitamente el tratamiento cuando faltaban

únicamente quince días para que concluyera. En mi espalda quedaron las marcas de los veinte hoyitos del BCG.

Esta vez me internaron en el hospital de Oncología, que pertenece al sistema del Seguro Social mexicano. Estar en este hospital fue para mí una experiencia nueva, porque me instalaron en la única cama disponible que había: en el piso de la gente desahuciada. En varias ocasiones anteriores yo había estado en hospitales privados: cuando nacieron mis hijos, cuando me quitaron la matriz o cuando me operaron de fístulas en las arterias; incluso cuando el doctor Maafs me quitó el lunar del tobillo y los ganglios linfáticos. Pero todas aquellas veces fueron para mí como vacaciones en el hospital. En cambio, ahora me tocó ver de cerca el dolor profundo que experimentan las personas cuando padecen una enfermedad tan terrible como el cáncer.

Además, al ser un hospital del Seguro Social, la mayor parte de los pacientes eran personas de condición muy humilde. Me sorprendí al ver que había algunos que no tenían familia: nadie los visitaba y nadie los consentía. Enfrentaban su enfermedad en la soledad más triste del mundo.

“Gracias, bendito Padre mío, porque me has rodeado de personas que me quieren tanto. Gracias porque no estoy sola. Gracias porque permites que mi Ángel de la guarda y mi Madre santísima estén conmigo todo el tiempo. Te ruego que tengas piedad de estas personas que, como yo, se enfrentan con esta enfermedad, pero ellas lo hacen solas. Permíteles encontrar compañía y consuelo en tu Sagrado Corazón.”

Todas las mañanas después de desayunar, y todas las tardes antes de dormir, bajaba de mi cama y, sosteniéndome del tripié del que colgaba el suero, hacía una ronda por el piso visitando a los enfermos y a sus familiares. A cada uno lo abracé y lo besé. Con cada uno conversé, reí y lloré. Con ellos compartí los dulces, chocolates y galletas que mi familia me llevaba de regalo. Además, recuerdo que yo tenía un bote de crema para piel seca que desfiló por todas las camas del piso: con esa crema unté las manos y los pies de los en-

fermos mientras platicábamos de las novelas de moda, de charrería o de las metidas de pata de los políticos.

Recuerdo que la tarde anterior a que me dieran de alta, entré al cuarto de una señora que tenía la cabeza vendada y que parecía estar dormida. Su hijo estaba con ella. Me incliné sobre su mejilla y le di un beso.

—¿Cuándo la operaron? —pregunté en voz baja.

—Ayer por la tarde —me respondió él.

Comencé a rezar un Avemaría al oído de la señora.

—No puede escucharla —dijo de pronto el joven con lágrimas en los ojos.

Comprendí entonces que a la señora le habían quitado el ojo, el oído y parte de su cerebro. Puse mi mano en su espalda y comencé a acariciarla. Ella intentó abrazarme, pero noté que no tenía control de sus movimientos.

—¿Usted cree que le moleste que le sobe su espalda? —pregunté.

—No lo creo; al contrario. Lleva tanto tiempo en la misma posición, que seguramente le agrada lo que usted le está haciendo.

“Gracias, Jesús, porque mi operación fue sencilla. Gracias porque no perdí el oído ni la vista ni el habla. Gracias porque puedo pensar con claridad.”

Antes de salir de aquella habitación abracé al hijo de la señora. A la mañana siguiente me enteré de que la señora había fallecido en el transcurso de la noche.

Fue en esa época, unos días antes de que me internaran por tener el cerebro inflamado, cuando tuve un pleito muy triste con una de mis primas con motivo del testamento de mi tía Con.

Todo sucedió porque los meses pasaron tras el fallecimiento de mi tía y no teníamos noticias de su testamento, el cual estaba en poder de mi prima Karla y nadie se atrevía a pedirselo por temor a sentimientos o pleitos.

Mis tías mayores sabían que Con, por haber sido soltera durante toda su vida, había redactado su testamento a favor de sus hermanas

vivas, ya que la herencia en cuestión provenía de sus abuelos y de sus padres. Sin embargo, Karla se pegó mucho a mi tía Con durante los últimos años de vida; la llenó de atenciones y de halagos y, de alguna manera, le fue metiendo en la mente la idea de que todos éramos muy malos porque casi no nos ocupábamos de ella, lo cual no era cierto. Fue tal la presión y la insistencia de Karla sobre mi tía Con, que finalmente, creo, sintió comprometida con Karla y cambió su testamento a su favor.

Esto me pareció completamente injusto con mis otras tías mayores. A mí, en lo personal, la herencia no me interesaba, puesto que mi mamá ya había muerto y ni mis hermanos ni yo teníamos derecho a nada, pero me sentía indignada por la forma en que habían sucedido las cosas.

De manera que en una reunión de primas que hubo en mi casa, cuando Karla nos trajo un documento legal relacionado con la venta de una propiedad en la colonia Condesa que era necesario que las demás firmáramos, me rehusé a hacerlo y le pedí a Karla que nos mostrara el testamento de Con.

Esto bastó y sobró para que, en un desplante de inmadurez emocional, saliera de mi casa muy ofendida, dejándome de hablar definitivamente. Fue tal su indignación, que a los pocos meses se casó su hija mayor y a los únicos primos que no invitó a la boda fue a mis hermanos y a mí, siendo que mis hermanos no tenían ninguna culpa de lo sucedido.

“Señor, Dios mío, la tía Con cuidó y atendió a las tías Olavarría durante sus años de vejez y jamás pidió nada a cambio: ‘Lo que hace tu mano derecha no debe conocerlo tu mano izquierda’... ¿Por qué Karla ha tenido estas actitudes y estas reacciones? ¿Por qué piensa solamente en ella y tiene estos desplantes? ¿Por qué cree ser merecedora de una herencia que no le corresponde? Yo te ofrezco, Señor, cambiar mi actitud hacia ella y dejar todo en Tus manos para que las cosas se resuelvan según Tu voluntad, porque sólo Tú conoces el corazón de Karla y sólo a ti te corresponde juzgarla.”

Ofrecí disculpas a Karla en un intento porque la paz volviera a la familia, y le dije que de ahora en adelante le firmaría todos los documentos que me presentara. Finalmente ella, aunque con remilgos y todo, me entregó una copia del testamento de la tía Con, mismo que hice llegar a mis tías mayores para su tranquilidad.

La relación entre Karla y yo no ha vuelto a ser la de antes, pero por lo menos ya nos vemos en las reuniones de la familia sin que ella me voltee la cara. Yo a ella la trato como si nada, pero ella no ha vuelto a tratarme igual.

La inflamación del cerebro fue horrible porque perdí gran parte del control sobre mí misma: no podía caminar derecho, no atinaba a llevarme la comida a la boca, no podía bañarme bien, mis reflejos eran exagerados... ¡Un desastre!

Cuando regresé a mi casa me sentía muy abatida. Me atormentaban los dolores de cabeza y la tos. Luigi (san Luigi mártir) tuvo que llevarme al hospital para que me hicieran tomografías, porque existía el temor de que el melanoma pudiera haberse extendido a los pulmones o al cerebro.

Nada de eso... Los estudios salieron completamente limpios y me dieron de alta.

—Mire, señora, ya no tiene usted nada. Las tomografías y los análisis salieron perfectos. Váyase a su casa y vuelva a hacer su vida normal. La esperamos dentro de tres meses para hacerle su primera revisión periódica. “¿Que qué? —pensé—. ¿Estoy soñando o qué? ¿Pues no que estaba yo tan grave?”

“Señor mío y Dios mío, esto es cosa tuya, indudablemente. Te agradezco infinitamente el milagro tan maravilloso que has hecho en mí y te agradezco mucho que me des un poco más de tiempo para disfrutar a mi familia, a mis amigos y la naturaleza... Pero no olvides que mi oferta sigue en pie para que tomes mi vida a cambio de la de otra mamá con hijos pequeños. Bendito y alabado seas, Padre querido, por los siglos de los siglos.”

En cuanto dejé de inyectarme el Interferón y de aplicarme las

vacunas, mi organismo comenzó a recuperar las fuerzas. Cada día me sentía mejor y con más entusiasmo. Recuperé el peso perdido y mi pelo y mis uñas se fortalecieron; poco a poco los dolores de cabeza y la tos fueron desapareciendo hasta que volví a ser yo misma. Cuando te enfermas de una cosa tan seria, sientes como si te bajaras de la rueda de la fortuna y te apartaras del resto del mundo, y cuando te dan de alta es difícil volver a subirte a ella y recuperar el ritmo que llevabas antes de enfermarte. Dicen los médicos que tardaré un año más en eliminar todo el medicamento, pero no me importa. Me siento feliz de estar viva y le pido a Dios que ilumine mi camino para hacer Su voluntad. He recuperado mi vida normal, he vuelto a escribir y quiero comenzar a trabajar nuevamente de tiempo completo.

Les pido a todos los que rezaron por mí que me ayuden a dar gracias a Dios por el milagro tan maravilloso que me hizo al curarme, porque yo nunca le pedí por mi salud, es decir, Él hizo el milagro a todos los que se lo pidieron en mi nombre.

También le doy gracias a Jesús por concederme un tiempo más de vida. Cada mañana veo el sol al amanecer, escucho los ladridos de los perros de los vecinos y a mis hijos preparándose para ir a trabajar, y me doy cuenta de lo afortunada que he sido durante toda mi vida al contar siempre con el amor y la presencia de mi Padre que está en el cielo. Él me apoyó enviándome a un maravilloso Ángel de la guarda que siempre ha estado conmigo, en las buenas y en las malas, y la presencia de mi Madre santísima, sin cuyo consejo seguramente me habría desviado del camino hace mucho tiempo.

No sé cuánto tiempo más viviré. Me han dicho que el melanoma es incurable y que es sólo cuestión de tiempo para que regrese; no lo sé ni me interesa. Por lo pronto, el día de hoy estoy curada. Hoy no tengo molestias ni dolores. Hoy me siento completamente bien y feliz. Hoy puedo disfrutar a mi familia y a mis amigos. Hoy puedo trabajar en lo que Dios me mande...

“Señor mío y Dios mío, Tú sabes que no tengo miedo de morir. Si tú y tu Madre santísima brincaron ese charquito... Si mi mamá,

mi papá, la Mariquita, mi bebé y Juan Pablo también lo brincaron... Si tantas personas a las que tanto he amado lo han brincado ya, ¿por qué habría yo de temer brincarlos? Al contrario, anhelo cumplir cuanto antes con todas las tareas que Tú me asignes para alcanzarte donde quiera que estés y expresarte mi amor y mi agradecimiento en persona. Porque, ahora que contemplo mi vida en retrospectiva, me doy cuenta de que Tú siempre estuviste a mi lado para animarme, para orientarme, para consolarme y para motivarme. Ahora comprendo que todas las experiencias que viví fueron pruebas en las que Tú estuviste presente para ayudarme a madurar y para comprobar qué tanto te quiero y qué tanto confío en ti. Espero, Señor, no haberte fallado. Espero haber cumplido con tus expectativas. Te ruego que perdones los errores que, como humana, cometí, y que comprendas que nunca tuve la intención de ofenderte ni de lastimarte... Las veces que caí fue por mi condición humana, que tanto trabajo me ha costado superar. Gracias, Padre mío, por todas las bendiciones recibidas durante mi vida. Gracias por mi esposo Luigi, por mis hijos Ian, Ale y Geri, por mis hermanos Nacho, María, Santiago y Fernanda. Gracias por la familia que me diste y por las amistades que enriquecieron mi vida. Gracias por haber conducido mis pasos en los momentos de mayor oscuridad. Gracias porque nunca me dejaste sola. Te quiero, Señor, y espero amarte, alabarte, bendecirte y servirte por toda la eternidad. Amén."

EL COLOR DEL INFIERNO

Hoy es domingo por la tarde y me estoy dando un baño de tina. El agua caliente me encanta y me relaja mucho. Mañana lunes iré a trabajar normalmente y por la noche tendré mi cita periódica de cada cuatro meses con el doctor Maafs.

Hace dos años que recuperé mi vida, después de que tuve que interrumpir el tratamiento con Interferón al inflamarse mi cerebro.

Estos dos años los he vivido intensamente, trabajando y disfrutando de mi familia día a día.

Mientras me doy un ligero masaje en la pierna operada, observo una manchita de color azul marino que me salió en la cicatriz de la ingle, donde me quitaron los ganglios linfáticos hace dos años... "Parece como una venita de várice", pienso sin darle mayor importancia.

El lunes llego con el doctor Maafs y le digo que me he sentido de maravilla. Él me revisa cuidadosamente.

—¿Y esto? —pregunta repentinamente al descubrir la manchita azul.

—¡Ahhh! Me salió una venita, doctor.

—¡Esto no es una venita! Es el melanoma que ya regresó.

—¡No me diga, doctor! ¿Y ahora qué hacemos?

—Bueno, pues la quimioterapia no funciona en su caso, pero tal vez las radiaciones sí. Quiero que vaya a ver a un radiólogo especialista en melanoma para que nos dé su opinión. En todo caso, opino que lo mejor sería aplicar un sistema de cacería, que consiste en ir quitando los puntos de melanoma en cuanto aparezcan, para no perder el control.

—¿Y si volvemos al Interferón? —pregunta Luigi muy consternado.

—El Interferón ya no es viable en el caso de Tatis, porque su cerebro no lo toleraría. Vamos a ver qué dice el radiólogo y, mientras tanto, hay que quitar este melanoma.

Ese mismo día saco la cita con el radiólogo recomendado por el doctor Maafs y al día siguiente vamos Luigi y yo al hospital de Oncología para que los médicos del Seguro Social me revisen el puntito azul y programen la operación.

—Efectivamente, señora —me dicen los médicos del Seguro Social—, el melanoma ha regresado. Se lo quitaremos de inmediato y, por favor, vaya a consultar la opinión de nuestros especialistas en quimioterapia y radioterapia para decidir el siguiente paso.

El doctor Maafs puede quitarme el nuevo melanoma sin ningún

problema en el hospital privado donde él atiende a sus pacientes. Sin embargo, no quiero agobiar a Luigi ni a mis hijos ni a mis hermanos con gastos innecesarios, así que prefiero operarme en el hospital de Oncología, donde no me cobran nada. He descubierto que la familia entera se angustia mucho cuando uno de sus integrantes se enferma de algo tan serio como el cáncer, y to-dos se esmeran en procurar al enfermo toda la ayuda médica posi-ble, sin importar lo que cueste. Supongo que se sienten agobiados y desesperados ante la imposibilidad de curar al paciente y piensan que es su deber hacer hasta lo imposible por brindar al enfermo cuanto recurso médico esté a su alcance... o fuera de él. Esto me parece totalmente injusto y fuera de toda lógica, sobre todo si se cuenta con la posibilidad de obtener atención médica de prime-ra calidad, como era mi caso, a través del Seguro Social.

“Virgencita mía, por favor ilumíname. Necesito fuerzas y valor para enfrentar esta nueva etapa de la enfermedad. Ayúdame a ser centrada, ubicada y madura a la hora de tomar las decisiones que se aproximan, te lo ruego.”

El radiólogo que me recomendó el doctor Maafs quiere que me hagan un estudio muy caro llamado PET. Nos explica que es lo más nuevo en el mundo para investigar si hay células cancerosas en el cuerpo. Dependiendo del resultado, decidirá si vale la pena aplicarme radiaciones en la pierna o no, porque existe la posibilidad de que el melanoma se haya extendido a algún otro órgano interno del cuerpo, en cuyo caso las radiaciones en la pierna serían inútiles.

—¡Olvídalo, Luigi! No pienso hacerme un estudio tan caro, que a la mejor ni siquiera sirve de nada.

—Tatis, por favor, no seas necia. Esto es lo que necesita el doctor para tomar decisiones... ¡Tienes que hacértelo! El costo no importa, te lo aseguro...

—No, no me lo voy a hacer y punto. Por favor, no insistas, Luigi. Seguiré las instrucciones de los médicos del Seguro Social, y a ver qué pasa.

Tienen que quitarme una considerable cantidad de piel del mus-

lo derecho, porque aquel punto azul se multiplicó rápidamente en cuestión de días. Este tipo de operaciones las practican en el área de consulta externa del hospital de Oncología y no requieren hospitalización. Me acompañan Luigi, Ale y Gil, mi candidato a yerno. Ian no pudo ir porque el trabajo se lo impidió.

El médico que me va a operar es muy joven y yo me pregunto si habrá terminado la carrera de medicina. Comienza la operación y todo va bien. De pronto comienzo a sentir que la navaja corta mi piel.

—Doctor... me está doliendo...

—¡Ay, disculpe! ¡Enfermera, tráigame otra jeringa con anestesia! El doctor sigue cortando.

—¡Doctor, me duele mucho!

—Ahorita le pongo más anestesia.

La operación dura más de hora y media y siento todo lo que me hacen. Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin que pueda evitarlo.

“Señor mío y Dios mío, te ofrezco todo este dolor por Luigi, por Ian y por Ale, y por sus futuras familias y descendientes. También por mis hermanos, por mis sobrinos y por mis primas y mis amigas... Acepta todo este sufrimiento a cambio de la salud de to-dos ellos. Mándales hijos, nietos y bisnietos sanos física, mental, espiritual y emocionalmente...”

Salgo de la operación muy cansada y emocionalmente agotada. Mi familia me lleva a mi casa y ahí me relajo y descanso.

Mis tías Ana y Blanca, hermanas de mi papá, me traen hierbas y aceites para combatir el cáncer, los cuales me aseguran son muy efectivos... “Si no me hacen bien, tampoco me harán mal”, pienso, y comienzo a tomármelos con toda puntualidad.

—Tatis —me dice mi prima Pita—, quiero que vayas a ver al hermanito... ¡Ha curado de cáncer a muchas personas! Total, ya en la situación en la que estás, no pierdes nada viéndolo. Dile a Paty que te lleve. Ella sabe dónde está.

“Virgencita mía, no creo en nada de estas cosas: los hermanitos, los brujos, las piedras, los toques eléctricos... ¡Tanto fraude que hay

en este mundo! ¡Tanta gente que abusa de la desesperación e impotencia de los enfermos desahuciados! Ayúdame, te lo ruego, a no perder la objetividad. Ayúdame a ser realista y centrada. Ayúdame a ser fuerte para no caer en la tentación de someterme a tratamientos y operaciones que de antemano sé que no me servirán. Ayúdame a confiar plenamente en mi Padre que está en los cielos y a aceptar Su voluntad...”

Frente a mi familia y amigos me he mantenido firme en mi postura de no recibir o someterme a tratamientos raros o ilógicos. No he aceptado que mis hermanos me vuelvan a llevar a Houston ni he ido a ver a médicos recomendadísimos que sé que no podrán aportar nada nuevo a mi situación actual. Para mí, es suficiente con la opinión y la experiencia de mi querido doctor Maafs y con la de todos los médicos oncólogos que me atienden en el hospital de Oncología. Es difícil que la gente comprenda que la muerte es parte de la vida y que todos, ya sea más pronto o más tarde, moriremos.

En lo personal veo la muerte como una parte fundamental de la vida. De hecho, no comprendo la vida sin la muerte y, por supuesto, no le temo. Para mí, morir es como si Bill Gates hubiera sorteado un viaje alrededor del mundo con todos los gastos pagados, y yo me lo hubiera ganado. Me sentiría nerviosa y atemorizada, porque me han explicado que el viaje durará varios años y, durante ese tiempo, no podré ver a mi familia. Me da miedo perderme o que no me alcance el dinero. ¿Qué tal si pierdo mi pasaporte?, ¿qué tal si no entiendo el idioma? Pero, por otro lado, la idea de la nueva y emocionante aventura me atrae. ¿A dónde iré? ¿Qué lugares nuevos conoceré? ¿A quiénes veré? ¿Cómo será Dios?

Yo quisiera que mi muerte no causara tristeza en nadie. Quisiera que se sintieran emocionados por mí y que me desearan un buen viaje, como cuando vas al aeropuerto a despedir a un ser querido que sabes que está a punto de iniciar una gran aventura.

Sé que es difícil pedirle esto a una hija tuya que te va a necesitar tanto en los años por venir... Cuando se case, cuando nazcan sus

bebés, cuando tenga que enfrentarse a las adversidades de la vida... Yo, que perdí a mi mamá a los diecisiete años, lo sé mejor que nadie.

También sé que es difícil pedirle esto a un hijo que te ama profundamente y con el cual te sientes muy identificada.

Y ni qué decir de mis hermanos y hermana, para los cuales intenté ser, guardadas las debidas proporciones, la madre que tanto nos faltó.

Y mi Luigi, ¡mi querido Luigi! Ojalá que supere pronto mi ausencia y encuentre a otra persona con quien compartir los años que le queden de vida.

En vista de que toda mi familia está tan angustiada porque prácticamente me han desahuciado, decido darles gusto y acepto ir a ver al famoso hermanito. Observo que todos se tranquilizan porque sienten que no me doy por vencida y que accedo a someterme a tratamientos de medicina alternativa.

Mi prima Paty me lleva, a las nueve de la noche, en medio de un fuerte aguacero a una casa en Coyoacán que se ve vieja y descuidada. Entramos al garaje, donde un ciento de personas de todas las edades aguardan la llegada del hermanito: algunas están sentadas en sillas plegadizas y otras están de pie, recargadas contra la pared. Hay bebés, niños, ancianos... Un foco que cuelga del techo mediante un cable negro ilumina el recinto.

Mi conversación con Paty se ve interrumpida por la llegada de un hombre grande que pide silencio y comienza a hablar.

—El hermanito —nos explica—, está por llegar. En cuanto llegue se apagarán las luces y se encenderán las velas porque a él le molesta la luz. Voy a pedirles que se abstengan de hablar y que muestren absoluto respeto por la sensibilidad del hermanito. Porque han de saber que el hermanito es en realidad el espíritu de Cuauhtémoc que ha llegado hasta nuestros días para curar a los enfermos. (“¿Cuauhtémoc era médico? —pienso yo—. ¡No lo sabía!”) Por favor, cuando estén frente a él, deben saludarlo diciendo: “En el nombre de Jesucristo, yo te saludo”, o “En el nombre de mi Padre, yo te saludo”. En seguida explíqueme la razón de su visita. Les pido que no crucen los brazos

frente a ustedes porque el hermanito puede ver a través de sus cuerpos, y los brazos le estorbarían un po-co. Si el hermanito considera que puede curarlos, les pedirá que pasen con sus asistentes para recibir más instrucciones. En caso de que necesiten una operación, deben saber que el hermanito realiza las operaciones quirúrgicas con la ayuda de otros espíritus aztecas en un quirófano del futuro que se ubica dentro de esta ca-sa. Ustedes no podrán ver a los espíritus aztecas ni tampoco los instrumentos quirúrgicos del futuro, porque carecen de ojos debidamente entrenados. En estas operaciones no es necesario abrir los cuerpos de los pacientes porque, como ya dije, se trata de pro-cedimientos sumamente avanzados.

En eso se apagan las luces y alguien enciende las pocas velas que hay, diseminadas por aquí y por allá.

—Ahora el hermanito comenzará la consulta. Van a pasar en or-den, conforme a la ficha que se les entregó al llegar, primero los bebés, luego los niños, luego los hombres y por último las mujeres, en ese orden. Esto se debe a que el hermanito debe aplicar distinta sensibilidad en cada caso. Por favor, los familiares y acompañantes permanezcan sentados aquí. Sólo a las personas incapacitadas se les permitirá entrar con un acompañante.

Me formo en la cola y trato de memorizar el saludo que debo dar al hermanito. Cuando llego frente a él, lo saludo sin equivocarme, pero olvido el asunto de los brazos. Cuando estaba a la mi-tad de mi discurso sobre el melanoma, me acordé de los brazos y los dejé caer a lo largo del cuerpo.

—Señora —dice el hermanito cuando termino de hablar—, pase con mis asistentes. Veremos qué puedo hacer por usted.

Me pasan a otro cuartito iluminado con luz de focos norma-les. Me deslumbro. Un señor me dice que pase a su escritorio. Me entrega dos papelitos arrancados de una libreta: uno dice “de las 11 a.m. a la 1 p.m.” y el otro tiene apuntada una dirección.

—Vaya ahí mañana para que le entreguen su tratamiento.

Paty me había asesorado muy bien en todo lo relacionado con los procedimientos del hermanito, así que cuando llego a la casa le

digo a Luigi:

—Aquí dice que “de las 11 a.m. a la 1 p.m.”, pero nosotros vamos a llegar a las diez y media, porque dice Paty que se atiborra de gente y tardan horas en entregarte el tratamiento.

Conforme a lo planeado, Luigi y yo llegamos antes que el mundo de gente, de manera que no tardamos nada en recibir las hierbas y los aceites que me recetó el hermanito. Me entregaron más papeli-
tos con las indicaciones de cómo tomarlos y en qué dosis. Lo bueno es que los costos de estas cosas son muy bajos y no perjudican el monedero de nadie; con poco dinero se alimenta la esperanza de la gente.

“Bueno —pensé—, si esto no me hace bien, tampoco me hará mal. A fin de cuentas los medicamentos modernos surgieron a partir de la herbolaria”, y ese mismo día comienzo a tomarme los tés del hermanito.

Pocos días después visité al radiólogo del hospital de Oncología.

—Mire, Tatis, las radiaciones no están indicadas en su caso. Sólo que el melanoma aparezca en algún otro órgano de su cuerpo, podríamos considerar la aplicación de radioterapia, pero en este momento no sería adecuado porque no sabemos en qué lugar de su pierna reaparecerá el melanoma y no podemos radiarle la extremidad completa.

—¿Y si aplicamos las radiaciones en la zona de la ingle? —pregunta Luigi.

—No sería conveniente, porque afectaríamos la arteria femoral, así como los pocos conductos que quedan en la ingle de su señora desde que le quitaron los ganglios linfáticos. Puedo asegurarle que las radiaciones aumentarían considerablemente la inflamación de su tobillo derecho. Además, el melanoma puede aparecer nuevamente en cualquier parte de la pierna, aunque hayamos aplicado radioterapia en la ingle.

Al día siguiente visito a la especialista en quimioterapia del hospital de Oncología.

—Tatis, la quimioterapia tradicional, que es la que se aplica en este hospital, no está indicada en su caso. No le serviría de nada porque el melanoma es inmune a este tratamiento. Le sugiero que se haga un estudio PET para averiguar si hay células malignas en otra parte de su cuerpo.

—Sí, doctora, ya me habían sugerido este estudio, pero es sumamente caro y no puedo pagarlo.

—Fíjese que este hospital tiene un convenio con la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) para cobrar un precio simbólico a nuestros pacientes. Si gusta, le doy una orden para que le hagan el estudio.

—¡Claro! ¡Mil gracias, doctora!

Luigi y yo estamos encantados. Salimos del hospital y de inmediato fuimos a la UNAM. Me dieron cita para hacerme el estudio al día siguiente... ¡Qué maravilla!

El estudio consiste en lo siguiente: me inyectan un material radiactivo en la vena y luego me aíslan durante dos horas, en espera de que la sustancia llegue a todo el cuerpo.

—¡Y trate de moverse lo menos posible para que la sustancia radiactiva se disemine parejo por todo su cuerpo! —me ordena el técnico.

“Dios mío —pienso—, este estudio definitivamente no es apto para personas nerviosas o hiperactivas...”

Cuando las dos horas han transcurrido, me meten a un aparato muy sofisticado que retrata todo mi cuerpo por dentro, de la cabeza a los pies, como si fuera una tomografía de cuerpo completo.

Se supone que las células malignas absorben el material radiactivo y resaltan en las placas como puntos brillantes. “Está bien —medito silenciosamente—, a fin de cuentas estamos en el siglo XXI.”

—Señora Tatis —me dice el técnico que practica el estudio—, recuerde que lleva en su cuerpo material radiactivo. Durante las próximas seis horas no puede estar cerca de otras personas, sobre todo si están embarazadas.

Decido mantenerme lejos de los demás por más tiempo: hasta el día siguiente, por precaución.

—¡Pues no encuentro nada malo en su cuerpo, Tatis! —exclama el doctor Maafs al revisar las placas del famoso estudio PET. No hay ningún rastro del melanoma. Platiqué su caso con el radiólogo y creo que podríamos aplicar radiaciones en toda su pierna para prevenir que vuelvan a aparecer tumorcitos... ¿Qué le parece?

Me quedé pensando en los comentarios del radiólogo de Oncología acerca de mi arteria femoral y la inflamación de mi tobillo, ya de por sí tan hinchado que no cabe en ningún zapato.

—¿Qué probabilidades habría de detener el avance del cáncer, doctor? —pregunté abiertamente.

—Bueno... Eso no lo puedo asegurar. Podría funcionar, pero depende de cada organismo.

“¡Huuuyyy! —pensé—, más experimentos.” Después del tratamiento con Interferón y de sus consecuencias en mi cerebro, no tenía muchas ganas de volver a servir de conejillo de Indias.

—Déjeme pensarlo, doctor. Mañana le llamo por teléfono para decirle mi decisión.

Esa noche llegué a mi casa cansada y un poco agobiada por las decisiones que tenía que tomar. Me desvestí con calma y, al quitarme las medias, observo un punto azul marino cerca de la última operación que me hicieron hace unos días.

—¡Luigi, ven a ver esto!

Efectivamente, un nuevo melanoma ha aparecido en mi piel...

Ya no le hablo al doctor Maafs, sino que al día siguiente, muy temprano, me voy directamente al hospital de Oncología.

—¿Qué pasa, doctor? ¿No sirvió el PET que me hicieron?

—Señora, lo que sucede es que ese estudio no es infalible... Aun cuando es lo más nuevo que hay en todo el mundo, no deja de tener su margen de error. Es evidente que el melanoma sigue en su cuerpo y hay que quitarlo otra vez.

Me vuelven a operar, pero esta vez con suficiente anestesia. A esta operación siguen varias más, hasta que mi piel ya no puede

es-tirarse más.

Comienzan a aparecer puntos azul marino alrededor de mi tobillo derecho y luego alrededor del muslo. Son perfectamente visibles a simple vista: unos más grandes, otros más pequeños. En pocos días es posible verlos en toda la pierna. Parece como si la piel fuera translúcida y a través de ella se notaran las manchitas oscuras. Como si un caballo me hubiera salpicado de lodo y las manchas hubiesen traspasado la piel. No duelen, no molestan, no se sienten... ¿Cómo es posible que no se puedan quitar con za-cate y jabón?

Voy a ver al doctor Maafs y me dice que se ha perdido el control. Me plantea cuatro posibles opciones, pero no todas son aplicables en mi caso.

—Su cerebro no toleraría el Interferón —me explica—. El BCG tendría que ser inyectado en cada puntito azul, lo que sería imposible dada la cantidad que tiene usted en toda la pierna. Existe un tratamiento a base de quimioterapia ingerida que posiblemente le funcione, pero lo más probable es que no. Yo sugeriría que se someta a un tratamiento llamado quimioterapia de perfusión iliaca con hipertermia, a ver si le detiene el avance del melanoma en su pierna. Aquí en México hay un solo médico que lo hace, el doctor Martínez Said, y le sugiero que vaya a verlo para que valore su caso. El tratamiento consiste en ponerle anestesia general, aplicar un torniquete en su ingle, hacerle un pequeño orificio en la parte baja del abdomen, extraer la vena iliaca, cortarla en dos aplicando una pinza en la parte de la vena que está del lado del tórax, y conectar el otro extremo a una máquina que hace las veces de corazón. La sangre de la pierna pasa por la máquina, donde se calienta a cuarenta grados Celsius, se mezcla con medicamentos de quimioterapia sumamente fuertes y luego se perfusiona en la pierna durante una hora y media. Por último, se extrae toda la sangre de la pierna y se lava el sistema circulatorio de la pierna con un suero, porque sería muy peligroso que algún residuo de los fármacos llegara a pasar a su organismo; finalmente se introduce sangre nueva en su cuerpo

para reponer la que perdió. El efecto secundario es que la pierna se inflamará y se le llenará de ámpulas, como si se hubiera asoleado usted a pleno rayo del sol en Ixtapa.

“Nooo, pues qué divertido” —pienso con sorna.

Me meto a internet e investigo sobre este tratamiento... Mmm-mm... Nada agradable... En fase de experimentación...

Mi familia se entera de esta propuesta y a toda costa quiere convencerme de que me someta al tratamiento sin importar lo que cueste... Cada ampolleta de la quimioterapia que se ocupa para la perfusión cuesta mil quinientos dólares y se necesitan dos. Una vez más, compruebo que es el enfermo quien debe conservar la prudencia y mantenerse centrado y ecuánime a la hora de tomar decisiones.

Al día siguiente voy al hospital de Oncología.

—Mire, señora, si la quimioterapia de perfusión con hipertermia fuera tan efectiva, ya habría causado una verdadera revolución en el mundo de la oncología. En este momento apenas está siendo probado en Europa y en Estados Unidos; tengo entendido que ni siquiera ha llegado a México.

—Sí, doctor, sé que hay un médico que ya lo está haciendo en nuestro país.

—Bueno, pero tenga usted en cuenta que en el Seguro Social no la practicamos, así que tendría que hacérsela en otro lado. Sin embargo, le sugiero que primero hagamos estudios de todo su cuerpo para ver si tiene melanoma en algún órgano interno o en su sistema óseo, porque el tratamiento de perfusión podría funcionar sólo en caso de que el melanoma se encuentre exclusivamente en su pierna y no haya metástasis.

—Tiene razón, doctor, por favor hágame todos los estudios. Yo tomaré la decisión cuando tengamos los resultados.

La gente me pregunta cómo estoy. No sé qué contestar. Me da vergüenza decir que estoy tan mal, cuando me siento perfectamente. Gracias a Dios, nada me duele, nada me molesta. Ni siquiera

siento la necesidad de tomarme una aspirina de vez en cuando. Además, físicamente me veo bien, no he vuelto a perder peso y el color y la expresión de mi rostro son inmejorables. Además, Ale y su novio Gil acaban de darnos la enorme sorpresa de que se casarán en agosto del año próximo... ¡Qué alegría tan grande! Ésta es una bellísima razón para sobreponerme a mí misma y a mi enfermedad, echándole todas las ganas del mundo con la certeza de que la vida continúa y las razones para vivirla intensamente son abundantes por la gracia de Dios. De ahora en adelante mis pensamientos girarán alrededor de mi trabajo y de todos los preparativos de la boda de mi hija.

Tal vez el único síntoma que tengo en este momento es el cansancio que siento, el cual no me resulta tan agobiante como para impedir que continúe trabajando. Incluso podría deberse al estrés o a una cierta depresión, muy justificada si tenemos en cuenta el peso de la información que he recibido y de las decisiones que tengo que tomar.

“Mi Ángel lindo... ¡Cuántas personas como yo andarán caminando por las calles, enfermas de cáncer y de otras enfermedades terminales, sabiendo que pronto morirán y sin que nada se les note!”

Todo el mundo me regala botellitas con agua bendita. Yo comienzo a ponérmela en la pierna cada día, después del baño, mientras platico con la Virgencita: “Mi reina linda, no necesito explicarte nada. Tú me conoces mucho mejor que yo misma y sabes de mis necesidades, de mis angustias, de mis preocupaciones. Te ruego que me ayudes, según la voluntad de tu hijo Jesús...”

Visito al doctor Martínez Said en su consultorio particular para preguntar su opinión y averiguar si la perfusión es viable en mi caso.

—Sí, Tatis. La perfusión es una excelente opción para usted, pero hay que hacerla lo más pronto posible para obtener los mejores resultados.

—¿Qué probabilidades hay de curación, doctor?

—Yo diría que alrededor de sesenta por ciento.

—Y... ¿cuánto costaría?

—Pues unos seiscientos mil pesos, sin contar las ampollitas de quimioterapia que tendría usted que conseguir por su cuenta, ya que son importadas y son difíciles de conseguir en México. Se necesitan dos para su pierna, y cada una cuesta alrededor de mil quinientos dólares.

Luigi y yo salimos del consultorio con el ánimo en el suelo.

—¡Olvídalo, Luigi! De ninguna manera voy a hacerme esta cosa tan cara.

—Pero, Tatis... ¡Ya veremos como resolvemos el aspecto económico! Lo importante ahorita es curar tu pierna para que no siga avanzando el melanoma.

—No, Luigi, y por favor no insistas.

Me llueven las propuestas para recurrir a todo tipo de medicinas alternativas... ¿Cómo puedo decir a los que tanto me quieren y se preocupan por mí, que no creo en esos recursos? ¿Cómo puedo negarme a aceptar someterme a estos tratamientos cuando el argumento que todos esgrimen es: “¡No te tires a la lona!, Dios se vale de cualquier medio para hacer un milagro”, exclaman an-gustiados...

—Está bien, Luigi, vamos a visitar a la doctora de Pachuca que nos está recomendando Vicente.

Esta doctora me prescribe un tratamiento de medicina cuántica a base de cápsulas con polvitos que contienen sales minerales y sales de plantas. Tomo con toda puntualidad la dosis prescrita y a los quince días comienzo a sentir dolores en la parte superior del abdomen, hasta que un día el dolor se torna insoportable y me dobla.

—¡Luigi, díganme la verdad! El melanoma ha invadido mis órganos internos y no me lo han querido decir, ¿no es cierto?

—¡Claro que no, Tatis! ¡Te estás imaginando cosas que no son! ¡Vámonos al hospital ahora mismo!

Me operan de la vesícula de urgencia, porque mi organismo no asimiló las sales cuánticas.

“Virgencita mía... Esto no puede continuar así porque estoy a

punto de desfallecer. De ahora en adelante, cada vez que me propongan algún tratamiento nuevo no me voy a negar: por el contrario, voy a mantener mi mente abierta siempre y cuando los responsables del tratamiento alternativo me permitan hablar primero con alguno o algunos de sus pacientes que se hayan curado de melanoma a través de sus imanes, piedras, agüitas, choques eléctricos, flores de olor o lo que sea. De otra forma, ya no voy a someterme a ningún otro sistema de medicina alternativa.”

Las semanas pasan y finalmente están listos los resultados de los estudios que me hicieron en el hospital de Oncología del Centro Médico Siglo XXI.

—Tatis —me dice el médico—, sus órganos están sanos. Todo parece indicar que el cáncer se localiza y avanza exclusivamente en la piel de su pierna.

—¿Y qué pasará si continúo así, doctor? Le ruego que sea honesto conmigo.

—Los brotes de melanoma continuarán creciendo y se irán uniendo unos con otros, formando grandes manchas de color azul verdoso. Algunas reventarán, sangrarán y supurarán, provocando mal olor en la extremidad. Además, tendremos que transfundirle sangre, porque habrá riesgo de anemia. El cáncer invadirá los músculos, huesos y articulaciones de la pierna y el dolor será insoportable. No podrá caminar y tendrá que permanecer sedada la mayor parte del tiempo.

—¿Y si me quita la pierna, doctor?

—De nada serviría porque, en cuanto la quitemos, el melanoma reaparecerá en la cicatriz del muñón y avanzará hacia el abdomen y el tórax. Se lo digo por experiencias anteriores. La voy a mandar al área de quimioterapia, a ver si ahí pueden ayudarla.

¡Uuufff! Suena horrible, pero... ¡Qué alivio! Al menos me dejarán completa...

“Virgencita mía, por favor, intercede por mí ante Dios nuestro Señor para que me permita llegar caminando a la boda de Ale. No por mí, sino por ella. ¡Imagínate qué triste sería la boda si la mamá

de la novia se muere pocos meses antes de la ceremonia!

Luigi me acompaña al área de quimioterapia.

—No, Tatis. La quimioterapia no sirve en su caso. Le propongo regresar al Interferón, a ver si logramos que su sistema inmunológico detenga el avance del melanoma.

El médico me da la receta del Interferón y yo me siento inmensamente triste. Luigi trata de mostrarse animoso, pero sé que en el fondo está desolado.

La farmacia del hospital me surte medicamento para un mes de tratamiento. Llego a mi casa e inyecto la primera dosis en mi estómago, pensando que en cualquier momento tendré que regresar al hospital con el cerebro inflamado. El Interferón, además de las altas temperaturas, me provoca intensos dolores de cabeza y fuertes crisis de un frío que no hay forma de quitar porque surge desde lo más profundo de mi ser y hace que mi cuerpo salte incontrolablemente sobre la cama, a pesar de los edredones y cobijas eléctricas que lan y Ale me ponen encima.

Decido visitar al doctor Maafs.

—Pero, Tatis, ¿por qué no me hace caso y se hace la perfusión en la pierna? Estoy seguro de que le va a ayudar mucho.

—Doctor, le voy a ser sincera, la perfusión cuesta mucho dinero y no puedo pagarla.

—Sí, ya veo. Pero, ¿sabe qué? Como el Seguro Social no está practicando este tratamiento todavía, voy a ayudarla para que ingrese como paciente del Instituto Nacional de Cancerología. El doctor Martínez Said está haciendo las perfusiones ahí, y el costo sería muy accesible para usted.

Me doy de alta como paciente del Instituto de Cancerología y el doctor Martínez Said me da la receta para comprar las dos ampollas de Melfalán-Alkerán inyectable de cincuenta miligramos para uso hospitalario que se requieren para la perfusión. Esta medicina es muy cara, pero ni modo; mi familia entera insiste en que me hagan este tratamiento y yo decido hacérmelo en un intento por llegar

caminando a la boda de Ale. En cuanto consigo el medicamento, se programa la intervención quirúrgica. Como mi recuperación será larga, he tenido que informar en mi trabajo acerca de mi actual situación de salud y el Seguro Social me otorga las incapacidades necesarias para protegerme laboralmente.

21 de septiembre de 2005

Hoy es miércoles y me interno en el Instituto de Cancerología. Me toca un cuarto con baño, que comparto con otra señora.

22 de septiembre de 2005

Todavía no son ni las seis de la mañana cuando la enfermera me despierta para dar inicio a los preparativos para la operación.

—Tatis, por favor métase a bañar. En cuanto termine la voy a canalizar (es decir, ponerme el suero mediante una aguja insertada en la vena de mi mano izquierda).

A las ocho de la mañana llega el camillero por mí. El suero ya está entrando a mi cuerpo a través de la aguja insertada en mi mano. Conmigo están Luigi, mis hijos y mi hermana Fer. Todos se colaron porque en este hospital solamente se permite un solo familiar en el cuarto. Gil, mi futuro yerno, se quedó abajo por respeto.

—¡Nos vemos al rato! —exclamo con entusiasmo mientras ellos observan, preocupados, cómo la camilla se aleja.

Al llegar al quirófano, el primero que me recibe es el médico anestesista.

—¿Cuánto tiempo me va a tener dormida, doctor?

—Pues aquí dice que su operación va a durar tres horas, así que usted despertará dentro de tres horas y cinco minutos, usted no se preocupe.

Me duermo casi inmediatamente. El tiempo y el mundo se detienen para mí.

24 de septiembre de 2005

—¡Pestorra! —escucho que exclama mi hijo Ian y yo alcanzo a percibir su voz como entre sueños— ¡Mira qué graciosas coletas te hicieron hoy!

Los párpados me pesan como si estuvieran hechos de plomo. Abro los ojos con dificultad y observo a Ian con curiosidad. ¿Dónde estoy?

—Ian, ¿por qué te cambiaste de ropa?

—No, madre, no me he cambiado de ropa. Así me vestí desde la mañana.

—No, no es cierto. En la mañana estabas vestido de traje y corbata y ahorita andas de jeans.

—¡Aaay, madre, creo que soñaste! ¿Cuándo has visto que yo me vista de traje en sábado?

—¿Cómo que sábado? ¿Pues qué día es hoy?

—¡Sábado!

Mi mente se resiste a comprender.

—¿Qué no me operaron el jueves en la mañana?

—Sí, ¡pero eso fue antier!

—¿Cómo! ¿Llevo dormida desde el jueves? ¿Pues qué pasó?

—La operación resultó un poco más complicada de lo esperado y perdiste mucha sangre. Desde que saliste de la operación te trajeron a terapia intensiva y desde entonces nos hemos estado turnando para estar contigo platicándote y animándote para que despertaras.

Me duele la garganta. Ian dice que es por el tubo del oxígeno que me acaban de quitar. Vuelvo la cabeza hacia los lados y veo que estoy conectada a un montón de máquinas. Ian me explica que son para monitorear mis signos vitales: respiración, temperatura, pre-

sión, frecuencia cardiaca, etcétera. Tengo un catéter en el pecho por donde me entra suero y sangre. Sin darme cuenta, me quedo dormida otra vez.

Permanezco en terapia intensiva durante cinco días. Los primeros días los aparatos de monitoreo suenan constantemente, atrayendo hacia mí a las enfermeras y doctores del área; en una ocasión vienen corriendo a hacerme un electrocardiograma y en otra a tomarme radiografías.

Luigi, Ian, Ale y Gil se turnan para velar en el hospital. Adoptaron como cama las sillas de plástico de la recepción. Hay noches en que los despiertan para avisarles que estoy teniendo fuertes he-morragias y que el pronóstico es incierto: "Probablemente no pase la noche", les dicen. Los pobres están muy angustiados. Tienen ojeras y caras de cansancio, pero sacan fuerzas no sé de dónde para transmitirme alegría y seguridad.

Ya no quiero estar en terapia intensiva. Siento una gran desesperación al estar en este lugar encerrado, rodeada de enfermos muy graves, con enfermeras revisándome cada cinco minutos y con alarmas que suenan todo el tiempo. Es horrible ver el paso de las horas y el paso de los litros de sangre a través de los tubitos de plástico que entran a mi cuerpo por el catéter.

Poco a poco mis signos vitales se van normalizando hasta que el médico responsable permite que me trasladen a piso, es decir, al cuarto.

La cama que me asignaron el miércoles de la semana pasada ya está ocupada por alguien más, así que ahora me toca una cama en sala general. En este lugar hay otras dos camas, aparte de la mía, separadas por cortinitas de color beige, en las que se recuperan otras dos señoras operadas de cáncer. Esta sala no tiene baño privado, hay que salir al pasillo empujando el tripié que sostiene los monitores y el suero, y compartir el baño con las pacientes de las otras cuarenta camas que hay en el piso.

No me puedo mover. Tengo la pierna envuelta en gruesos algodones y me ordenan que la mantenga bajo la potente luz de una

lámpara que instalaron junto a mí; me explican que esto es para mantener la pierna caliente. No sé cuándo me van a dar permiso de levantarme, pero al menos tengo la suerte de que me tocó una cama junto a la ventana, de manera que puedo ver el cielo y los árboles allá afuera, y sentir la brisa que entra por las ventanillas entreabiertas.

Me visitan mis amigas, mis primas y mis hermanos. Mi aspecto no es muy alentador, pero ellos son discretos y me animan y reconfortan con su presencia y con su plática. A mi prima Lupe le cuesta más trabajo disimular sus emociones y rompe en llanto cada vez que me ve.

Luigi me acompaña la mayor parte del tiempo. Ian y Ale están trabajando y me visitan a la hora de la comida y en las noches. En este hospital es importante tener un familiar cerca porque las enfermeras tienen demasiado trabajo como para otorgar una atención esmerada a los pacientes. Recuerdo un día en que me sentí mal. Comencé a marearme y a ver todo negro.

—Luigi, llama por favor a la enfermera porque no me siento bien.

Luigi trae a la enfermera, quien de inmediato me pone un algodón con alcohol en la nariz. Me bajó mucho la presión y estaba a punto de desmayarme.

Otro día estoy sola en mi cama y noto que está empapada en sangre la gasa que cubre la manguerita del dren que dejaron en mi abdomen. Pido de favor al familiar de mi vecina que llame a una enfermera. Tengo una severa hemorragia en la que pierdo más de medio litro de sangre en unos minutos. Casi se llena el riñoncito de plástico azul en el que la enfermera colocó la perita del dren. “Tal cantidad de sangre parece sopa de jitomate”, pienso.

Mi recuperación en piso es desesperadamente lenta. Llevo tres días aquí y me siguen metiendo sangre a través del catéter, pero ya me dejan caminar al baño.

Bañarme es un verdadero ritual que me toma el triple de tiempo de lo normal. Hay que caminar hasta la regadera, esperar a que me llegue el turno, introducirme al espacio de la regadera con todo y

tripié, sueros, monitores, etcétera, quitarme el camisón del hospital y cubrir con él el tripié y los monitores para que no se mojen, proteger con plástico y cintas el catéter que tengo en el pecho, pararme bajo el agua y, finalmente, proceder a bañarme con gran lentitud porque todo me duele y porque todos mis movimientos suceden como en cámara lenta. Me veo desnuda frente al espejo y mis ojos no dan crédito a lo que ven: soy un moretón completo y todas las costillas se me marcan. “¿Querías estar flaca?... ¡Pues esto es estar flaca!”, reflexiono.

En mi lento caminar hacia el baño, aprovecho para visitar a algunos de los otros enfermos del piso. Jovencitos a los que les han amputado la pierna, el brazo, una oreja, un ojo... Señoras que se han quedado sin un seno o sin los dos. Un señor al que le quitaron un gran tumor del cuello y ya no podrá hablar nunca más. Una señora llorando desconsoladamente porque su esposo tiene un tumor en el cerebro que le hace decir obscenidades y groserías. Una señora con su hija que rompen en llanto cuando el médico les informa que el esposo y padre no pasó la noche... Co-sas terribles, cosas muy dolorosas, situaciones desgarradoras, patéticas, conmovedoras...

“¿Para qué estamos aquí, Señor? ¿Cuál es el propósito de la vida, del dolor, de la enfermedad y del sufrimiento? Te ruego que me ilumines, Padre mío, para poder comprender...”

Me siento sumamente agredida, tanto física como emocionalmente. Me urge irme a mi casa. Extraño mi jardín y las ardillitas y los pájaros carpinteros que viven en mis árboles. Extraño la protección de los muros de mi casa. No soporto un día más en el hospital, y así se lo comunico al médico.

—Mire, Tatis, su hemoglobina está sumamente baja. Debe ser de quince y la suya es de ocho. La dejo ir siempre y cuando me prometa que no saldrá de su casa y que guardará reposo absoluto hasta que sus niveles de hemoglobina se normalicen. Además, antes de irse tendremos que ponerle otra bolsa de sangre.

—Doctor, le prometo lo que quiera, pero, por favor, déjeme ir.

Salgo del hospital muy craquelada emocionalmente. Lloro por todo, lloro de todo. La familia organiza una comida en mi casa para darme la bienvenida. Ale me recibe con flores. Veo a mis sobrinitos, los hijos de mi hermano Santiago, los abrazo y lloro... ¡Llegué a pensar que nunca los volvería a ver!

Me paso los días descansando y recuperándome. No tengo fuerzas ni para sostener un libro en las manos. Mi comadre Susana me presta toda su colección de películas de James Bond y mi amiga Silvia me trae comida deliciosa que ella misma prepara en su casa “para que te recuperes más rápido”, me dice... ¡Una maravilla!

Solamente salgo de mi casa para ver al doctor. Me quitan el dren del abdomen y me revisan periódicamente. Pasan las semanas y los meses y poco a poco vuelvo a ser yo. Mi pierna está muy hinchada a consecuencia de la perfusión, pero lentamente va recuperando el tamaño que tenía antes de la operación. No me salieron ampollas, pero la piel cambió de color: ya no tiene el tono rosado de antes. Ahora el color es más bien cenizo de la rodilla para abajo, y las manchas azul verdoso del melanoma ahí siguen, inmutables.

—Doctor Martínez, ¿qué va a pasar con los lunarcitos de melanoma?

—¡Ah! No se preocupe. Se van a ir secando poco a poco, hasta que desaparezcan. Tal vez queden algunos residuos de pigmento en algunos de ellos, pero es normal mientras ya no exista en ellos ninguna célula viva de melanoma.

—¿Y no convendría hacerme una biopsia para cerciorarnos de que efectivamente han muerto todas las células cancerosas?

—Sí, la vamos a hacer, pero primero vamos a dejar pasar ocho semanas, tiempo en el que se irá muriendo el melanoma como resultado de la perfusión que hicimos.

Una vez transcurridas las ocho semanas, acudo a que me revise el doctor Martínez Said.

—Tatis, ¿ya observó que hay dos lunarcitos de melanoma en su

abdomen? Vamos a aplicar radioterapia para acabar con ellos.

—¿Cuántas radiaciones me van a dar? —le pregunto al recordar las historias que me contaron mis vecinas en la sala general, a algunas de las cuales les habían dado hasta cuarenta y ocho aplicaciones.

—Le vamos a dar solamente tres, pero muy fuertes.

Las radiaciones abarcan una extensión bastante amplia que incluye la zona iliaca en la parte baja derecha del abdomen, donde me hicieron la perfusión, y la parte superior de la pierna, donde hace unos meses me quitaron muchos lunarcitos de melanoma en el hospital de Oncología del Centro Médico.

La siguiente semana me revisa el doctor Martínez Said.

—Tatis, ahora sí vamos a practicarle una biopsia.

Me quitan un lunarcito de melanoma de la parte superior de mi pierna derecha, en el área donde me aplicaron radiaciones. En mi siguiente consulta el doctor me informa:

—Tatis, la perfusión no funcionó y las radiaciones tampoco... El melanoma sigue vivo y avanzando.

—¡No me diga, doctor! ¿Y por qué no funcionó la perfusión? —le pregunto al recordar el calvario que fue para mí toda esa experiencia.

—Pues no le sabría decir con seguridad. Tal vez debimos aplicar más calor, o tal vez prolongar el tiempo de la perfusión... ¡No lo sé!

—¿Y ahora que procede?

—Creo que lo mejor sería repetir la perfusión.

—¿Y de qué serviría, teniendo en cuenta que el melanoma ya avanzó a mi abdomen?

—Bueno, lo que estaríamos intentando es brindarle una mejor calidad de vida...

—A ver, doctor, si no me hago la perfusión, ¿cuánto tiempo me queda de vida?

—Pues yo diría que unos dos años.

—Y si sí me la hago, ¿cuánto...?

—Unos dos años cuando mucho.

—Y, entonces, ¿para qué me la hago, doctor, si el tiempo de vida es el mismo?

—Como le decía, esta opción no va a curarla, pero tendría usted una mejor calidad de vida y tal vez pueda llegar a la boda de su hija.

—Bueno, doctor, usted sabe que mi hija se casa en agosto. ¿Qué tal si posponemos la perfusión para después de la boda?

—Mire, Tatis, estamos en enero. Si usted me dijera que la boda es en abril, yo sería el primero en sugerirle que hiciéramos la perfusión hasta después de la boda, pero sucede que faltan muchos meses para que llegue agosto, y puedo asegurarle que para fines de mayo o junio usted ya tendrá el melanoma en los huesos y en los músculos de la pierna, de manera que no solamente le será imposible caminar, sino que además tendrá que permanecer sedada a causa del dolor, es decir, lo más probable es que no pueda asistir a la boda de su hija. Por otro lado, si hacemos la perfusión ahora, usted tendrá tiempo suficiente para recuperarse antes de la boda, porque recuerde que la vez pasada tardó cuatro meses en volver a sentirse bien.

—Está bien, doctor, ya le entendí. El problema es que no tengo ahorita la suficiente fuerza emocional para hacerme la perfusión. Necesito prepararme. ¿Cuánto tiempo tengo para hacerme a la idea?

—El que usted necesite. Llámeme cuando esté lista.

Luigi parece fantasma. Ha bajado mucho de peso y de un tiempo para acá le ha aparecido vitiligo en la mejilla derecha. Está muy tenso. La esperanza y la fe lo abandonan. Ian y Ale intentan ocultar su preocupación, pero los conozco muy bien. Sé por lo que están pasando. Ahora resulta que Ale no puede maquillarse porque le salió una alergia en los ojos. Yo trato de mantenerme alegre y bromista, y no me cuesta trabajo: así he sido siempre. Pero ellos sufren.

En muchas ocasiones he escuchado a la gente opinar sobre la muerte santa, es decir, aquella en la que te mueres repentinamente: en un accidente o a causa de un infarto.

—Esta forma de morir es maravillosa —dicen—, porque no sientes nada... ¡Ni siquiera te enteras de que has muerto!

“Virgencita mía... Por favor, dile a Papacito que le agradezco que me haya permitido prepararme antes de morir. He tenido la oportunidad de confesarme y de recibir los santos óleos. He podido hacer mi testamento; Luigi, mis hermanos y mis hijos han podido hacerse a la idea, paulatinamente, de nuestra próxima separación; he tenido la oportunidad de platicar con ellos sobre muchos temas pendientes y de ofrecerte todos mis sufrimientos por ellos, por su salvación, por su salud y la de sus descendientes. En fin, mi Reina, puedo decirte que estoy lista para partir. Sólo te pido nuevamente un inmenso favor: permíteme llegar caminando a la boda de Ale. No por mí, sino por ella, porque, ¡qué triste sería su boda si su mamá fallece en los meses anteriores! Después de la boda has de mí lo que quieras, pero no se haga mi voluntad sino la de mi amado Jesús. Espero no dejar ningún pendiente, bendita Madre mía, y, si lo hubiere dejado, te ruego que lo resuelvas por mí, según Tu voluntad. También te pido humildemente que permitas que mi bendito Ángel de la guarda, ¡tan maravilloso!, se quede al pendiente de mis niños: Ian, Ale, Nacho, Santiago y Fernanda... Y, por supuesto, de Luigi. Sé Tú su Madre, a falta mía. Cúbrelos a todos con tu bendito manto para que no se aparten del camino, e intercede por nosotros para que Dios nos permita reunirnos otra vez en la casa celestial. ¡Ah!, y si no fuera mucho pedir, ojalá que me permitas estar presente espiritualmente en los momentos importantes de la vida de mis pequeñitos: sus bodas, los nacimientos de sus bebitos, sus bautizos, sus primeras comuniones... Sus éxitos, sus fracasos, sus tristezas, sus alegrías... Hasta que volvamos a reunirnos en la casa de mi Padre. Virgencita mía, ata a mis hijos, a mis hermanos y a mi marido a tu Corazón Inmaculado. Líbralos, guárdalos y protégelos de todos los males y de todos los peligros, y ayúdalos en todas sus necesidades. ¡Oh, Virgen gloriosa y bendita! Amén.

“En cuanto a mí, te ruego que me apartes un lugarcito junto a ti... Pide a Jesús en mi nombre que perdone mis pecados y que me permita, al momento de morir, ir directamente al cielo sin hacer

escalas en ningún otro lugar. ¡Oh, bendita Madre mía, envuélveme en un abrazo de amor y llévame contigo! ¡Tengo tantas ganas de conocerte personalmente!”

Pasa una semana y comienzo a digerir la idea de una nueva perfusión. Llamo al doctor Maafs por teléfono para pedirle su opinión y él coincide con el doctor Martínez Said en cuanto a que mi pierna no llegaría a agosto en buenas condiciones para la boda. Lo único que me interesa, y así lo digo a los médicos, es llegar caminando a la boda... Que me hagan lo que haga falta para lograrlo, y ya después que venga lo que sea.

Encargo a mi hermano Nacho que me compre el Melfalán-Alkerán en Mc Allen, Texas. Me consigue las dos ampollas en tres mil dólares. Llamo al doctor Martínez Said y le informo que ya tengo la quimioterapia. Me cita para revisarme y programar la operación.

—Tatis, lamento comunicarle que el melanoma está avanzando sumamente rápido en la piel de su abdomen. En este momento es mucho más importante detener el avance en el abdomen que en la pierna. Vamos a posponer la perfusión para aplicarle quimioterapia intravenosa. Voy a llamar al doctor Aguilar, experto en quimio, para que nos dé su opinión.

El doctor Aguilar coincide con el doctor Martínez Said, pero él propone combinar la quimioterapia con una medicina tomada, talidomida, en una dosis de doscientos miligramos diarios.

—¿Pues qué no me habían dicho que la quimioterapia no da resultados satisfactorios con el melanoma? —pregunto a los médicos.

—Es cierto, Tatis, lo que queremos es frenar un poco el avance de los tumores en un intento porque llegue usted al protocolo que dará inicio en agosto.

—¿Un protocolo? ¿Qué es eso?

—Un protocolo es un grupo de personas que padecen la misma enfermedad, a las cuales se les administran distintos medicamentos nuevos para probar el grado de éxito en la curación de la enferme-

dad. Se lleva un registro pormenorizado de la evolución de cada paciente y, por supuesto, sin ningún costo para el enfermo.

—¡Ah, pues qué padre, doctor! Mil gracias.

Dos días después me aplican la quimioterapia por vía intravenosa. Yo ya había investigado en internet cuáles son las secuelas de este tratamiento y estaba enterada de que los químicos alteran tres aspectos principales del organismo: los folículos capilares (por eso se cae el pelo), las células del estómago (por eso las náuseas y el vómito) y las células de la médula espinal (encargada de producir nuevas células para reforzar el sistema inmunológico).

Tengo pavor de que se me caiga el pelo, porque ya está próxima la boda de Ale, aunque al fin y al cabo siempre existe el recurso de las pelucas. La próxima quimio será dentro de veintiún días.

No me gusta la actitud que mi familia ha tomado en relación con mi enfermedad y la boda de Ale. Todos andan con una visión negra y fatalista que les impide percibir la alegría de la boda.

—Tatis, ¿cómo es posible que te estés desgastando tanto en los preparativos de la boda de Ale? ¡Tú concéntrate en seguir tus tratamientos y deja de angustiarte por el gasto de la boda y por todos los pendientes! —exclama mi cuñada Bonn.

—Mira, cuñadita, más bien quiero pedirles a ustedes, es más, ¡suplicarles a todos!, que dejen de ver mi enfermedad como algo negro e intenten enfocar sus emociones hacia la alegría de la boda de Ale. ¿Te imaginas cómo se siente ella al ver que todos están tan preocupados por mi situación que olvidan que ella se va a casar? ¿No crees que a ella le hace falta sentir la alegría y la participación de todos en la organización de su boda? Por favor, ¡les ruego que dejen de pensar en mí, porque lo que suceda conmigo está en las manos de Dios! ¿Dónde quedó su fe? Este año debe de llevar el sello de la emoción y el entusiasmo por la boda de Ale, no de la tristeza y el pesimismo por mi enfermedad. Te lo ruego, ¡hagan un esfuerzo!

—Tatis, me dejas sin palabras, pero tienes toda la razón. Te prometo que voy a hacer mi mejor esfuerzo por dejar de pensar en tu

enfermedad y apoyar a Ale con los preparativos de su boda.

—¡Mil gracias, cuñadita! ¿Puedo pedirte un favor más? Si tienes oportunidad, te agradecería que transmitieras esta nueva actitud a Santiago, a Nacho y a todos los demás...

Las semanas pasan y sucede que la talidomida me ha afectado mucho más que la quimioterapia. ¿Cómo es posible que esta medicina se siga administrando a los seres humanos? Recuerdo que en la década de 1970 hubo una gran indignación entre la sociedad cuando se descubrió que la talidomida era la responsable de haber causado grandes deformidades en los fetos y de haber propiciado el nacimiento de muchos bebés con graves malformaciones congénitas. Siempre pensé que esa medicina había sido exportada directamente a Marte, donde la habrían desintegrado y borrado del universo en forma total, completa y definitiva.

Sin embargo, heme aquí, tomando doscientos gramos de talidomida diariamente, conforme a la prescripción del médico. Me siento agotada y con dolor de cabeza constante. Me han salido erupciones en la piel, como si estuviera intoxicada. No logro concentrarme en nada y, además, ahora sí, la pierna ha comenzado a dolerme. La siento muy pesada, como si anduviera cargando con un leño grande, y tengo una sensación como de adormecimiento que me impide caminar normalmente. Ya no puedo andar sin usar el bastón para apoyarme.

Estoy muy cansada. Paso la mayor parte del día recostada en un sillón para recuperar las fuerzas. La pierna me duele mucho. Además, los lunarcitos de melanoma han comenzado a sangrar. No se trata de grandes hemorragias ni nada por el estilo, sino nada más de gotitas de sangre que llenan mis sábanas de puntitos rojos, como si se hubieran salpicado de salsa Tabasco. He comenzado a tomar una medicina para el dolor que se llama Dolac. Evi-to las aspirinas porque sé que adelgazan la sangre y me da miedo que empeore el sangrado de los lunarcitos de melanoma. Tengo que usar el bastón para moverme dentro de la casa. Sin embargo, y a pesar de todo, me siento feliz porque no se me ha caído el pelo. Salgo a la calle muy

poco, solamente para acudir a mis citas médicas y para reunirme con mis amigas y mis primas, que no me dejan ni a sol ni a sombra. A veces tengo ganas de decirles que no quiero salir a ninguna parte ni ver a nadie, pero ellas son tan insistentes que no me dejan opción; sobre todo Babi.

“¡Oh, Señor, hágase en mí según Tu voluntad!”

De pronto, de la nada, dos días antes de mi cita para la segunda quimio, una noche suena el teléfono y es un amigo charro de Luigi, al que tiene años de no ver.

—¡Hola, Luigi! ¿Cómo has estado? Soy Toño Camarso. Te estoy llamando porque acabo de enterarme de que Tatis tiene cáncer y quiero decirte que Alicia, mi esposa, también tuvo cáncer en los ganglios y se curó en una semana por medio de imanes, ¡sin quimioterapias ni operaciones de ningún tipo! Si quieres te doy los datos del señor que pone los imanes, por si ella quiere animarse a hacer la prueba. ¡No está lejos! Es en las calles de Puebla, en la colonia Roma.

Éste es el tratamiento alternativo que yo estaba esperando... “¡Una persona conocida mía que se cura de cáncer con este sistema alternativo y que me lo recomienda porque a ella le funcionó!”

Al día siguiente acudo al consultorio del señor Luis Vizcaíno para explicarle mi situación.

—¿Puede ayudarme, doctor?

—¡Claro que sí! Este tipo de cáncer yo lo curo en una sola sesión de imanes, pero con usted voy a tardarme un poco más, dos o tres sesiones. Porque ya le aplicaron quimioterapia y sus defensas están bajas. Pero recuerde que Dios es quien devuelve la salud a los enfermos. De nada sirve todo lo que usted haga si no tiene fe en Él.

—¿Qué religión tiene usted, doctor?

—Soy católico.

Me acuesto en una camilla como de masajes y el doctor me va poniendo los imanes por todo el cuerpo mientras me explica que el melanoma que yo tengo aparece cuando el organismo reúne cinco bacterias distintas que, unidas, se manifiestan en forma de cáncer en

la piel. Por más quimioterapia y talidomida que me administren, el melanoma no desaparecerá si no mueren primero las bacterias que lo ocasionan.

—Doctor, pero a mí me dijeron que el melanoma es el resultado de haberme asoleado mucho durante mi niñez y juventud...

—Sí, el sol fue en su caso el detonador para que estas bacterias produjeran el cáncer, pero por mucho que usted se haya asoleado, si en su cuerpo no estuvieran las bacterias del melanoma, no habría forma de que se enfermara de cáncer. Por eso hay tantas personas que se asolean intensamente durante toda su vida y nunca se enferman de cáncer.

—¿Y entonces por qué hay tanta gente en Australia e Inglaterra que se enferma de melanoma, y cada vez aparecen más casos?

—Pues porque seguramente estas personas tienen en común el tener en sus cuerpos las bacterias que ocasionan el melanoma.

—¿Y qué me dice del cigarro y el cáncer de pulmón?

—Pues es lo mismo... Se requiere de la presencia de determinadas bacterias en el organismo para que surja el cáncer de pulmón, y el detonador puede ser el cigarro, aunque hay personas que contraen este tipo de cáncer sin haber fumado en toda su vida, y hay otras que fuman hasta los noventa años y nunca les da cáncer. Todo depende de si tienen en su cuerpo esas bacterias o no.

—Oiga, y ¿por qué no dan a conocer este sistema a todo el mundo? ¿Si usted supiera los casos tan terribles que he visto en estos últimos tres años!

—¡Claro que lo hemos dado a conocer! No solamente a la Secretaría de Salud de México, sino también en todo el mundo, a través de la Organización Mundial de la Salud, porque con esta técnica se puede curar también el sida, todas las hepatitis, la diabetes, la hipertensión, el reumatismo, el asma, la sinusitis... En fin, ¡casi todas las enfermedades!

—¿Y cómo es que nadie ha oído hablar de esto? ¿Por qué no le han hecho publicidad?

—Lo que pasa es que las enfermedades, sobre todo las incurables, como el cáncer y el sida, involucran mucho dinero en todo lo relacionado con la fabricación de medicamentos, análisis de laboratorio, estudios médicos, cirugías, experimentos, etcétera. Y los imanes no cuestan nada. Cualquier persona puede aprender a ponerlos en un curso breve y barato. Y esto, por supuesto, no interesa a los grandes intereses económicos mundiales. Yo, por ejemplo, no soy médico, soy ingeniero mecánico electricista.

—¿Y cómo fue que acabó poniendo imanes, si tiene usted una profesión totalmente alejada del área de la salud?

—Pues porque después de cumplir cincuenta años, cada vez me costaba más trabajo conseguir contratos para dar mantenimiento en el ramo de la hotelería, que es donde yo trabajaba. Y un día, a través de internet, me enteré de este sistema para curar a la gente con imanes. La técnica fue descubierta por la NASA, pero fue un mexicano el que pensó en darle una aplicación médica. Actualmente es en Chile donde la terapia por medio de imanes ha tenido un mayor auge, pero ya se aplica en muchos países.

—¿Usted dónde aprendió a ponerlos?

—Fue precisamente en Chile. Averigüé dónde daban el curso, reuní el dinero y me fui. Coincidió con que mi padre enfermó de cáncer y estaba desahuciado, de manera que pude aplicar mis nuevos conocimientos en él y lo curé. De esto hace tres años y mi papá anda todavía por aquí, feliz y campante.

—Pues mire, ingeniero, si no le importa, voy a seguir diciéndole doctor, porque para mí un doctor es el que cura a la gente, aunque no haya estudiado la carrera de medicina.

El ingeniero-doctor me colocó imanes sobre la ropa, uno o dos a la vez, en determinados sitios de mi cuerpo: la cabeza, el hígado, los riñones, los pulmones, el bazo, la vejiga, el páncreas, etcétera. En cuanto pone un imán, de inmediato se coloca frente a mis pies y sostiene mis tobillos entre sus manos.

—¿Por qué hace eso, doctor?

—Bueno, los tobillos nos dicen muchas cosas. Por ejemplo, cuan-

do en su cuerpo hay bacterias, el pie derecho se encoge; se retrae. Cuando hay virus u hongos se alarga, y si no hubiese ningún parásito, los dos tobillos quedarían iguales. Por eso es que le pongo el imán y luego verifico en sus tobillos si hay alguna respuesta.

—¿Y qué es exactamente lo que hace el imán?

—El imán cambia el pH de la bacteria, del virus o del hongo, dejándolo completamente indefenso para que el sistema inmunológico del organismo lo destruya. El tiempo de vida del parásito indefenso frente al sistema inmunológico es de un minuto. Yo voy a dejarle los imanes durante quince minutos en los sitios donde haya bacterias de melanoma. Ahora bien, como le dije antes, el sistema inmunológico de usted está debilitado por la quimioterapia, así que necesito verla otra vez dentro de cinco días para ver cómo sigue, pero es necesario que ya no le pongan más quimios.

Luigi estuvo conmigo durante todo el proceso de la aplicación de los imanes. Obviamente los dos somos escépticos para todo este tipo de cosas nuevas y raras de las cuales jamás habíamos oído hablar.

—¿Tú viste si mi pie derecho se retraía? —le pregunté con curiosidad.

—No, Tatis. Yo vi los dos pies exactamente iguales en todo momento.

—Luigi, ¿cómo vamos a hacerle para que no me pongan más quimioterapia en Cancerología? Si se enteran de que me están poniendo imanes, ¡me corren!

Al día siguiente llegué con el doctor Aguilar para que me dijera si funcionaron la quimioterapia y la talidomida.

—Tatis, me temo que vamos a tener que posponer una semana la aplicación de la segunda quimio, porque sus análisis de sangre muestran que sus defensas están demasiado bajas.

—Doctor, ¿qué tal si posponemos la quimioterapia hasta dentro de un mes, porque quiero hacer un viaje con mi hija y me gustaría sentirme bien, sin las molestias del tratamiento.

—A ver, déjeme revisarla primero.

El doctor Aguilar revisa mi pierna y mi abdomen cuidadosamente.

—Mire, Tatis, me temo que el tratamiento no ha servido en absoluto. El melanoma sigue avanzando como si nada. De hecho, los lunar-citos de melanoma han ido creciendo y se han unido unos con otros, formando estas grandes manchas verdes.

—¡No me diga, doctor! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Pues vamos a tener que cambiar la fórmula de la quimioterapia por otra más fuerte, pero creo que no servirá de nada tampoco. Creo que lo más acertado es esperar a que inicie el protocolo de agosto, el cual está muy bien sustentado por instituciones oncológicas de Europa. Así que, por mi parte, no hay inconveniente en que se vaya usted de viaje con su hija. Si la quimioterapia y la talidomida hubieran funcionado, de ninguna manera le permitiría retrasar el tratamiento, pero como no fue así... ¡Váyase, diviértase, échese sus drinks y nos vemos dentro de un mes!

“Por lo visto este doctor ya no tiene muchas esperanzas de curarme —reflexiono—, pero al menos ya no tendremos que desembolsar más dinero.” No dejo de pensar en esas dos ampollitas de Melfalán-Alkerán que me costaron tres mil dólares y que no se usaron. ¡Me hizo falta más fe para no caer en la tentación de volverme a hacer la perfusión! “¡Oh, Señor; si hubiera confiado en Ti!” He tratado de venderlas, pero la gente prefiere comprarlas directamente en una farmacia porque temen comprárselas a alguien que tal vez no les haya dado el trato que requiere este tipo de medicamentos tan delicados y caros. “Si no se han vendido para cuando se aproxime la fecha de caducidad, voy a regalarlas”, decido.

Transcurre el fin de semana y observo continuamente los lunar-citos y manchas de melanoma en busca de algún cambio ocasionado por los imanes, ¡pero nada! Las molestias en mi pierna siguen igual y en mi interior comienzo a tener dudas en cuanto a la eficacia de los imanes en mi caso particular.

Cuando llego a mi siguiente sesión de imanes, el ingeniero-doc-tor procede a ponérmelos nuevamente y a verificar la respuesta de mis

tobillos, en busca de residuos de bacterias.

Acabo de encontrar una bacteria que se escondió la vez pasada, pero ya está anulada. He revisado todo su cuerpo y no hay evidencia de que quede ninguna otra bacteria, pero necesito verla una vez más para concentrarnos en todas las cicatrices que le quedaron en el cuerpo como consecuencia de las cirugías, porque las cicatrices se convierten en receptáculos de las bacterias que originan el cáncer y es importante aplicar ahí los imanes de manera especial para que no haya reincidencia. La espero la próxima semana.

Pasan los días y observo que ya no me duele la pierna, ya no la siento dormida ni me pesa, y mis sábanas amanecen limpias. Poco a poco desaparece el cansancio. Casi sin darme cuenta, vuelvo a hacer mi vida normal, como cuando estaba sana. Ya no uso el bastón, ya no necesito recostarme para recuperar las fuerzas... ¿Será que de veras funcionaron los imanes?

En la tercera sesión el ingeniero-doctor me pregunta cómo me he sentido, pero la expresión de mi rostro lo dice todo. Mis ojos brillan otra vez, mi sonrisa es amplia y alegre y la piel de mis mejillas irradia luminosidad.

Le señalo los lugares donde tengo cicatrices y me coloca ahí los imanes durante quince minutos. Luego los retira y los pone en otros sitios del cuerpo durante otros quince minutos, verificando en todo momento mis tobillos.

—Ahora sí, Tatis, ya puede irse. Está curada al cien por ciento. Ya no hay cáncer en su cuerpo. Váyase a su casa y haga su vida normal.

—¿De veras, doctor? ¿Está usted seguro? —pregunto incrédula.

—Sí, Tatis, completamente seguro.

—Y, ¿qué va a pasar con las manchas de melanoma que tengo en la pierna?

—Pues simplemente se le irán secando hasta desaparecer. A lo mejor le quedarán algunas manchitas de pigmento, pero ya sin ninguna consecuencia.

¿Será? ¿Cómo es posible que en quince días y con tres sesiones de imanes ya esté curada de esta enfermedad tan terrible, después

de tres años de un suplicio indescriptible? Me resulta totalmente ilógico que tantas operaciones, tantos tratamientos y tantos médicos en los mejores lugares donde me han atendido el cáncer, como son el hospital de Oncología del Centro Médico Nacional Siglo XXI, el Instituto Nacional de Cancerología y el hospital St. Luke en Houston, todos ellos de reconocimiento internacional, no hayan podido curarme sino que, muy por el contrario, me hayan desahuciado... ¡Y ahora resulta que de buenas a primeras ya me curé con unos cuantos imanes!

—¿Y cada cuando debo venir a que me revise?

—Pues cada seis meses o cada año... ¡Cuando guste!

—Si no le molesta, doctor, yo quisiera regresar una vez más dentro de diez días, nada más para asegurarnos de que sigo bien, ¿está usted de acuerdo?

—¡Sí, claro! No hay problema.

Luigi y yo salimos de ahí encantados. Me siento perfectamente y camino por la calle como si estos últimos tres años jamás hubiesen existido para mí. Mi pie derecho sigue hinchado como consecuencia de la falta de ganglios inguinales, pero no me duele ni me molesta en absoluto.

Mi familia y mis amigos no dan crédito a lo que les digo. Se alegran conmigo, pero me ven con cierta reserva y, muy en su interior, temen que esto sea nada más una ilusión. Yo también temo lo mismo, pero no se los digo. Guardo mis temores para mí misma y vivo cada día disfrutando de la salud que acabo de recuperar. A lo mejor no me dura mucho el gusto, pero por lo pronto mi calidad de vida ha dado un giro de ciento ochenta grados y me siento perfectamente.

—¡Muchas felicidades, Tatis! —exclama mi hermano Nacho cuando le doy la noticia. Ahora ve con los médicos para que te hagan estudios y comprueben que ya no hay melanoma vivo en tu cuerpo.

—¡Esto es un milagro, Tatis! —me dice a grandes voces mi prima Luli—. Tienes que escribir una carta al Vaticano diciendo que Juan Pablo II te hizo el milagro.

—No puedo hacer eso, Luli, porque muchas otras personas han

estado pidiendo por mí a la Virgen y a Santa Magdalena Sofía Barat, ¿cómo podríamos saber quién de ellos nos hizo el milagro?

—¡Jajaja! —ríe Luli—. Tú de todos modos manda la carta al Vaticano contándoles todo y que ellos decidan a quién se le debe atribuir este milagro tan grande.

El doctor de los imanes me revisa por última vez y me da de alta, asegurándome nuevamente que estoy curada al cien por ciento.

Uno de aquellos días suena el teléfono. Era mi amiga Mina.

—¡Tatis! —exclama nerviosamente—, ¿tienes con qué apuntar? Te voy a dar el nombre y el teléfono de un padre que hace exorcismos.

“¿Es que ella considera el melanoma como un demonio?”, pienso divertida.

—¡Tienes que sacar una cita con él lo más pronto posible, pero antes te tienes que ir a confesar y rociar agua bendita en toda tu casa!

—Mina, ¿por qué me estás diciendo todo esto? ¿Por qué tengo que ir a que me hagan un exorcismo?

—¡Cómo! ¿Es que no sabes que los imanes son satánicos? ¡Es obvio que no lo sabías! ¡Actuaste con toda inocencia y sin el menor conocimiento de causa! Pero tu salvación está en riesgo. Te voy a mandar unos CD en los que viene muy bien explicada la relación entre los imanes y los ritos satánicos, para que entiendas en qué situación estás.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas. No puedo entender cómo es posible que los imanes sean considerados como satánicos, y no así la quimioterapia, las radiaciones, la talidomida y el Interferón. Yo no podría entender a un Dios que, al llegar ante Su presencia, me dijera: “¡Como tú aceptaste curarte con imanes y no fuiste a que te hicieran un exorcismo, te condeno a irte al infierno para toda la eternidad!”

Luigi está junto a mí y, al escuchar las palabras imán y satánico, comienza a sulfurarse y a exigirme que cuelgue el teléfono de inmediato.

—¡Tatis! —exclama enojado—, ¿cómo es posible que cuando apenas estás intentando salir del trauma que has vivido en estos últimos tres años, venga esta señora a decirte que tienes el demonio

adentro? ¡No quiero que vuelvas a hablar con ella! ¡No quiero que vuelvas a verla ni a contestarle el teléfono!

—¡Cálmate, Luigi! Una cosa es lo que ella diga y otra muy distinta lo que yo piense y lo que yo haga... ¿Desde cuándo me consideras una persona influenciable? Y, por favor, no quiero que menciones esto a Ale ni a Ian. No les metas ideas en la cabeza que no tienen necesidad de saber.

A los pocos días platico con mi confesor.

“Mire, Tatis, todo depende de la intención con la que se hagan las cosas. En los ritos satánicos también se usa el agua, y no por eso tenemos que exorcizarnos cada vez que tomamos agua. Los barcos utilizan brújulas con imanes, y no por eso hay necesidad de rociarlos con agua bendita. Usted aceptó que le aplicaran los imanes teniendo mucha fe en que la voluntad de Dios es capaz de curar cualquier enfermedad a través de los medios más extraños. Váyase en paz y dé gracias a Dios de que por fin está recuperando la salud.”

Mi espíritu descansa y mi tranquilidad regresa. Pasan los días y mi pierna sigue de maravilla; no tengo ninguna molestia y hago mi vida completamente normal. De hecho los lunarritos de melanoma, antes hinchados y brillantes, ahora se ven desinflados y opacos; además, ya no me duelen al tacto. Ale tiene su tiempo muy ocupado con el trabajo y me encarga algunos pendientes de su boda; yo le ayudo aprovechando que me siento bien y que no tengo otras responsabilidades.

Luigi no lo cree: tengo ganas de salir en la noche y acepto invitaciones a cenas y bailes con Arturo y Silvia, Lalo y Susana. Comienzo a salir de viaje: visito a Fernanda, mi hermana, en Morelia, y voy a Puebla con mis amigas Chabe y Maruca, y me organizo para asistir a varias bodas fuera de la ciudad.

Sin embargo, observo que van aumentando los lunarritos de melanoma en mi abdomen.

“Virgencita, mía, ¿acaso escuchaste mi súplica de ayudarme a llegar caminando a la boda de Ale? ¿Será posible que me hayas mandado los imanes para regalarme unos meses maravillosos antes de

la boda? ¡Mil gracias mi Niña linda! Bendito sea tu Sagrado Corazón.” Falta una semana para mi cita del 3 de abril en Cancerología... ¿Qué debo hacer, Ángel mío? Mi pierna está tan bien, que me resulta sorprendente verla completamente llena de lunares y manchas azul-verdosos sin sentir ninguna molestia. Y, sin embargo, estos lunarcitos van en aumento. ¿Debo aceptar que me inscriban en un protocolo para probar en mí medicamentos experimentales? ¿Permitiré que me sigan metiendo más quimioterapias? ¿Será posible que por voluntad propia y sintiéndome perfectamente bien, acepte recibir tratamientos que, de tan fuertes, me tumban en un sillón a causa del malestar general que me producen? Y, si no acepto, ¿estaré acelerando mi muerte? ¿Cómo debo enfrentar esta nueva situación frente el doctor Aguilar? ¿Y si corto definitivamente el cordón umbilical que me une a Cancerología y me someto exclusivamente al tratamiento con los imanes? ¿Y si así lo hago y luego el cáncer invade mi cuerpo y ya no me abren las puertas en Cancerología?

Mi hermano Santiago me mandó una bolsita que contiene cartílago de tiburón en polvo. Conforme a las instrucciones recibidas, comienzo a tomar la puntita de la cuchara tres veces al día, pero a los pocos días descubro que este polvito tiene el inmenso poder de transformar en líquido todo lo que como, así que, aunque sé que a muchas otras personas les ha dado buenos resultados en la curación del cáncer, en mí definitivamente no está funcionando y decido dejar de tomarlo, porque me da miedo volver a quedar en los huesos.

Durante el mes de vacaciones que me dio el doctor Aguilar, me tomo unos días para irme con Ale a San Antonio para comprar sus donnas. Mi hermana Fernanda fue la que propició el viaje al regalarnos los boletos de avión y la estancia en el hotel. Recorrer las tiendas en compañía de mi hija es la mejor terapia del mundo, ¡ningún psiquiatra se le puede comparar! Como había que recorrer grandes distancias durante muchas horas, decidimos usar una silla de ruedas para no agotar mi cuerpo. ¡Fue muy divertido recorrer todo San Marcos y el North Star Mall con Ale empujándome por

todos lados! ¡Ni duda cabe de que ella hizo un ejercicio excelente! Estos días fueron verdaderamente maravillosos y disfruté mucho a mi hija. Regresamos a México cargadas de energía y con el espíritu renovado.

Así llega la fecha de mi siguiente cita con el doctor Aguilar. Aunque en general me siento bien, desde hace unos días he notado un dolorcito molesto en el lado derecho de la cintura y, además, han aparecido más lunarcitos nuevos de melanoma en mi abdomen y en mi pie derecho, tanto en el empeine como en la planta y en los dedos del pie.

—No se preocupe, Tatis, vamos a ordenarle unos estudios para ver cómo anda su abdomen y su pelvis —dice sonriente el doctor Aguilar.

8 de mayo de 2006

El ultrasonido demuestra que el melanoma ya llegó a mi riñón derecho y al hígado, y en la radiografía del tórax aparece una bolita en el pulmón derecho. Esta circunstancia preocupa mucho al doctor Aguilar, quien decide meterme quimioterapia otra vez, en un intento por frenar el avance de la enfermedad.

“Le vamos a administrar unos fármacos de quimioterapia que se aplicarán una vez por semana y otros cada veintidós días. De manera que conviene ponerle un catéter en el pecho para no molestarse sus venas. Estos fármacos no van a interrumpir el avance de la enfermedad, pero al menos intentaremos detenerlo un poco para darle tiempo de llegar al protocolo. Pero primero necesito que le hagan unos análisis de sangre y de orina para verificar si sus riñones tolerarían la quimioterapia.”

Mientras me hacen los estudios de laboratorio, sigo ocupándome en los preparativos para la boda. Dentro de quince días será la despedida de mano y, además, estoy organizándoles a Ale y a Gil una despedida de solteros en el próximo mes de junio. ¡Faltan solamente tres

meses para la boda! He decidido que los dos actos deben resultar lindos, no sólo porque Ale es mi única hija y quiero que su pedida de mano y su despedida de soltera sean inolvidables, sino también porque Gil es un excelente muchacho, inteligente y sensible, y creo que los dos se lo merecen.

He dejado de ir a los imanes porque he comprobado que no me están curando. Tal vez regrese a que me los ponga el señor Vizcaíno, pero eso será más adelante, cuando me sienta mal a causa del dolor o de las molestias. Por el momento me he sentido bien, no me duele la pierna y prefiero dedicarme a mi casa y a los preparativos de la boda.

Ian anda muy reservado. He notado que se ha refugiado demasiado en el trabajo y que evita pasar mucho tiempo conmigo. De hecho, aunque siempre es muy cariñoso y atento, los últimos fines de semana asistí a dos bodas fuera de la ciudad, una en Valle de Bravo y la otra en Acapulco, y él no asistió a ninguna, prefirió quedarse en México. Creo que sufre mucho con toda esta situación e, inconscientemente, se aísla. No sé cómo ayudarlo. Intento que mi actitud sea siempre optimista, alegre y normal, pero todos en la casa conocen la realidad y no se dejan engañar.

10 de mayo de 2006

Mis tías Blanca, Ana y Beatriz, hermanas de mi papá, han estado muy afligidas por el desarrollo de mi enfermedad. Ellas han visto de cerca todos los tratamientos y operaciones a los que me he sometido, y están desesperadas porque nada ha servido para curarme.

—Tatis... —dice mi tía Blanca, que es monja— fíjate que a doña Concha Cabrera de Armida, fundadora de la orden de los padres del Espíritu Santo, le falta un milagro para que la hagan santa, así que platiqué tu caso con las personas encargadas del proceso de canonización para unirnos en oración y pedirle que te haga el milagro. Así mataríamos dos pájaros de un tiro: la santificación de ella y tu

curación... ¿Qué dices?

—Pues mira, tía, yo les agradezco muchísimo este esfuerzo y claro que estoy de acuerdo en que recen por mí pidiéndole el milagro a doña Concha. Sin embargo, ten en cuenta que no puedo pedirle a Dios mi curación, porque recuerda que le ofrecí mi vida y todo el proceso de mi enfermedad para que cure a otra mu-jer con hijos pequeños que todavía necesitan a su mamá. No podría retractarme del ofrecimiento que le hice a Dios, pidiéndole ahora que me cure... ¿Estás de acuerdo?

—Está bien, Tatis, tú deja que nosotros recemos por ti y deja de preocuparte.

Ayer tuve un disgusto muy fuerte con Luigi. Resulta que la Gordi, que es mi sobrina y mi ahijada, participó en el concurso de danza de su colegio, en el teatro Metropolitan, ubicado en el centro de la ciudad de México. Yo tenía muchas ganas de ir a verla, pero Luigi no quería llevarme. ¡Es desesperante no poder manejar un auto! Ale estaba organizándose en su trabajo para acompañarme, pero sucedió que mi hermana Fernanda y su hija Bibis estaban en México, y las tres nos animamos a ir juntas al acto en taxi. Por la noche teníamos el compromiso de ir a cenar con mis primas a El Farolito, así que el plan era ir al teatro y, de ahí, al restaurante.

A Luigi, por razones completamente incomprensibles para mí, no le pareció la idea en lo más mínimo, pero me dejó ir con cara de pocos amigos.

—¡No es posible que quieras hacer todo! —exclamó furioso antes de verme cerrar la puerta.

El acto de la Gordi se alargó mucho. Comenzó a las cinco de la tarde y terminó a las ocho y media de la noche. La cita con mis primas en El Farolito era a las ocho, de manera que ya no nos da-ba tiempo de llegar debido a la distancia y al tráfico.

—Oye, Tatis —dice la Fer—, te invito a cenar en el hotel antes de que te vayas a tu casa... ¿Qué te parece?

Fernanda estaba hospedada en un hotel ubicado bastante cerca

de mi casa, así que la idea me pareció excelente. De todos modos era necesario pasar al hotel a dejar a la Fer y a la Bibis antes de continuar el viaje hasta mi casa, así que no representaba ninguna complicación hacer una pequeña escala para cenar con ellas.

Llegué a mi casa a las once de la noche. Luigi estaba en la puerta montado en pantera y me recibió a gritos.

—¡Si vas a hacer lo que quieras, pues mejor vete de la casa! ¡Te marqué cuatro veces al celular y no me contestaste! ¿Dónde demonios estabas?

Su reacción me pareció completamente desproporcionada. He notado que, de un tiempo para acá, ha estado reincidiendo en sus antiguos arranques groseros, infantiles y caprichosos.

—Te dije que iba a ir al teatro y de ahí a cenar con mis primas. Además, no andaba sola. Estaba con mi hermana y con mi sobrina. El plan de cenar con mis primas se canceló debido a la hora, pero lo cambié por la cena en el hotel con Fernanda... Y si no escuché el celular, fue porque había un escándalo espantoso en el teatro...

—¡Pues a mí no me interesa si cambiaste de planes o no! ¡Ya podías haberme avisado! ¡Y si no te gusta, pues dímelo de una vez para que cada quien agarre por su lado!

No quise hacer ningún comentario más. Entré a la casa y me di-rigí a mi cuarto en silencio. Me puse mi pijama y me acosté. Me tardé mucho tiempo en dormirme porque no podía dejar de llorar.

Hoy amanecí con el ánimo por los suelos y mi espíritu se siente sumamente craquelado.

“¡Qué hago, Dios mío! Necesito ayuda para no hundirme, pero no quiero agobiar a mis hijos con estas preocupaciones... ¡Ya bastante pesado es para ellos tener que lidiar con mi enfermedad, como para que todavía los abrume con estos pleitos tan tontos! Y no quiero hablar de esto con nadie más porque tampoco se trata de que todo el mundo odie a Luigi... A ver... ¿Cuál es mi situación? ¿Puedo, emocionalmente, seguir soportando las explosiones de Luigi? Definitivamente no. Ya no estoy en condiciones de hacerlo.

Luigi me ha exigido que “me largue de la casa...” ¿Qué puedo hacer? Dispongo del dinero de mis incapacidades y con eso puedo pagarme el refugio para enfermos de cáncer que mantienen unas monjitas cerca del hospital de Cancerología. ¡Ésa es la solución! La decisión está tomada, pero no puedo hacerlo sin antes intentar evitar esta drástica ruptura mediante una conciliación, así que resuelvo, aun en contra de todas mis convicciones, hablar con Ale, porque lan, a estas horas de la mañana, ya está en la oficina.

—Ale —le digo con lágrimas en los ojos—, por favor discúlpame, Chaparra, por venir contigo en busca de ayuda. Tú ya bastantes complicaciones tienes con la organización de tu boda, como para que todavía venga a echarle más piedritas al morral...

Ale me ve llorando y me abraza.

—Mamá —exclama conmovida—, ¿qué te pasa?

—Es que ayer tuve un pleito muy fuerte con tu papá porque llegué a las once de la noche. Me grito muy feo y me dijo que me fuera de la casa.

—Mamá... ¿Por qué no nos avisaste? ¡Todos estábamos muy preocupados por ti! ¡Mi papá te marcó varias veces al celular y no le contestaste el teléfono!

—Gordita, sabían perfectamente cuáles eran mis planes porque yo se los conté. Además, ¡soy una mujer de cincuenta y dos años! Y no estaba sola, andaba con mi hermana y mi sobrina. ¡Y ustedes sabían de antemano dónde iba a estar y cuáles eran mis planes! Lo único que cambió fue que en lugar de cenar en El Farolito cené en el hotel con Fernanda... ¡Eso fue todo! ¡Y si no contesté el celular fue porque no lo escuché con el ruido del teatro!

—Tienes razón, mamá, lo que pasa es que tu condición de salud nos preocupa mucho, y nos angustiamos cuando no sabemos de ti.

—Lo entiendo, hija, pero Fernanda andaba conmigo y ella les hubiera informado de cualquier eventualidad.

—Sí, mamá, es cierto, pero también compréndenos a nosotros. Mi papá estaba muy preocupado...

—Pues sí, Chaparra, pero definitivamente ya no puedo tolerar

más gritos. Mi alma ya no soporta más agresiones, está profundamente cansada. Tu papá me dijo que me fuera de la casa y eso es lo que pienso hacer.

—¿Y a dónde te vas a ir?

—Al refugio de las monjitas del hospital de Cancerología... Ahí tendré paz.

—Por favor no te vayas, mamá.

—Pues necesitaría que hablaras con tu papá y con tu hermano. Sería bueno que los tres tengan una juntita y que se pongan de acuerdo en su forma de reaccionar. Porque ya no toleraré más violencia, ni gritos ni reclamos de ninguna especie. No por sangrona ni por pedante, sino simplemente porque mi alma ya no los soportaría... Está sumamente cansada, agotada.

Han pasado los días y la actitud de Luigi se ha suavizado. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Fernanda ya se regresó a Morelia y que en estos días no he tenido más compromisos sociales. Sigo muy dolida con él por su agresividad, pero intento llevar las cosas en paz para no mortificar a nadie. Quiero que Ian y Ale se sientan tranquilos en su trabajo y en su vida diaria, y así también mis hermanos, mis primas y mis amigas.

19 de mayo de 2006

Llega el día de mi cita en Cancerología para conocer el resultado del estudio renal que me hicieron hace unos días.

—Mire, Tatis —dice pausadamente el doctor que me atiende—, los estudios muestran que sus riñones sí tolerarían la administración de las quimioterapias, pero la realidad es que necesitamos que tome usted una decisión, porque debo decirle que estos tratamientos no ofrecen mucha esperanza en la curación del tipo de cáncer que usted padece.

—A ver, doctor. Le ruego que sea usted muy honesto, objetivo

y realista conmigo. Dígame por favor qué porcentaje de probabilidades hay de que las quimios detengan el avance del melanoma.

—Pues mire, la verdad, yo diría que, cuando mucho, cinco por ciento, sobre todo teniendo en cuenta que ésta sería la segunda línea de quimioterapia que le aplicaríamos, lo cual reduce las probabilidades de éxito en el tratamiento.

—Y entonces ¿usted qué me propone?, teniendo en cuenta su experiencia en estos casos.

—Pues nosotros la apoyaríamos totalmente si usted decide no aplicarse el tratamiento, porque la verdad es que su calidad de vida disminuiría mucho debido a los efectos secundarios de la quimioterapia y no le veo el caso, teniendo en cuenta que las probabilidades de mejoría son extremadamente bajas, casi nulas, diríamos. Yo le propondría darle una nueva cita dentro de un mes y, mientras tanto, usted se hace estudios de tomografías para determinar el avance del melanoma en sus órganos internos, particularmente en los pulmones, porque no me gusta la bolita que aparece en la radiografía.

—¿Quiere usted decir que me vaya a mi casa sin ninguna medicina ni tratamiento de nada?

—Efectivamente, estaríamos en espera de que inicie el protocolo y, mientras tanto, usted seguiría su vida normal en casa. Sin embargo, esto no quiere decir que la dejaremos sola. Le voy a pedir que se haga una tomografía de hígado, de pelvis y de tórax, y que regrese conmigo dentro de un mes para verificar cuál es el avance de la enfermedad. Pero recuerde que en el momento en que quiera puede venir al hospital en busca de atención médica o, si cambia de opinión en cuanto a la aplicación de la quimioterapia, venga a verme y se la administraremos inmediatamente.

“¡Vaya! ¿Escuché mal o finalmente me están dejando en paz?”

Mi decisión es a favor de no aplicarme más quimioterapias e irme a mi casa a disfrutar, y no a padecer, el tiempo que me quede de vida. Total, si comienzo a sentir dolores insoportables, pues siempre tengo al alcance de la mano el recurso de los imanes, que tanto me ayudaron para reducir las molestias que sentía en la pierna derecha,

así como también las excelentes medicinas para el dolor que me han ofrecido tanto en el hospital de Oncología del Centro Médico Siglo XXI como en el de Cancerología, aunque, la verdad, quisiera evitarlas hasta donde me sea posible, porque este tipo de medicinas atarugan mucho el entendimiento y a mí me gustaría estar consciente al cien por ciento durante el mayor tiempo posible. Sin embargo, no soy santa ni intento serlo. Simplemente, cuando el dolor sea intolerable, recurriré a las medicinas que haga falta y ya.

23 de mayo de 2006

Hoy amanecí con una sensación extraña, como de gripa. Además, me duele la cintura. Paso la mayor parte del día acostada y Luigi me compra una medicina para resfriados llamada Tabcín.

24 de mayo de 2006

Me siento mejor. La medicina para la gripa me funcionó muy bien, porque me quitó, incluso, el dolor que traía en la cintura.

25 de mayo de 2006

Hoy es el aniversario número cuarenta y tres de mi primera comunión. Amanecí sintiéndome de maravilla y con mucha energía. El viernes pasado se fue Imelda, mi muchacha, así que hoy anduve trajinando todo el día en los quehaceres de la casa. No me ha dolido la cintura y no me ha salido ningún lunarcito más de melanoma, ¿será que están funcionando las oraciones de mi tía Blanca?

Pasado mañana será la pedida de mano de Ale y el 24 de junio la despedida de soltera. La fecha de la boda está cada día más cerca y la emoción comienza a invadirnos. Ya está todo organizado y estoy

segura de que, con la ayuda de la Virgen María, que es la madrina de la boda, todo saldrá de maravilla. Sin embargo, y aunque Ale y Gil están financiando su boda, me preocupan los gastos ineludibles que se avecinan, porque Luigi no me apoya en nada. Lo bueno es que tengo mucha fe en que todo se irá resolviendo favorablemente, poco a poco, y me tranquiliza mucho saber que cuento con el apoyo incondicional de mi hermano Santiago.

“Oh, bendito Padre mío, que estás en el Cielo y que en todo momento estás al pendiente de mí. Te ruego que, antes de irme contigo, me ayudes a cubrir estos gastos. Así como multiplicaste los panes y los peces cuando Jesús daba el sermón en la montaña, así también te ruego que me ayudes a multiplicar el dinero del que dispongo para que todos los hechos relacionados con la boda queden preciosos. También te pido que le mandes trabajo a Luigi para que pueda vivir con dignidad.”

27 de mayo de 2006

Hoy es la pedida de mano de Ale. El banquetero que servirá en la boda es el responsable de atender la cena de hoy. La casa se ve preciosa llena de flores. Comienzan a llegar los invitados: son nueve por parte de Gil y somos quince por parte de Ale. Los meseros atienden solícitos a las visitas con bebidas y canapés de caviar y camarones, mientras en la cocina se esmeran en lograr una cena perfecta. Además, un pianista comienza a interpretar bellas melodías en el piano que tenemos en la sala.

El papá de Gil es diplomático de profesión. A lo largo de su vida ha trabajado en distintas embajadas y es un internacionalista muy reconocido en México.

La cena ha estado deliciosa y llega el momento del brindis. Los meseros hacen llegar una copa de champaña a cada invitado y el papá de Gil toma la palabra para pedir la mano de Ale. Sólo habla maravillas de ella y expresa su alegría por recibirla en su familia.

Luego Gil hace también uso de la palabra y manifiesta su amor

por Ale y su enorme deseo de hacerla feliz.

Es el turno de Luigi, pero la emoción lo invade y no puede “otor-gar la mano de su hija”. Se le llenan los ojos de lágrimas y no acier-ta más que a balbucear unas cuantas palabras que más bien suenan como una amenaza para Gil en cuanto a que la trate bien.

—¡Que hable la mamá de la novia! —insisten los invitados.

A mí se me hace un nudo en la garganta y, por primera vez en mi vida, siento que el mundo se me viene encima... ¡No sé qué decir frente a todas estas personas, en este momento tan importante! Los ojos y los oídos de todos los presentes están posados en mí y me observan atentamente. Yo me había preparado con antelación para expresarle a Gil, en privado, mis sentimientos, ¡pero son cosas que no puedo decir en público! Dios mío, ¿por qué no me imaginé que esto podría suceder? ¿Por qué no me preparé con tiempo para esta situación?

—Bueno, a mí solamente me queda decir que Ale y Gil forman una excelente pareja y que se merecen toda la felicidad del mundo.

Pero la cosa no quedó ahí... ¡Yo y mi bocota! En un intento inconsciente por romper el hielo de la formalidad y cerrar todos los discursos con un chascarrillo, levanto mi copa de champaña y ex-clamé: “Pero eso sí, Gil, debo decirte que la prefiero viuda que divorciada, ¿eh?”

Ahí estuvo, cinco palabras que destruyeron, como por arte de magia, todo el encanto de la cena, de las flores, del brindis, de la música... ¿Por qué dije lo que dije? ¡Sólo Dios lo sabe! Tal vez Freud lo sabría explicar.

—¡Yo no estoy de acuerdo con eso! —exclamó molesta la mamá de Gil, con toda la razón del mundo.

Todos brindamos, pero la magia del momento se había roto. Los invitados continuaron conversando, la Bibis cantó dos o tres canciones acompañada por el piano y luego las visitas comenzaron a retirarse.

¡Jamás había experimentado una vergüenza tan grande!

“Jesús mío, ahora comprendo que mi soberbia ha sido tan grande que debías ayudarme a entender que yo también soy humana y también cometo errores garrafales, como todo el mundo, en los momentos más inesperados. Gracias, Señor, por mandarme esta experiencia que me ha servido para darme cuenta de que el único perfecto eres Tú y también de que los seres humanos continuamos cometiendo errores hasta el último día de nuestras vidas, aunque tengamos noventa y cinco años.”

Al día siguiente llamé por teléfono a los papás de Gil para ofrecerles mis más sinceras disculpas y luego escribí una carta dirigida a Ale y a Gil en la que intenté expresarles mi amor por ellos.

Muy queridos Gil y Ale:

He estado reflexionando mucho sobre lo que pasó el sábado y he llegado a una conclusión muy sencilla: simplemente ni José Luis ni yo pudimos entregar a nuestra hija.

Y esto no tiene nada que ver contigo, Gil, porque de hecho te consideramos un excelente muchacho, inteligente y sensible, y somos muy afortunados de que formes parte de nuestra familia. A tus papás y a tu hermano también los apreciamos mucho, los tenemos en muy alta estima y estamos convencidos de que Ale no podría haber quedado en una mejor familia.

Sin embargo, y aunque somos conscientes de que la ceremonia de la pedida es algo simbólico y enteramente tradicional, definitivamente no deja de resultar difícil expresar con palabras el famoso “sí, te la doy”.

Me conozco y estoy convencida de que, de haberme pasado por la cabeza la posibilidad de que a mí me concederían el micrófono, habría preparado con anterioridad unas palabras que expresaran mi sentir en ese momento, pero tristemente no fue así... Me tomó totalmente por sorpresa y de pronto se me vinieron encima todos los recuerdos y todos los momentos felices de la vida de mi niña: desde el momento en que supe que ella vivía en mí hasta la fecha.

Quiero que les quede claro que me siento muy feliz de que se casen. Creo que los dos forman una pareja fuera de lo común y estoy segura

de que sus valores, sus principios y el ejemplo y la formación que han experimentado en sus respectivas familias les serán de gran ayuda para cimentar su hogar sobre bases fuertes y sólidas.

Lamento mucho que las cosas sucedieran así y espero que de aquí en adelante el camino quede allanado para que la relación entre nosotros se fortalezca cada día más.

No me queda más que expresarles lo mucho que los quiero y lo mucho que les deseo una vida en común feliz y exitosa.

Con cariño,

Tatis.

31 de mayo de 2006

El dolor en la cintura regresó y más fuerte; ahora me duelen también la boca del estómago y las costillas. He tomado Dolac pero no me ha funcionado. En las noches me despierta el dolor.

—¿Qué tal si te llevo al hospital? —pregunta Luigi, preocupado.

—No, Luigi, prefiero que regresemos a que me pongan los imanes, porque las medicinas para el dolor que me van a recetar en el hospital son adictivas y producen sueño. Mejor probamos los imanes y, si no me funcionan, pues entonces vamos al hospital. ¿Qué te parece?

1 de junio de 2006

Los imanes son una maravilla. El señor Vizcaíno los coloca en los lugares indicados, que sólo él sabe, y el dolor desaparece casi por completo en una sola sesión.

Otra vez recupero mi vida y me siento bien para seguir adelante con mis actividades diarias y todos mis proyectos hasta que Dios me lo permita. Por el momento todo está detenido hasta que pase la boda de Ale, porque así se lo he pedido, como un favor especial, a

mi Madre bendita del cielo, y Ella me lo ha concedido.

EPÍLOGO

19 de junio de 2006

Hoy debo ir a mi cita en Cancerología para que me digan el resultado de las tomografías que me hicieron la semana pasada.

No siento miedo... Sé que hemos hecho todo lo posible por detener el avance del melanoma y estoy tranquila... Por mí no ha quedado. Es un hecho que los tumores han llegado a mi hígado y a mi riñón y en esta cita solamente espero que me informen qué tan afectados están ya mis pulmones. A pesar de la gran fe que tengo en cuanto a que mi Virgencita me ha concedido llegar caminando a la boda de Ale, las preguntas que me vienen a la cabeza son: ¿llegaré realmente a la boda de Ale? ¿En qué condiciones?

Cuando entro al consultorio B-17 del doctor Aguilar en Cancerología, él me recibe con la exclamación de siempre: "¡Ah... Ya llegó la señora de la gran sonrisa!"

—¡Hola, doctor! ¿Cómo le ha ido?

—Muy bien, Tatis... ¿Y usted? Cuénteme cómo se ha sentido.

—Bastante bien, doctor, pero dígame por favor el resultado de las tomografías.

El doctor se concentra en la pantalla del monitor que tiene sobre su escritorio y la expresión de su rostro denota incertidumbre y sorpresa.

—A ver, déjeme revisarla.

"¡Ay, Dios! ¿Y ahora qué más?"

El doctor me revisa cuidadosamente la pierna, el pie y la pelvis...

—Doctor, he notado que los lunarcitos de melanoma, antes inflados y brillantes, ahora se ven desinflados y opacos. Además, ya no me duelen al tacto.

—¿Pues qué se ha hecho, Tatis?

Siento miedo de decirle que he estado yendo a que me pongan imanes.

—¡Nada en especial, doctor! Aunque sí me sigo poniendo el agua bendita todas las mañanas.

—¡Oiga, ¿pues de cuál agua bendita se está poniendo? Porque, mire, la realidad es que las tomografías muestran evidencia y rastro de melanoma en su hígado y en sus riñones, pero aparentemente todo está seco, calcificado. Y lo mismo observo en la piel de su pierna y de su abdomen. La verdad, no me lo explico.

—¿Me está usted diciendo que ocurrió un milagro?

—¡Pues en realidad es posible que sí! Pero por favor no lo vaya a comentar fuera de estas paredes, porque... ¡Imagínese que la gente comience a decir que el doctor del B-17 es el doctor de los milagros! Me costaría trabajo manejar tanta fama, jajaja —exclama entre risas—. De hecho, fue muy acertada su decisión de no aplicarse más quimioterapia, porque de haberlo hecho estaríamos suponiendo que su curación se debió a los químicos, lo cual definitivamente no es el caso —agregó.

Luigi y yo nos quedamos sin habla. Supongo que nuestra expresión era de total asombro. ¿Qué procede hacer ahora? ¿Doy las gracias al doctor y me voy así nada más?

—Mire, Tatis, le voy a dar cita para dentro de tres meses y, por el momento, estará usted en observación. ¡Y la felicito! Se ve usted de maravilla.

Luigi y yo nos despedimos mecánicamente del doctor. Nuestra actitud es un poco turbada e incrédula. A la mejor, otra persona en mi lugar habría dado saltos de alegría, pero a mí no me acaba de caer el veinte... ¿Escuché bien? ¿Ya no hay melanoma vivo en mi cuerpo? ¿Será cierto? ¿No habrán confundido las tomografías? ¿Qué tal si al rato me regresan los intensos dolores en el abdomen y en la boca del estómago?

—¿Y ahora qué hacemos, Luigi?

—¡No sé, Tatis!, dijo que regresemos hasta dentro de tres meses, ¿verdad?

—Así es, ¿qué tal si vamos a visitar al doctor Maafs para darle la noticia?

El doctor Maafs es el responsable del área de tumores mamarrios en Cancerología, y por eso tiene un consultorio ahí. Nos recibe

inmediatamente.

—¿Cómo dice, Tatis? ¿Se calcificó el melanoma?

—Sí, doctor. Eso nos dijo el doctor Aguilar, conforme al resultado de las tomografías que me hicieron la semana pasada. ¿Usted cree que me hayan curado los imanes?

—Yo más bien pienso que puede ser un efecto retardado de los medicamentos que le hemos aplicado, ¡pero la felicito mucho! Qué bueno que esté usted tan bien y, por favor, manténgame informado de cualquier eventualidad.

Después de visitar al doctor Maafs, Luigi se forma en la cola para sacar cita para dentro de tres meses y yo voy al consultorio del doctor Martínez Said para darle la buena noticia.

El rostro del doctor Martínez Said expresa una profunda sorpresa y sus ojos denotan incredulidad.

—¡Es increíble, Tatis! A ver, déjeme revisarla, por favor...

Con mirada experta analiza los lunares de melanoma.

—Pues, efectivamente, los lunares parecen estar secos...

—¿Usted cree que pudiera ser el resultado de un efecto retardado de los medicamentos y de las operaciones?

—La verdad, no lo creo. De hecho, hace como una semana me metí a su expediente para enterarme de cómo iba su caso, y me dio mucha tristeza ver que la quimioterapia no le dio resultado y que ya nada más estaba usted esperando ingresar a un protocolo.

—Pues sí, doctor, ésa era mi realidad, pero como puede usted ver, ¡ya me curé! Así que por favor no lo tome usted personal, pero es- pero no volver por aquí nunca más —le digo entre risas y bromas.

Antes de abandonar el hospital, escribo una cartita y la deposito en uno de los buzones para “Quejas, sugerencias y reconocimientos” que el hospital tiene diseminados por aquí y por allá.

“Felicito y agradezco con toda sinceridad y desde lo más profundo de mi corazón a los doctores Eduardo Maafs, Héctor Martínez Said y José Luis Aguilar, por haberme curado de melanoma en nivel IV. Tatis.”

Esta felicitación la hago extensiva al señor Luis Vizcaíno, quien fue el medio que Dios eligió para devolverme la salud a través de los imanes.

Mi familia y mis amigos están muy contentos. Me felicitan y me festejan todos los días, pero lo más impresionante es darme cuenta de que Dios efectivamente obró un milagro en mí. No en Chuchita ni en menganita, sino en mí, en mi persona, en mi cuerpo. No me contaron que le pasó a alguien más, sino que me pasó A MÍ. De la nada. Yo nunca le pedí a Dios que me curara. Más bien le ofrecí mi vida y todo mi calvario para que curara a otra mujer, enferma de lo mismo que yo, pero con hijitos pequeños que todavía la necesitaran. Muchas veces le dije a Dios que tomara todos mis sufrimientos para que otras personas no los tuvieran que padecer, ¿por qué me curó? Es algo que le voy a preguntar cuando lo vea. “¡Es que seguramente Dios te tiene asignada una misión muy importante que todavía debes de cumplir!”, exclama mi tía Blanca cuando le doy la noticia.

A final de cuentas los médicos no se explican qué pasó. Dicen que probablemente sea “una reacción tardía a los medicamentos”, pero la realidad es que están muy asombrados. Me volvieron a citar para dentro de tres meses y, por lo pronto, estaré en observación. El comentario de los tres doctores es que esta situación pudiera no ser permanente, porque el melanoma no tiene palabra de honor y podría regresar en cualquier momento, pero por lo pronto estoy curada.

No sé si fueron los imanes o el agua bendita que me pongo todas las mañanas después del baño. Tampoco sé si fueron las oraciones de mi tía Blanca y de toda la red de oración que ella organizó en busca del tercer milagro que necesita doña Concha Cabrera de Armida para ser canonizada... El chiste es que el melanoma “se secó...”

“Bendito Padre mío que estás en el cielo y que tanto me quieres, tengo que confesarte que toda la vida he rezado esperando que, efectivamente, mis oraciones sean escuchadas, aunque en el fondo siempre estaba aquella preguntita latosa e imperceptible que decía:

¿habrá alguien al otro lado de la línea? ¿Alguien me estará escuchando? Ahora estoy comprobando en carne propia que Sí hay Alguien que escucha los pensamientos, Alguien que nos observa todo el tiempo y que está siempre pendiente de nosotros, Alguien que valora nuestro esfuerzo y nuestras acciones, Alguien que nos ama profundamente y que se duele hasta lo más hondo con nuestras fallas, con nuestras tristezas, nuestros dolores o nuestras aflicciones, y que se alegra, también hasta lo más hondo, con nuestros éxitos, con nuestras alegrías y con nuestra entrega... Y ese Alguien eres Tú, que permites que todo suceda en aras de nuestra propia libertad y de nuestra propia maduración. ¡Oh, Señor! Aquí estoy para que se haga en mí Tu Voluntad."

México, D. F., a 4 de febrero de 2007

A todas las personas que sufren como yo de alguna enfermedad terminal (cáncer, sida, etcétera), o cuyos cuerpos están agobiados o atrofiados por enfermedades congénitas o accidentes de cualquier tipo.

¡Hola a todos!

Les dirijo esta carta a ustedes porque sé por experiencia propia que NADIE puede comprender mejor el tormento interior que vivimos quienes padecemos este tipo de enfermedades sino otra persona que las padece o las ha padecido en carne propia.

Quiero decirles que, tras haber investigado y haberme documentado en la forma más extensiva posible, he comprobado que, efectivamente, el melanoma que padezco es, hasta el día de hoy, incurable en todo el mundo.

La “curación” de algunos casos de melanoma no tiene que ver con la ciencia médica, sino más bien con milagros espontáneos o con la suerte... como queramos llamarla. Y pongo curación entre comillas porque este aparente retroceso de la enfermedad tiende a ser únicamente temporal y, eventualmente, incluso al cabo de muchos años, la enfermedad regresa.

En mi caso, tengo la plena convicción de que la Virgencita me concedió el milagro de regalarme unos meses más de salud para asistir a la boda de mi hija Ale, a la cual llegué, contra todos los pronósticos médicos, no solamente caminando, sino en excelentes condiciones físicas.

Sin embargo, el melanoma aletargado ha vuelto a despertar y parece que con muchos bríos. Ya llegó al páncreas y a mis costillas, pero

en cada ocasión he acudido al señor Vizcaíno para que me ponga los imanes y, así, la amenaza se seque... ¡No sé por cuánto tiempo más voy a poder evadir la enfermedad en esta forma!

Solamente ustedes podrán comprenderme cuando les confieso que, al sufrir este tipo de padecimientos y enfermedades, es imposible evitar los pensamientos sobre la muerte, sobre el dolor, sobre la angustia de nuestras familias.

Por esto quiero compartir ahora con ustedes algunas conversaciones y meditaciones que he tenido con otros enfermos en los hospitales y laboratorios a los que acudo con frecuencia y que, de alguna manera, se han convertido en mi segunda casa. Son temas que a todos nos preocupan mucho, pero que no nos atrevemos a comentar con nadie por temor a ser incomprendidos o mal interpretados. Les expongo mi sentir y mis conclusiones por si algo de lo que he aprendido les pudiera servir en alguna forma.

Debo decirles que mientras escribo esto mis ojos se llenan de lágrimas al recordar a las personas, ya sea enfermas o familiares de enfermos, a quienes vi postradas de dolor y de sufrimiento a causa de esta enfermedad tan terrible como es el cáncer.

¿Cuáles son mis miedos más grandes?

Que el melanoma llegue a mi cerebro y ya no pueda pensar, hablar ni actuar con claridad. Tengo miedo de perder el control sobre mí misma. Tengo miedo de que los dolores de cabeza sean insoportables. Tengo miedo de ver sufrir a mi familia por esta causa.

Tengo mucho miedo de que el melanoma llegue a mis pulmones... De no poder respirar y morir asfixiada.

Tengo mucho miedo de causarles graves problemas a mis hermanos, a mis hijos y a mi esposo con gastos excesivos y con la angustia de ver cómo me consumo en una cama, sedada con morfina y con no sé cuántas otras drogas horribles para evitar el dolor.

¿Qué opino del suicidio?

Sé que Luigi vive con miedo de que me suicide, porque se enteró de que la esposa de un gobernador conocido suyo se suicidó a causa del cáncer, y también el papá de Mr. B., un querido amigo nuestro.

Sin embargo, yo jamás atentaría contra mi propia vida porque estoy convencida de que hasta el último instante y hasta mi último aliento puede surgir la oportunidad de hacer o decir algo a otra persona de parte de Dios, y yo vivo por y para Dios, así que no está en mí decidir cuándo me voy, sino solamente en Él.

Sólo le pido a Dios que me mande las fuerzas necesarias para soportar en su nombre todos los dolores e incomodidades que se atreviesen en mi camino, los cuales le regalo a Jesús como una mínima retribución de todo lo que Él ha hecho y padecido por mí, y también le pido que me mire con ojos de misericordia y acorte mis días de agonía.

Otro aspecto que no me gusta del suicidio es el oscuro fantasma que queda en la mente y en el alma de la familia y de los amigos cuando alguien se quita la vida. Durante varias generaciones permanecerá latente este hecho en el alma de la familia: la bisabuela, la abuela, la tía, la mamá o la prima que se suicidó, y así sucesivamente. A la mejor podría yo pensar: "Es que si adelanto mi muerte, evitaré que mi familia gaste un dinero que no tiene o que sufra indescriptiblemente a causa de mi enfermedad". Este pensamiento no proviene de Dios sino de nuestra propia naturaleza humana que intenta justificar un hecho para el cual no existe ninguna justificación. A mí en lo personal me dolería mucho más que un ser querido mío se quitara la vida, en contraste con verlo soportar valientemente su enfermedad. Esto último genera admiración, respeto y amor por la vida. El suicidio no solamente genera desesperanza, depresión y decepción, sino que también siembra en el corazón de los demás el gusanito de la solución fácil y rápida para todos los problemas.

¿Qué opino de la eutanasia?

Recuerdo a aquella señora del hospital de Cancerología cuyo esposo tenía un tumor inoperable en el cerebro que le hacía decir groserías y obscenidades. Ella y yo platicamos mucho acerca de la eutanasia porque realmente no era vida ni para ella ni para él, y no había ya ningún recurso médico que les ayudara a salir del agujero negro en el que se encontraban sumergidos.

Este tema de la eutanasia a mí me parece sumamente delicado. Más bien, extremadamente delicado. Porque ningún habitante de este planeta conoce el proceso de reconciliación con Dios que los humanos debemos afrontar antes de morir.

“Pero si hasta con un perro tenemos esa bondad, esa caridad para ponerlo a dormir cuando ya está sufriendo mucho —me explicaba la señora—, ¿cómo es posible que no tengamos esos mismos sentimientos para con un ser humano?”

Pues sí, efectivamente, es un hecho que no comprendemos el sentido del dolor y de la enfermedad, pero también es un hecho que no tenemos ni la más remota idea de cuál es el proceso de reconciliación entre el ser humano y Dios durante la etapa previa a la muerte. ¿Qué tal si yo estoy pensando en “hacerle un bien” o “un enorme favor” a aquella persona que tanto amo y que está sufriendo de dolores indescriptibles y, sin saberlo, estoy cortándole de tajo su proceso de reconciliación con Dios?

En lo personal, pido a mi familia que no me mantenga viva por medio de máquinas. Cuando me llegue el momento de morir en forma natural, ¡que me dejen ir en paz! Pero no apruebo ni autorizo que adelanten mi muerte porque no sé de qué se trata la agonía ni para qué sirve en términos espirituales, así que mejor dejamos las cosas en manos de Dios para que Él las resuelva conforme a su infinita sabiduría.

Dicen algunas personas que tener cáncer es el resultado de guardar muchos rencores y resentimientos en el corazón...

Esta afirmación la he escuchado muchas veces a lo largo de los cuatro años que llevo con la enfermedad. De todas las estupideces que me han dicho en relación con el cáncer, ésta es la peor. ¿Por qué

entonces los niños enferman de cáncer? ¿Y los bebés?

Hay quienes afirman que nosotros mismos, junto con Dios, "diseñamos" nuestra vida y nuestra muerte desde antes de nacer, y que estuvimos de acuerdo en sufrir y padecer todo lo que nos ha tocado vivir...

Puede ser, no me opongo a esta idea. Estoy segura de que Dios me creó en el infinito desde mucho antes de mi nacimiento y que luego me mandó al mundo a través de mis padres como a una especie de "escuela".

Desde este punto de vista, creo que mi vida ha sido más difícil y complicada que la de algunas personas que conozco y, al mismo tiempo, más benigna que la de otros. Por eso me atrevo a compararla con un examen universitario: hay quienes con su vida presentan un examen de primaria, de secundaria, de preparatoria, universidad, maestría y doctorado... ¡No lo sé! ¿Por qué hay personas cuyas vidas parecen ser tan relajadas, tan sencillas y tan cómodas? ¿Por qué hay otras personas que sufren tanto?

Son preguntas incontestables, porque el único que conoce la respuesta es Dios. Yo, por lo pronto, prefiero pensar que me tocó presentar un examen difícil, pero que estoy decidida a aprobarlo con la mejor calificación posible. ¿Tendré las agallas suficientes? ¿Tendré el carácter, el valor y la determinación necesarios para lograrlo? Buena pregunta.

¿Existirá la reencarnación?

No lo creo por las siguientes razones: independientemente de que Jesús no le dijo al ladrón que ocupaba la cruz de al lado: "Nos vemos en la próxima reencarnación", o "Pórtate bien en tu siguiente vida, ¡no vuelvas a robar!", o "Tu fe te ha salvado; tus pecados están perdonados. Intercederé por ti para que tu próxima vida sea buena...", se me ocurren las siguientes reflexiones en torno a la reencarnación:

1) Si aceptamos realmente que las almas pueden cambiar de cuerpo,

entonces no habría un final para las reencarnaciones, porque se seguiría pecando sin terminar y siempre se necesitaría una reencarnación más para expiar las culpas de la vida anterior en una cadena interminable.

- 2) La idea de la reencarnación es muy ineficiente porque después de millones de ciclos de reencarnaciones podríamos afirmar que la humanidad va de mal en peor.
- 3) ¿Cómo comenzó el ciclo de comenzar a reencarnarse? ¿De dónde vino la primera alma que comenzó a reencarnarse?
- 4) Si yo creyera en la reencarnación, entonces, ¿por qué no hacer lo que me plazca ahora? Puedo matar, robar, violar, tener todas las parejas que se me antoje, abandonar a mis hijos, drogarme y alcoholizarme hasta morir... Porque al fin y al cabo en mi próxima vida no voy a recordar nada y será como si otra persona pagara las multas de mis errores actuales. ¿Por qué esforzarme en esta vida cuando puedo esperar otra encarnación para hacerlo? En mi opinión, la idea de la reencarnación quita la necesidad de un comportamiento ético y moral.
- 5) Además, como al reencarnar es obvio que no recordamos nada de nuestra vida pasada, ¿es justo ser premiado o castigado por lo que hice en otra vida, si no puedo recordar absolutamente nada? ¿Cómo puedo aprender algo si no recuerdo nada de lo anterior? La reencarnación anula el aprendizaje progresivo y la memoria. Luego entonces, ¿cuál sería la ventaja de reencarnar?
- 6) Por otro lado, si la reencarnación existiera, no me cabe la menor duda de que Jesús habría sido el primero en saberlo. Luego entonces, ¿para que se dejó matar en la cruz por nosotros? No tiene lógica.

Por todo lo anterior, prefiero creer en la Biblia y en Jesús. Prefiero creer que solamente viviré una vez y ascenderé a un siguiente plano de vida en el cielo, no aquí. Prefiero creer que mi cuerpo es el salón de clase donde Dios me mandó a estudiar y el mundo es la escuela para aprender. Prefiero creer que el nivel de aprendizaje es distinto para cada persona y por eso hay quienes mueren siendo niños y quienes mueren siendo ancianos; quienes nacen con parálisis cerebral o hidrocefalia y

quienes nacen con la salud de Tarzán. Prefiero creer que hay un Dios que se encarga de hacer justicia con gente como Hitler. Prefiero creer que al morir recordaré todos mis esfuerzos, sacrificios y sufrimientos de esta vida y se los entregaré a Dios en una bandeja para que Él se sienta orgulloso de mí, porque no tengo ganas de regresar a este mundo para volver a sufrir, a padecer las guerras, el hambre, la injusticia. Volver a aprender a caminar, a hablar, a leer y a contar... Prefiero creer que con esta vida tengo una meta y un destino determinado, y no la idea vaga de un futuro incierto de reencarnaciones interminables para toda la eternidad.

¿Por qué estoy tan tranquila y en paz ante la perspectiva, aparentemente muy próxima, de mi propia muerte?

Creo que en este punto se reúnen varios factores determinantes:

- 1) Siento en mi corazón la plena convicción de haber hecho mi mejor esfuerzo y mi mayor empeño por cumplir, en forma cabal, con alegría, disposición y entrega, con todas las responsabilidades que me fueron asignadas en la vida. No le debo nada a nadie, y en todo momento busqué siempre el bien de los demás por encima del mío propio, y satisfacer los deseos y necesidades de los demás por encima de los míos.
- 2) Reconozco haber tenido muchas tentaciones a lo largo de mi vida. Algunas veces caí y otras resistí, pero siempre caminé de la mano de la Virgen María y a ella acudí en busca de ayuda cuando la necesité. Procuré siempre mantener la costumbre de la reflexión y de la autocrítica, lo cual me ayudó a darme cuenta de mis errores para arrepentirme a tiempo y buscar el perdón de Dios sin esperar nada a cambio, salvo mi propia salvación y la de mis semejantes. Confío plenamente en el perdón de Dios porque yo, a mi vez, perdono a todos los que me hicieron daño. Y si soy capaz de perdonar, ¿qué no podré esperar de Dios?
- 3) Mis hijos ya son adultos. Son trabajadores, responsables y cariño-

sos. Tienen una gran espiritualidad y una gran fe en Dios. Sé que me van a extrañar y que les hará falta mi compañía, mis palabras, mi cariño, pero también sé que poseen la suficiente fortaleza para seguir adelante con sus vidas sin mí. Les di alas para volar y ellos aprendieron a usarlas. Algún día, estoy segura, nos reuniremos otra vez.

- 4) Luigi me quiere mucho y me va a extrañar, pero sé que estará bien, que le irá bien y que encontrará a otra persona que mitigue su soledad.
- 5) A mis hermanos ya les di todo lo que les pude dar. De hecho ya no soy yo la que les doy, sino ellos los que me dan a mí: su amor, su apoyo, su confianza, su preocupación. Sé que les dolerá mi partida porque me han visto como a una segunda madre desde que la nuestra se fue, pero es un hecho que son también personas maduras y fuertes que me extrañarán, pero que al mismo tiempo me recordarán con cariño y le pedirán a Dios por mí porque saben que nuestra separación será solamente temporal.
- 6) Estoy plenamente convencida de que la Virgencita me está guardando un lugar junto a Ella en el cielo y, por lo tanto, no tengo miedo de morir porque en el instante mismo de mi muerte, mi ángel de la guarda y sus amigos me indicarán el camino para llegar allá.

Por todo lo anterior, estoy en paz y lista para morir.

Dios me ha permitido vivir más tiempo para poder escribirles esta carta. Él dice que a través de ella se salvarán más almas.

Mis dedos oprimiendo las teclas al escribirles esta carta han sido el instrumento que la Virgencita ha usado para llevarles algún mensaje que desconozco. A Ella le pedí que me iluminara y que pusiera en mis dedos las palabras que ustedes necesitaban escuchar. Ahora les toca a ustedes abrir sus corazones y sus mentes para asimilar el mensaje que Ella les envía a través de estas letras.

Con el cariño y la comprensión que nos une a todos quienes compartimos la experiencia de la enfermedad y del sufrimiento sin importar la edad ni la condición social, les mando un cariñoso abrazo fraternal con la esperanza de encontrarnos algún día en la casa de nuestro Padre.